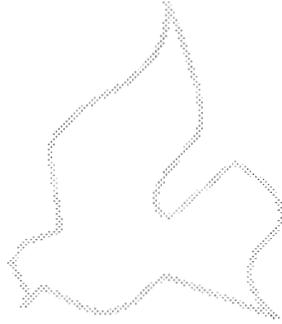


En Busca del Espíritu



EN BUSCA DEL ESPÍRITU

por

RALPH EARLE, M.A., B.D., Th.D.

Casa Nazarena de Publicaciones

6401 The Paseo

Kansas City, Missouri 64131, E.U.A.

Esta obra se publicó en inglés con el título *The Quest of the Spirit*. Fue traducida al castellano por Margit Sarmiento bajo los auspicios de la Casa Nazarena de Publicaciones.

© Derechos Reservados por
Casa Nazarena de Publicaciones
6401 The Paseo
Kansas City, MO 64131
E.U.A.

3,000 ejemplares
Julio, 1994

Diseño de la cubierta:
Isaac Abundis

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Este libro es dedicado con
agradecimiento y afecto
a mis padres
quienes fueron los primeros en
guiar mis pasos
por los caminos de justicia,
y a
mi esposa
quien me ha animado a seguir
siempre adelante
a logros más altos.

INTRODUCCIÓN

¿Puede decirse hoy algo nuevo acerca de la obra del Espíritu Santo? Una de las señales de esperanza que más nos animan en la situación presente de la iglesia cristiana es el renovado interés por la presencia y poder del Espíritu de Dios. El, su personalidad, su presencia obrando con todo poder, son estudiados con un entusiasmo tal que sólo pudo haber llegado de Dios. Están surgiendo muchos libros de los salones de clase y de las casas pastorales que versan sobre el Espíritu. Por eso pregunto: ¿Puede decirse algo nuevo? La respuesta es: “He aquí un libro lleno de enseñanzas nuevas. Visión fresca. Entusiasmo apremiante. Interpretaciones asombrosas de las Escrituras. Ilustraciones vívidas. Lo mejor de todo es que transmite una atmósfera de novedad”.

Todo tipo de lectores, en el púlpito, en los bancos, en la cocina, en la mesa del comedor, en los autobuses o el tren, en cualquier parte, pueden entender la alegría de “En Busca del Espíritu”.

Esta es pura erudición bíblica, como corresponde a su escritura erudita. Pero él también es un hombre literario, como lo descubrimos rápidamente cuando leemos su libro. “En Busca del Espíritu” tiene estilo literario, movimiento, sorpresas, un aliento de vida, humanidad, adoración al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, amabilidad diaria hacia el lector, y en todas partes una añoranza contagiosa por el Espíritu y su poder en la vida y ministerio.

Este es un libro que se debe leer. Todos los libros deberían leerse, pero éste demanda ser leído. Y, al leerlo, usted buscará el poder divino en su vida, trabajo, más de lo que usted lo ha hecho antes.

Nathan R. Wood

Rector

*Universidad Gordon, Departamento de Teología y Misiones
Boston, Massachusetts*

PREFACIO

Recientemente, en una universidad, un profesor ante una clase de estudiantes de teología, compuesta de 43 ministros jóvenes, les preguntó: “¿Cuántos han predicado un sermón acerca del Espíritu Santo durante los últimos 12 meses?” Ninguna mano se levantó para responder. Nuevamente preguntó: “¿Cuántos han predicado sobre el Espíritu Santo durante los últimos cinco años?” La respuesta fue la misma. Ninguno se declaró culpable.

En vista del casi completo silencio del ministerio sobre esta materia, no es sorprendente que los miembros de nuestra iglesia conozcan tan poco acerca del ministerio personal del Espíritu Santo en su vida. Lo que debería ser una de las fases más ricas en la experiencia cristiana —un jardín hermoso y fructuoso— es a menudo un desierto desolado y baldío.

El objetivo de este libro no es sólo el entendimiento de las enseñanzas objetivas del Nuevo Testamento acerca del Espíritu Santo, aunque el escritor ha hecho una investigación exhaustiva de los pasajes relacionados con el Espíritu. Fundamentalmente, estamos comprometidos en la búsqueda, y el objeto de la búsqueda es el Espíritu Santo mismo. La oración del autor es que toda persona que lea estas páginas pueda establecer una relación más profunda con el Espíritu de Dios, de quien Jesús dijo: “El morará con ustedes para siempre”.

Y ahora la labor está terminada. Ha sido una labor de amor, un producto de muchas oraciones. La búsqueda ha sido fructífera para el escritor. El confía en que también lo sea para todos los que siguen el camino marcado aquí, a través de las páginas del Nuevo Testamento. El libro es publicado con la oración de que todo aquel que busque, encuentre.

—Ralph Earle, Jr.

Contenido

PRELUDIO:	COMIENZA LA BÚSQUEDA	11
<i>Capítulo 1</i>	EL AMANECER <i>Los Evangelios Sinópticos</i>	13
<i>Capítulo 2</i>	AMANECER —Y UN ECLIPSE <i>El Evangelio de Juan</i>	19
<i>Capítulo 3</i>	LA PLENITUD DEL DÍA <i>Hechos de los Apóstoles</i>	33
INTERLUDIO:	INTERRUPCIÓN DE LA BÚSQUEDA	73
<i>Capítulo 4</i>	UNA LUZ DEL CIELO <i>Epístolas de Pablo</i>	75
<i>Capítulo 5</i>	CITA CON EL ATARDECER <i>Epístolas Generales</i>	125
<i>Capítulo 6</i>	UN LLAMADO CLARO <i>Apocalipsis</i>	141
POSTLUDIO:	CONCLUSIÓN DE LA BÚSQUEDA	155

PRELUDIO: COMIENZA LA BÚSQUEDA

Sucedió a la falda de una hermosa colina al norte de Vermont. A nuestros pies se extendía un lindo valle, con un pequeño caserío escondido en el medio. A lo lejos, al oeste, podíamos ver cadena tras cadena de colinas —las faldas de las Green Mountains— alcanzando tan lejos como el ojo puede ver. El sol de agosto seguía camino abajo por el cielo derramado hacia el horizonte distante.

Mi amigo y yo estábamos en una conversación íntima. No éramos monjes compañeros, sino colegas ministros. El me abrió su corazón. Se sentía desilusionado. El gozo espontáneo de su temprana experiencia cristiana y la espera ansiosa de sus días de seminario parecían haberse transformado en cenizas y polvo. Dijo que carecía de poder en su ministerio y de placer en su vida de oración. Sentía que necesitaba al Espíritu Santo, que llenara su corazón y animara su alma.

Escuché sorprendido el domingo anterior cuando él hizo esta misma confesión desde su púlpito a su pequeño rebaño. Sentí que él había diagnosticado correctamente su dificultad. Necesitaba al Espíritu Santo en su vida en una medida más grande de la que él ya había encontrado.

Le conté de la visión que experimenté cuando entregué completamente mi vida y corazón a la Personalidad Divina, para ser usado por El de la manera en que lo deseara. Le conté de la alegría y bendición que había experimentado en mi vida y ministerio desde aquella hora. Y lo animé a que comenzara la búsqueda —la búsqueda del Espíritu Santo.

Capítulo 1

EL AMANECECER

LOS EVANGELIOS SINÓPTICOS

Una oscuridad total cubría el panorama mientras viajábamos por la autopista en el centro de Nueva York. La luna creciente ya se había establecido en el oeste y no podía verse nada fuera del alcance de nuestras luces, excepto las pequeñas estrellas titilando sobre nuestra cabeza. Esta fue la primera experiencia de mi hermano y mía, estando todavía en nuestra adolescencia, cuando conducíamos el auto a una distancia larga durante la noche.

A medida que avanzábamos, hablábamos valientemente esforzándonos por mantenernos despiertos. Esperábamos con ansiedad las primeras señales del amanecer. Después de lo que nos pareció siglos, estelas grises comenzaron a aparecer al este en el horizonte. Rápidamente se expandieron y alumbraron, hasta que parecían llamar como heraldos en voz alta que se aproximaba el día. Los campos y fincas estaban ya de pie. Pronto el gris se tiñó de rosa, y después el sol asomó su sonriente faz sobre el borde de la tierra. La noche había cedido su cetro al día.

Así fue en la alborada de la creación. Escrito sobre el vacío abismal estaba la única palabra —Caos. Pero el Espíritu de Dios, Heraldo de mejores cosas, brotó sobre la faz de la profundidad. Pronto se oyó la voz del Eterno: “¡Sea la luz!” y pronto, como al mover un interruptor, se hizo la luz.

Nuevamente brilló la alborada de la revelación. La mente del hombre fue oscurecida por el pecado y la desobediencia, hasta que la noche resumió su dominio. Las conciencias de los hombres se habían vuelto duras y encallecidas, hasta que ya no eran agujereadas por el sentido del pecado. La luz se había ido.

Pero una vez más, el Espíritu de Dios obró, esta vez sobre la mente humana. Moisés oyó la voz de Dios en la llama ardiendo. Y después el Espíritu iluminó su mente y lo impulsó a escribir para que otros escucharan la misma voz hablándoles a ellos. La Escritura Sagrada de los hebreos comenzó a hacer su aparición.

Pasó un milenio de revelaciones intermitentes. Una vez más las luces se atenuaron. Cuatrocientos años de aparente silencio pasaron a la historia. Pero Dios no se había olvidado. El habló nuevamente.

Ciertamente fue como un heraldo del amanecer que el ángel se le apareciera a María. Le anunció la pronta venida del Sol de Justicia, quien se levantaría con santidad en sus alas. ¿Cómo sucedería? “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios”.¹ Esta verdad le fue confirmada a José cuando el ángel le aseguró: “Porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es”.²

El cuadro representado aquí es similar al que nosotros hemos notado en la primera historia de la creación, una escena descrita para nosotros bellamente por Milton.

*Tú, desde el comienzo
Estabas presente, y con poderosas alas extendidas,
Como de paloma, te sentaste sobre las vastas
profundidades,
y las preparaste para dar a luz.*

De ello escribió el salmista: “Envías tu Espíritu, son creados”. El Espíritu Santo es la “energía vivificante de la naturaleza divina”. El trae la vida a la existencia.

Las palabras del ángel a María indican una obra creadora que está a cargo del Espíritu. David Smith escribe de este pasaje: “Por tanto, cuando se escribe que el Niño Santo fue ‘engendrado en la Virgen por el Espíritu Santo’, significa que su humanidad era una creación fres-

¹Lucas 1:35.

²Mateo 1:20.

ca. El nació sin pecado. Fue el Segundo Adán, la nueva cabeza de nuestra raza; en su humanidad, como en la del Primer Adán, estaba fresca la mano de Dios, sin mancha por la corrupción hereditaria. En El, el gran vínculo de pecado se rompió y la humanidad tuvo un comienzo nuevo”.³

Tan pronto como pasamos de las narrativas de la infancia de Mateo y Lucas, encontramos una declaración interesante respecto al Espíritu Santo. Se encuentra en la predicación de Juan el Bautista y está citado en los tres Sinópticos.⁴ Presentamos la forma más breve, tal como la encontramos en Marcos: “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo”.

El bautismo característico del cristianismo no es el que se administra con agua. Otras religiones lo han practicado. Sólo el cristianismo puede ofrecer la experiencia por la que pasaron los discípulos en el día de Pentecostés. Sólo ésta puede decirle al hombre autoritativamente: “Sed llenos del Espíritu Santo”. El bautismo característico del cristianismo es el bautismo con el Espíritu Santo.

A la luz de esta declaración de Juan el Bautista concerniente a la misión de Jesús, es difícil justificar la considerable importancia que se le da en la iglesia cristiana en su mayoría al bautismo con agua, y la ausencia casi completa de cualquier enseñanza sobre bautismo con el Espíritu Santo. Tenemos bastante cuidado de ver que todos nuestros posibles miembros reciban el bautismo con agua, pero no les decimos nada acerca de ser bautizados con el Espíritu Santo. ¿No estamos en peligro de imitar a los fariseos en su absorción con lo exterior y su negligencia con lo interior? Jesús les dijo: “Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello”.⁵ No debemos rechazar nuestra obligación respecto al bautismo en agua; pero tampoco tenemos ningún derecho ante Dios de pasar por alto el punto mucho más importante del bautismo con el Espíritu Santo.

³*Commentary on the Four Gospels*, I, 18.

⁴Mateo 3:11; Marcos 1:8; Lucas 3:16.

⁵Mateo 23:23.

Pero alguien dirá que todos los cristianos son necesariamente bautizados con el Espíritu Santo. Un ministro de otra denominación dijo recientemente que sus miembros parecían asumir que todos los jóvenes que crecían en la iglesia eran cristianos automáticamente. No se hacía ningún esfuerzo por asegurarse de su conversión definitiva. Le pregunté si esa no era una suposición que equivalía a la presunción. El me aseguró que así era.

Yo le daría la misma respuesta a cualquiera que declarara la posición referida arriba. Al mirar el promedio de cristianos en nuestras iglesias en todas partes, ¿no sería presuntuoso —o ceguera— decir que todos ellos son bautizados con el Espíritu Santo? ¿No dejamos este lenguaje vacío de todo significado cuando hacemos tal declaración?

Cuando Jesús fue bautizado por Juan, el Espíritu Santo descendió sobre El “en forma corporal, como paloma”. Este hecho, nuevamente, es citado por los tres escritores de los sinópticos.⁶

Parece razonable afirmar que tenemos en este cuadro una clave de la naturaleza del Espíritu Santo. El es como una paloma. D. Y. Schultz, en su obra *The paraclet*, enumera varias características de la paloma. La primera es amor. Las canciones de amor de Salomón mencionan frecuentemente a la paloma. A la novia se le llama “mi amor, mi paloma”. ¿Quién no se ha impresionado con los arrullos de las palomas? En la misma canción ocurre la expresión: “Mi paloma, mi inmaculada”, para subrayar la pureza de la paloma. Se dice de los ojos de las palomas que son modelos de belleza y ternura. Las palomas son gentiles. “Las personas llenas con el Espíritu no tienen la disposición de pelear a través de circunstancias, argumentos, o de insistir sobre sus derechos personales, sino que todo lo creen”.⁷ Si decimos que estamos llenos con el Espíritu muy bien podemos preguntarnos a nosotros mismos: “¿Estoy exhibiendo en mi vida estas características del Espíritu?” ¡Cuánto necesitamos los cristianos estar verdaderamente llenos con el Espíritu!

⁶Mateo 3:16; Marcos 1:10; Lucas 3:22.

⁷D. Y. Schultz, *The Paraclete*, 29.

Otra pregunta nos confronta en el estudio de este pasaje: Si Jesús no comenzó su ministerio público sino hasta que el Espíritu Santo descendió sobre El, ¿qué derecho tenemos de apurarnos para servirle a El sin la conciencia del poder del Espíritu en nuestra vida? Parece otro caso de “apresuramos a donde ni los ángeles se atreverían a ir”. Jesús nos ha contado que después de su bautismo y tentación, “regresó en el poder del Espíritu a Galilea”. Si Jesús necesitaba ese poder para su ministerio, ¡cuánto más nosotros!

Hay un pasaje más, también citado por los tres sinópticos, el cual debemos notar antes de concluir este capítulo. Es la declaración de Jesús de que la blasfemia contra el Espíritu Santo nunca sería perdonada.⁸

Hubo un tiempo en que se dio una gran atención al tema del “pecado imperdonable”. Sin duda alguna se dieron muchos resultados mórbidos y a veces trágicos debido a una absorción del tema.

Pero nuestra preocupación aquí no es resolver la pregunta: “¿Cuál es el pecado imperdonable?”, sino, más bien, para notar las implicaciones de la declaración de Jesús respecto a lo sagrado del Espíritu. Parece que aquí Jesús usa el término “Espíritu Santo” como equivalente a Deidad.⁹ El Espíritu Santo, el poder de Dios, el Espíritu de Dios, quien operaba a través de Jesús en obras-milagrosas de poder. Ellos podían ver a Jesús como hombre y ser perdonados por insultarlo a El. En la cruz Jesús oró para que ellos fueran perdonados. Pero decir que la obra del Espíritu Santo es obra de Satanás, era un insulto a Dios, el cual no podía ser perdonado. Se recordará que Pedro acusó a Ananías de mentir al Espíritu Santo y luego de mentirle a Dios. Estas eran ideas equivalentes en su mente. La deidad del Espíritu Santo es así claramente indicada. El vino a la tierra para salvar a los hombres y es un suicidio rechazarlo a El.

El Espíritu Santo jugó un papel vital en la vida y ministerio de Cristo; eso es evidente en nuestro estudio. El era el Creador divino en

⁸Mateo 12:31; Marcos 3:29; Lucas 12:10.

⁹Broadus, *Commentary on Matthew, in loco*.

la encarnación. Jesús nació a través del Espíritu, fue bautizado con el Espíritu, y se le dio poder por el Espíritu para obrar milagros.¹⁰

Una vez más preguntamos: Si Jesús necesitaba al Espíritu Santo, ¿cómo nos podemos dar el lujo de tratar de arreglámoslas sin su Presencia y poder en nuestra vida? ¿Podemos?

¹⁰Mateo 12:28.

Capítulo 2

AMANECER—Y UN ECLIPSE

EL EVANGELIO DE JUAN

Al abrir las páginas del Evangelio de Juan, miramos el amanecer de las enseñanzas de Jesús acerca del Espíritu Santo. Al principio están las líneas rosadas —pues Juan cita al Bautista diciendo: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él” (Juan 1:32-33).

Parece que viéramos al sol asomarse por el horizonte cuando escuchamos a Jesús hablando con Nicodemo. Aquí estaba un hombre religioso en su pensar y escrupuloso en su vida exterior, “el maestro de Israel” (Juan 3:10). Pero Jesús lo confrontó con una declaración la cual casi lo arroja de su pedestal religioso: “De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Cuando Nicodemo expresó su incredulidad, Jesús explicó que por nuevo nacimiento quería decir que uno debía “nacer del agua y del Espíritu”. Y después aumentó su explicación con el uso de una analogía. “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Uno no puede dejar de aventurarse con la pregunta de si el promedio de los miembros de nuestra iglesia “son nacidos del Espíritu”, y no digamos nada de ser bautizados con el Espíritu. ¿Hay alguna evidencia de tal experiencia? Jesús indicó que el nuevo nacimiento sería un fenómeno observable. Es cierto que uno no ve el viento; pero también es cierto que uno puede ver los efectos del viento. Y donde hay

viento habrá alguna manifestación de éste: habrá conciencia de su presencia de parte del observador. Jesús dijo que sería así con cada uno que fuera nacido del Espíritu. Habrá una manifestación de la presencia del Espíritu en la vida del individuo que ha nacido de nuevo. “Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es”. La vida espiritual llega al corazón sólo a través del nuevo nacimiento. Solamente el Espíritu Santo puede crear una moral nueva y una naturaleza espiritual en el alma humana. Y esa naturaleza nueva se manifestará en la vida. ¡Dios, danos más “hombres nacidos dos veces”!

Jesús también indicó que había un elemento de misterio en el nuevo nacimiento. “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:8).

Cada verdadero cristiano es un místico verdadero: está en contacto con la Deidad. Y por esa misma razón él es un misterio, un enigma para las almas que han nacido sólo una vez. No es de esperarse que el mundo entienda al cristiano. La eternidad está en su corazón. El tiene comunión con el Infinito. Con razón las almas “terrenales” miran al vacío y terminan por descifrarlo como “loco”. El verdadero cristiano tiene que mantenerse siempre como incomprensible al hombre del mundo. El dolor de la incomprensión es un precio que debe pagar por su ciudadanía celestial. Pero el creyente está contento de saber que hay Uno que sí entiende; y la gloria del compañerismo con El es más que una recompensa ante todas las pérdidas en este mundo.



Examinaremos un pasaje más en nuestra búsqueda antes de llegar al último discurso de Jesús. En el último día de la fiesta de los tabernáculos Jesús le dio a la multitud la misma invitación que le había dado a esa alma solitaria junto al pozo de Jacob. “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba” (Juan 7:37). Después añadió: “El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva” (7:38).

A la mujer del pozo Jesús le había dicho: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” (Juan 7:13, 14). Al alma agotada y sedienta, Jesús le hace la oferta de que El mismo instalará en lo más profundo una fuente de agua pura y viviente. Y con tales recursos ella nunca más tendrá sed.

En el llamado honesto que Jesús hizo a la multitud “él se paró y dijo”; por lo general él se sentaba para enseñar o predicar— agrandó la figura que usó con la mujer. El agua de vida no es sólo para nuestra satisfacción personal y refrigerio: es para bendición de otros. Del corazón cristiano deben fluir ríos de agua viva.

El ermitaño que busca la soledad de sus propios pensamientos lejos de las congregaciones de hombres, ha perdido el camino verdadero del cristiano. Jesús no dijo: “Sígueme al desierto y sepúltate a ti mismo allí en el olvido” —un olvido que huye de las necesidades de grupos gimientes en la humanidad hambrienta. El dijo: “Sígueme”; y procedió a guiarlos por los caminos de polvareda que se levantaba por los precipitados pies de las multitudes, y a través de los caminos principales los cuales se mantenían congestionados por las reuniones de los peregrinos con sus celebraciones y por los compradores y vendedores del mercado. Su vida no fue monástica. En su corazón no había lugar para el egoísmo ni para la satisfacción propia —y no debería existir en su iglesia. Su vida fue de entrega.

El único amor es aquel que sirve.

El servicio de amor se mide por el sacrificio del amor:

No por el vino que se bebe, sino por el vino que se derrama.

Pero ¿cómo podremos también vivir para ser bendición y ayuda para otros? La explicación del evangelista da la respuesta. “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glori-

ficado” (Juan 7:39). La vida llena del Espíritu es de bendición y de servicio amoroso para otros.

Nos enfrentamos con las dos alternativas; necesitamos decidirnos. O escogemos la vida llena del Espíritu, o la vida egoísta. Cuando observamos la vida de los grandes santos y de los siervos de Dios, y nos maravillamos de su riqueza y del poder de su ministerio, somos impulsados a reconocer que era el Espíritu derramándose a sí mismo a través de su personalidad lo que los convirtió en una bendición para la humanidad. Pero el Espíritu sólo puede fluir como corrientes que dan vida desde el corazón de aquellos que lo han recibido a El. Tenemos que estar llenos con el Espíritu antes de que podamos rebosar. Y es esa experiencia de rebose la que puede alcanzar a otros.

¿Cómo podemos obtener esta experiencia? ¿Cómo podemos ser llenos con el Espíritu? Exactamente de la misma manera en que Pablo lo fue, y cada predicador paulino en tiempos modernos. El yo tiene que ser crucificado; Cristo tiene que ser coronado. Entonces, y sólo entonces, podemos ser llenos con el Espíritu.

*Vacío de mí mismo, y lleno de ti;
Espíritu de Dios mora conmigo.
Ayúdame a morir a mí mismo y al pecado
Espíritu divino, entra, entra.*



Hemos estado buscando el amanecer, la luz del pleno día, mientras seguimos nuestra investigación a través de las páginas de la Escritura. Hemos visto cómo los rayos grises se vuelven rosados al lado oeste del cielo y luego cambian a un color rojizo. Ahora el mismo sol está subiendo lentamente a la vista.

Justo en esta escena, en el aposento alto, la luz del sol por fin se abre paso sobre el paisaje en calor y belleza. Aquí no sólo tenemos vistazos de verdad concernientes al Espíritu Santo. A cambio, en la solemnidad de sus últimas horas con sus discípulos, Jesús les reveló su corazón y les habló de Uno, a Quien El enviaría, para tomar su

lugar con ellos. Se los dijo en forma tan clara y definitiva que los discípulos exclamaron: “He aquí ahora hablas claramente, y ninguna alegoría dices” (Juan 7:29). Por fin el sol había salido.

En ese momento Jesús presentó el Espíritu Santo a los discípulos como “otro Consejero”. El estaba a punto de dejarlos y regresar al Padre. Pero no los dejaría huérfanos; enviaría al Espíritu Santo para que los cuidara. “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros (Juan 14:16, 17).

La palabra griega para Paracleto significa ayudador o abogado. “Otro” aquí significa otro de la misma clase, no de diferente clase.

En la Primera Epístola de Juan, a Cristo se le dice nuestro Paracleto, nuestro Abogado para con el Padre (1 Juan 2:1). El apela nuestro caso ante la corte suprema del cielo. Al mismo tiempo “otro” Abogado, el Espíritu Santo clama con nuestros corazones para que se haga la voluntad de Dios. “Así el cristiano tiene a Cristo como su Paracleto con el Padre, y al Espíritu Santo como el Paracleto del Padre con nosotros”.¹

El término que usa Jesús, “otro” (en griego, *allos*), dando a entender “otro de la misma clase, se opondría fuertemente a cualquier doctrina que considere al Espíritu Santo como una influencia divina en vez de una persona. Jesús era un amigo personal y compañero de sus discípulos. El dijo que el Espíritu sería otro Ayudador de la misma clase. Para los discípulos esto significaría nada menos que un asociado personal y guía. Ellos hubieran quedado “huérfanos” si el nuevo Consolador no fuera una persona. Así que el Dr. A. J. Gordon escribe: “Con el uso de la expresión ‘otro’, nuestro Señor distingue al Paracleto de sí mismo, pero también lo pone en el mismo plano consigo mismo. Porque no hay comparación entre una persona y una influencia. Si el visitante prometido fuera solamente una emanación impersonal de Dios, parecería imposible que nuestro Señor lo hubie-

¹A.T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament*, V, 252.

ra coordinado a El consigo mismo como para decir: ‘Yo voy a ser un abogado por ti en el cielo (1 Juan 2:1), y envío a otro para que sea un abogado por ti en la tierra’”.²

“El Padre... dará”. Cristo fue el regalo más grande para el mundo; el Espíritu Santo es el regalo especial de Dios para la iglesia. Cristo fue dado para salvar al mundo; el Espíritu Santo para mantener la iglesia. El Espíritu había de ser el sucesor de Cristo en la tierra como líder de sus discípulos.

Había llegado el momento de que Jesús cambiara su ministerio terrenal por el celestial. La necesidad de ello es aparente de inmediato cuando vemos el crecimiento de la iglesia como una gran comunidad mundial. Obviamente, hubiera sido imposible para Jesucristo estar presente físicamente en todo lugar con sus discípulos si El estuviera todavía en la carne. Su promesa de que estaría siempre con nosotros se puede cumplir sólo en el campo espiritual. Y exactamente por eso El regresó al cielo y envió al Espíritu Santo, “para que esté con vosotros para siempre”. El Espíritu, como tal, no está sujeto a leyes materiales y el espacio no le ofrece dificultades.

Sin embargo, la venida del Espíritu Santo no significó el final del compañerismo con Cristo. Jesús dijo: “Vendré a vosotros” (v. 18), y esta declaración se interpreta universalmente como aplicada a la venida del Espíritu. A través del Espíritu Jesús regresó a sus discípulos en una plenitud y poder más grandes. El hecho de que estuvieran completamente conscientes de su presencia se indica en la historia de la iglesia apostólica. A. B. Simpson, al comentar sobre este pasaje, escribe: “El Espíritu Santo no será tan distinto de El como para que El sea otra presencia, pues El será el Espíritu que hasta ahora mora en Cristo, y vendrá como el Espíritu de Cristo, y así traerá la presencia personal de Cristo en una unión permanente y en compañerismo consciente, y revelará al alma la persona de Jesús y su relación con el Padre con vividez gloriosa y bendecida”.³

²A. J. Gordon, *The Ministry of the Spirit*, 38.

³A. B. Simpson, *Christ in the Bible*, SV, 273.

El Espíritu Santo es un extraño, un desconocido para la gente que está fuera del reino. Jesús dijo de El: “Al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce” (Juan 14:17). El mundo está incapacitado para la recepción del Espíritu. Esta no es una confirmación arbitraria de la soberanía divina; es una imposibilidad moral y espiritual. No es que Dios lo retenga; más bien se debe a que el hombre no tiene la capacidad de recibirlo.

El mundo “no puede verlo”. ¡Cuán cierto es! El pecado nubla la visión. Son los puros de corazón los que verán a Dios —y sólo ellos. El pecado en el corazón es como polvo en los ojos. Si queremos ver a Dios tenemos que pedirle que nos limpie de pecado, el cual nos encierra y esconde la visión del Infinito. El pecado separa. Es una barrera sobre la cual no podemos escalar y a través de la cual no podemos ver. Pero Dios, en respuesta a nuestra petición de ayuda, puede remover el muro que nos separa de su presencia. Entonces sí podremos verlo.

¿A qué se debe que el mundo no pueda recibir al Espíritu Santo? La respuesta de Jesús es que “no le ve, ni le conoce”. Sus ojos están cerrados a todo lo relacionado con el reino espiritual. ¡Cuán completamente inconsciente está el hombre a la presencia del Espíritu de Dios! Háblele acerca de cosas espirituales y se queda como perdido, o si no, sigue rápido su camino. No hay ojos para ver. No hay corazón para sentir. Está muerto a las cosas espirituales. El Espíritu de Dios está cerca, tan cierto como el aire está lleno de ondas de radio, pero él no tiene el aparato receptor. Una caja vacía de madera no puede captar las ondas del cielo y convertirlas en música hermosa. Así tampoco puede el alma adormecida captar los susurros del Espíritu e interpretarlos como música celestial o como un mensaje de Dios. La imposibilidad está del lado humano, no del divino.

EL ESPÍRITU DE VERDAD

Tres veces en el último discurso de Jesús —una vez en cada capítulo, el 14, 15 y 16 del Evangelio de Juan— al Espíritu Santo se le

llama “el Espíritu de verdad”. Como el Espíritu de verdad, “El os enseñará todas las cosas” (14:26); “El dará testimonio acerca de mí” (15:26); “El os guiará a toda la verdad” (16:13). Es el tutor personal del cristiano.

Esto debería ser suficiente evidencia sin más argumento de que todas estas cosas atribuidas al Espíritu son funciones de una personalidad. Una fuerza impersonal no emprende todas las actividades adjudicadas aquí al Espíritu de Dios. Jesús dijo a sus discípulos que este nuevo Abogado sería para ellos un maestro, un testigo y un guía. No podemos imaginarnos a los discípulos viendo nada menos que a una presencia personal entre ellos como el cumplimiento de las palabras de Jesús. Y evidentemente El intentaba impartir justo esta concepción a su mente.

La primera y tercera declaración mencionadas anteriormente se refieren al ministerio del Espíritu entre los cristianos. Están estrechamente relacionadas en significado. Con el Espíritu de verdad como nuestro maestro no necesitamos errar en nuestro pensamiento. Pero no es solamente protección negativa del error; también es una guía positiva a toda la verdad. ¡Cuán maravillosa promesa! Si Mark Hopkins, sentado en un madero, junto con un estudiante constituyó una universidad, ¿qué podríamos decir de la presencia continua y persistente presencia del Espíritu de verdad en el corazón humano? Si alguna vez hubiera existido un camino real hacia el conocimiento, sería éste.

Pero estas dos declaraciones de Jesús no implican infalibilidad en el cristiano lleno del Espíritu. Aquí es donde muchas personas se han equivocado. Proclamar tal inspiración del Espíritu Santo que logramos la imposibilidad de equivocarnos es por lo menos la circunferencia del fanatismo, o hasta su mismo centro.

Aquí la dificultad se basa en la falta de reconocer la naturaleza esencial de la educación. Uno puede tener el mejor maestro del mundo y, sin embargo, tener un entendimiento limitado de la verdad. Jesús mismo tuvo que decir a sus discípulos (literalmente, “aprendedores”) al término de tres años como su maestro: “Todavía tengo muchas cosas que decirlos, pero todavía no las podéis soportar”. La

limitación no estaba de su lado, sino del lado de ellos.

Por cierto, Jesús no dijo: “El os enseñará todas las cosas de una sola vez”. El mejor maestro de matemáticas de cualquier universidad no podría enseñar cálculo diferencial a un niño que apenas empieza a caminar. Tiene que haber un desarrollo mental el cual proveerá la capacidad para entender un conocimiento más avanzado. Y tiene que haber un desarrollo espiritual para que uno pueda entender las cosas más profundas del Espíritu.

Pero no hay limitación en lo que el Espíritu pueda enseñarnos, si estamos contentos de ser enseñados. Es “todas las cosas”, “toda verdad”. Pero —toma tiempo aprender. Si estamos dispuestos a reconocer este hecho y a someternos pacientemente a la guianza del Espíritu, El no nos desilusionará.

La educación requiere no solamente de un maestro, sino de aplicación y atención de parte del estudiante. ¿Acaso no somos estudiantes aptos del Espíritu, porque fallamos en aplicar seriamente en nosotros mismos la tarea de aprender de El? ¿Pensamos que otras cosas en la vida son de más importancia y valor que el privilegio de aprender “todas las cosas” del Espíritu de verdad?

Pero el maestro puede ser serio y el estudiante ansioso y, sin embargo, el resultado ser un fracaso. El ambiente juega un papel considerable en la educación. No nos paramos en la esquina de una calle transitada para estudiar nuestras lecciones. Especialmente si la materia es profunda. Más bien, buscamos la quietud y seclusión de una biblioteca o cuarto de estudio.

Así debería ser en nuestra educación espiritual. Si aprendiéramos las cosas más profundas de la verdad divina tiene que haber momentos de meditación sin apuros, períodos en los que nuestra alma está aislada o apartada del mundo. Incluyamos estos momentos en nuestra búsqueda del Espíritu. Un himno dice: “Dedica tiempo para ser santo”.

La madre de edad ya avanzada de uno de los predicadores más santos de la última generación le hizo este comentario a un amigo mío: “Toma tiempo aprender las cosas del Espíritu”. Esa declaración

quedó impregnada en mi mente como una de las verdades más significativas acerca de la experiencia cristiana. Si tomáramos tanto tiempo para nuestra educación espiritual como lo hacemos con nuestro aprendizaje secular ¿no habría la posibilidad de producir algunos gigantes espirituales aún en nuestros días? Pero —toma tiempo.

EL TESTIGO FIEL

“El dará testimonio de mí”. El contexto sugiere que se hace referencia primordialmente en esta declaración al ministerio del Espíritu en el mundo. El testificaría al mundo que crucificó a Jesús demostrando que su víctima era el Hijo de Dios, el Mesías.

Pero la declaración también se puede tomar como referencia al ministerio del Espíritu hacia los discípulos. El les testificaría que Jesús era realmente el Cristo. Después también testificaría a través de ellos al mundo. Mientras El testificaba a su corazón, ellos testificarían al mundo. Así como El testificaba a su corazón, ellos testificarían al mundo.

¿A qué se debe que haya tanto testimonio cristiano tan débil, vago e indefinido? ¿No se debe acaso a que sus exponentes no tienen un testimonio claro del Espíritu en su propio corazón? Esa convicción interior del Espíritu imparte al testimonio del creyente un anillo de certeza, una nota de triunfo, un tono de autoridad.

La subordinación en oficio del Espíritu al Padre y al Hijo es revelada en tres de las declaraciones de Jesús. El dice: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre” (Juan 14:26); “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre” (Juan 15:26); y nuevamente: “Os lo enviaré” (Juan 16:7).

Es de notar que los pronombres que se refieren al Espíritu a veces son masculinos y a veces neutros. Una considerable confusión ha resultado debido a ello y no poca discusión respecto a la personalidad del Espíritu Santo. ¿Es el Espíritu “él” o “lo”?

Deberíamos decir de inmediato que quienes mencionan pasajes

con el pronombre neutro, también tienen que mencionar, con toda justicia, aquellos que contienen la forma masculina. ¡Y son bastantes!

El hecho es que cualquiera que lea estos tres capítulos cuidadosamente en el griego, descubrirá que las formas neutras se usan sólo cuando el uso gramatical lo necesita absolutamente. La palabra griega para espíritu (*pneuma*) es un sustantivo neutro. Por tanto, los pronombres que tienen la palabra *pneuma* como su antecedente inmediato, necesariamente tienen que ser neutros en su forma. Pero cuando el uso gramatical por algún motivo lo permite, se usa siempre el género masculino por pronombre para referirse al Espíritu Santo.

Se ha preguntado a veces cómo pudieron recordar los evangelistas las palabras de Jesús y citarlas con tal longitud como las encontramos, como, por ejemplo, en el Sermón de la Montaña. Parte de la respuesta podría ser que Mateo estaba familiarizado con el sistema de taquigrafía, el cual se usaba entonces y que él guardó muchos de los dichos de Jesús en su *logia* araméica. Esta colección tradicional de enseñanzas pudieron haber sido empleadas por Mateo y Lucas en sus evangelios griegos.

Pero la respuesta completa a esta pregunta probablemente debería tomar en cuenta las propias declaraciones de Jesús en Juan 14:26 —“él... os recordará todo lo que yo os he dicho”. Parte de la obra del Espíritu como Inspirador de la Santa Escritura consistiría en llevar nuevamente las palabras de Jesús a la mente de los apóstoles.

No sólo es el Espíritu Santo un Ayudador a la memoria, sino el único revelador infalible del futuro. “El os declarará las cosas”. Probablemente esta declaración también debería tomarse como referencia primeramente a la inspiración de las Escrituras del Nuevo Testamento. “Entre *ta erchomena* podríamos colocar la constitución de la iglesia y aquellas verdades las cuales enseñaría la experiencia cristiana”.⁴

MINISTERIO DEL ESPÍRITU SANTO

Creo que es justo asumir que aquí también tenemos una referencia del ministerio del Espíritu advirtiéndonos de peligros futuros, pre-

⁴Plummer, en *Cambridge Greek Testament, St. John, in loco*.

parándonos para pruebas y grandes crisis, y aun dándonos ciertos destellos del plan de Dios para nuestra vida futura. Todo cristiano lleno del Espíritu Santo ha estado consciente algunas veces de este ministerio tan maravilloso y lleno de gracia, del permanente Consolador.

Uno de los pasajes más interesantes del último discurso de Jesús es el que describe el ministerio del Espíritu Santo al mundo. “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8).

La interpretación de algunas versiones es aquí indudablemente débil. El cuadro representado por el término “reprobar” es muy diferente del que sugiere con “dar convicción”. El primero puede ser una palabra suave de una madre a un hijo; la segunda, es el escenario de una corte. En cuanto a estos términos Plummer escribe: “‘Dar convicción’ es mejor que ‘convencer’ y mucho mejor que ‘reprobar’; significa forzar a un hombre a condenarse a sí mismo después de un escrutinio en la corte de la conciencia”.⁵

Parte de la misión del Espíritu consiste en dar convicción de su pecado al pecador. En donde falte esta convicción habrá escasez de almas ganadas. La tragedia más grande que podría caer sobre el mundo sería que el Espíritu Santo se alejara de la humanidad.

Toda persona interesada en evangelizar debería orar seriamente para que el Espíritu Santo convenza a los hombres de pecado. Esta es una de las necesidades más apremiantes de hoy. Tenemos casi toda clase de programas y actividades en la iglesia. Sin embargo, cientos de iglesias no informan cada año ninguna conversión a Cristo. ¿Cuál es la razón? ¿No se deberá a que dependemos demasiado de nuestros propios esfuerzos y planes, y muy poco de la obra efectiva del Espíritu? Cuando despertemos a la realidad de que somos completamente incapaces de rescatar al hombre de su ceguera y atadura del pecado y que sólo el Espíritu Santo los puede convencer, entonces, y sólo entonces, podremos buscar almas para que sean salvas y que prospere la

⁵Cambridge Greek Testament, St. John, in loco.

obra de Dios. El pecador nunca pedirá perdón sino hasta que esté condenado, consciente de su pecado y culpabilidad como resultado de la convicción que da el Espíritu.

Muchos líderes de hoy declaran que lo que necesitamos es una recuperación del sentido del pecado. Pero muchos de ellos son incapaces de decirnos cómo se puede lograr tal resultado. Jesús nos ha dado la única solución al problema —“cuando él venga, convencerá al mundo”. Cuando El venga, completamente a su corazón y al mío. Cuando El venga, poderosamente, a los servicios de nuestra iglesia y programas. Cuando El venga, hará maravillas. Si estas cosas no están en evidencia, ¿qué significa? ¿Significa que El no ha venido como El lo desea, así como Jesús dijo que vendría? Cuando no hay convicción de pecado en nuestros servicios, ¿significa acaso que el Espíritu no ha venido a nuestro medio? Estas son preguntas a las que deberíamos enfrentarnos en un día en que los líderes de la iglesia confiesan frecuentemente el fracaso y la debilidad en la obra del reino. ¿Ha venido El —a usted?

EL ECLIPSE

Hemos dicho que en el último discurso tenemos el amanecer, el inicio de las enseñanzas de Jesús acerca del Espíritu Santo. Pero esa salida del sol fue seguida rápidamente por un eclipse —un eclipse total. Para el horror y el asombro de los once discípulos su líder fue arrestado en lo oscuro de la noche y llevado rápidamente para ser enjuiciado por el tribunal más alto de la nación. Un juicio seguía a otro en sucesión salvaje, hasta que finalmente Pilato entregó a Jesús a los que estaban sedientos de su sangre. La oscuridad que cubría el paisaje en ese momento de la tarde no fue más profunda que la oscuridad que llenaba el alma de los distraídos discípulos. Su Sol se había convertido en eclipse.

Pero, afortunadamente, el eclipse no duró mucho tiempo. Después de horas que parecieron siglos —cuando los discípulos sintieron como si los hubieran dejado “huérfanos”— Jesús apareció nuevamente en escena. Fue como una nueva salida del sol para ellos.

Los discípulos —diez de ellos— estaban reunidos en un cuarto cuando la alegre reunión se llevó a cabo. Las puertas estaban cerradas por temor a los judíos. Pero de repente, sin aviso alguno, Jesús se paró en medio de ellos. Sentimientos mixtos de temor y de gozo sobrecogieron a los discípulos mientras veían a su líder supuestamente muerto, parado en frente de ellos. Pero un confortante “Paz a vosotros” calmó sus temores y llenó su corazón de gozo.

En ese momento Jesús les recordó que su vida tendría que ser de servicio. “Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21). ¡Cuán trascendental honor, sin embargo, cuán tremenda responsabilidad! Pablo captó esa visión cuando dijo que éramos “embajadores de Cristo”.

Pero los discípulos todavía no estaban listos para representar la corte del cielo. Jesús sabía cuál era su necesidad. “El sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:22).

Los discípulos casi no se dieron cuenta en ese momento del significado de ese acto sencillo y de aquellas pocas palabras. Pero pronto se darían cuenta. Las promesas de Dios no siempre se cumplen en la misma hora o día en que nos son dadas. A Habacuc, el profeta, Jehová le dijo: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Habacuc 2:3).

Y lo mismo le pasó a aquel pequeño grupo de discípulos en la tarde de resurrección. Cincuenta días, y después la celebración de Pentecostés —y en su Pentecostés, Simón Pedro, en su debilidad y aquellos temerosos discípulos, fueron transformados en gigantes espirituales— vino El, el prometido. Entonces, y sólo hasta entonces, fue verdad que del interior de ellos brotaron ríos, inundaciones, de aguas vivas para bendecir a los miles que estaban reunidos para escuchar su mensaje.

“Cuando El venga”. Nuevamente la pregunta: ¿Ha venido El a usted?

Capítulo 3

LA PLENITUD DEL DÍA

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

El cristianismo contiene elementos frescos, dinámicos, poderosos e infiltrantes, placenteros y purificantes. El hombre siempre tiende a estrangularlo, a embotellarlo, hasta que se vuelve estático y se estanca. Pero cuando viene directamente de su fuente en Dios, es espontáneo, viviente y dador de vida.

El cristianismo no es ni un credo ni una organización. Es vida —una vida nueva que se recibe en el interior y se manifiesta exteriormente. Muy a menudo queremos forzar esta nueva vida dentro de moldes. Pero pagamos un alto precio por el proceso. Aquietarlo, es matarlo. Lo que estaba vivo, pulsante y vibrante se vuelve duro, rígido —y muerto.

Todo gran movimiento religioso ha pasado por tres etapas en su historia. Al comienzo es verdaderamente un movimiento. “Progreso”, es su lema; “¡avance!”, su grito de guerra. Efervescencia, fervor, intensidad —estos elementos caracterizan sus adherentes. La conciencia del liderazgo divino es fuerte; los líderes humanos toman un segundo lugar. El movimiento del Espíritu —es lo central.

En la segunda etapa el movimiento se convierte en una institución. Los reglamentos toman un lugar de mucha importancia hasta que la organización encubre todo lo demás. El credo se establece, la organización se fija. El interés se centra más y más en los edificios. Los planes y programas toman el lugar del liderazgo del Espíritu Santo.

Pero, ¿cuál es el resultado de todo ello? El primer entusiasmo y espontaneidad comienzan a desvanecerse. La fragancia, el hermoso germinar de la experiencia cristiana comienza a decaer. Los testimonios toman la forma de un estereotipo; los sermones se oyen secos, empolvados —podríamos decir que, a veces, enmohecidos. En vez de “Así dice el Señor”, son las opiniones de filósofos y científicos con las que se alimenta a la gente desde el púlpito. La sicología toma el lugar de la neumatología —encontramos una manera de explicar todos los fenómenos de la experiencia cristiana en una base puramente naturalista; ya no hay ningún lugar para la obra sobrenatural del Espíritu Santo en la vida del creyente. Y por último, pero no en menor escala, el predicador lee las noticias con avidez, mientras que sus comentarios bíblicos se empolvan en los estantes de su biblioteca.

“Institución” se define en el diccionario como “lo que está establecido”. Se cuenta la historia de un buen miembro de la iglesia que manda a su pequeña hija a la escuela dominical, mientras que él se sienta en su sillón favorito a leer el periódico del domingo. Un día la niña pequeña le rogó a su papá que la acompañara: “¿Por qué no vas tú también a la iglesia, papá?” “Ah”, contestó el papá desinteresadamente, “yo estoy establecido”.

Al día siguiente el papá y la hija iban viajando en el viejo vagón cuando Jaime, la mula, decidió detenerse. Plantó sus cuatro patas firmemente y nada ni nadie la podía mover. Cuando el iracundo papá había empleado todos sus métodos persuasivos, la pequeña niña ofreció una sugerencia oportuna. “Papá”, dijo, “me parece que Jaime ya está establecido”.

El año pasado caminamos a través del hermoso cañón de las montañas White, conocido como el río Lost. Parece que una vez el torrente de un glacial fluyó por ahí, abriéndose paso a través de rocas y tierra. Al seguir el camino sinuoso del antiguo río —gateando dentro de cuevas escalofrantes y mirando asombrosos precipicios— nos impresionamos ante la perfecta obra de arte creada por este torrente. Era casi increíble.

Pero hoy en día el río Lost es sólo una institución. El río ya no existe y el cañón profundo que talló, permanece como un monumento de sus obras.

¿No es verdad que muchas iglesias ya han perdido su movimiento poderoso del Espíritu Santo de Dios que convence y convierte? En donde una vez, se escuchaba el gemir de pecadores penitentes y el llanto de recién convertidos, ahora todo está en silencio —sin vida.

Pero, ¡no olvidemos terminar nuestro sermón! En su tercera etapa la institución se convierte en un museo —un lugar en donde nos reunimos para conmemorar el pasado. Visitamos la colección de momias y miramos reverentemente las estatuas de los héroes de la historia, los días yaidos —¡en aquellos días había gigantes en la tierra! Y nos olvidamos que esos hombres fueron grandes porque el Espíritu de Dios descendió sobre ellos poderosamente; nos olvidamos de que nosotros también podemos tener hoy ese mismo poder.

¿No es verdad que cada movimiento religioso tarde o temprano alcanza el momento en que adora los huesos de sus muertos? Sus vitrinas están llenas de huesos de hombres muertos en vez de bebés vivos y niños en crecimiento. Celebramos la época de la conversión de un Juan Wesley y del poder del Espíritu en el evangelismo de D. L. Moody; y con razón. Pero ¿nos damos cuenta acaso de que nuestra necesidad más grande de hoy es repetición multitudinaria de aquella experiencia de un corazón ardiente, y de evangelistas llenos del Espíritu, hombres cuyos corazones ardan con el amor de Dios y pasión por las almas perdidas? Hemos sustituido la educación por el evangelismo; y hemos producido pecadores civilizados. Es hora de que aprendamos que no podemos educar al pecado para que salga del corazón; éste tiene que ser purgado, limpiado por la obra del Espíritu Santo. Nuestra mayor necesidad de hoy es Él.

Lo mismo sucedió a los discípulos por mucho tiempo. Recibieron la tarea abrumadora de evangelizar al mundo. Eran sólo un grupito de pescadores humildes y gente común —¿cómo lo podrían hacer?

Jesús, quien les asignó la tarea, sabía cuál era la solución al pro-

blema. Así que “les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre... porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hechos 1:4,5). Lo que los discípulos necesitaban era el bautismo con el Espíritu Santo.

Lo necesitaban no sólo por el poder, sino también para entender las verdades espirituales. A pesar de escuchar las enseñanzas de Jesús por tres años y de asociarse de cerca con El, todavía estaban buscando un reino mesiánico terrenal. “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). La resurrección de Cristo y el ministerio de su posresurrección no había clarificado el pensamiento de ellos respecto a este punto.

La respuesta de Jesús fue: “No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones... pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo”.

El rector del Easter Nazarene College usó este pasaje como texto para su último sermón, poco antes de su inesperada muerte. Su tema fue: “No conocimiento, sino poder”. En su ilustración final contó una historia imaginaria la cual me gustaría repetir.

Un hombre compró una propiedad con un molino. Contrató personal suficiente para esperar las máquinas. Tenía su materia prima en bodega y todo estaba listo para comenzar. Pero —nada sucedía.

El hombre estudió un poco la situación, y después decidió que la propiedad se veía un poco abandonada. Así que llamó carpinteros y pintores, y pronto los edificios lucieron hermosos y limpios. Una vez más se utilizaron los niveladores; todavía no había resultados.

Después de consultar con algunos amigos, el propietario decidió que necesitaba presencia de talento musical. Así que contrató a un cuarteto e instaló un coro. Pronto en el molino resonaba una música hermosa; pero aun así, la maquinaria no funcionaba.

Finalmente, pasó por ahí un anciano, con ropa llena de grasa. Vio cómo el propietario del molino se paseaba de una lado a otro enfrente de su fábrica, evidentemente, bastante desconcertado. “¿Qué suce-

de?” le preguntó. “Bueno, déjeme mirar un poco alrededor. Tal vez pueda ayudarlo. ¿En dónde está su generador?”

El anciano se dirigió hacia el pequeño edificio, descuidado hasta entonces. Abrió la puerta y miró adentro. No había señales de vida. Pero pronto llenó el hervidor de agua y encendió fuego por debajo. Después de un tiempo el vapor comenzó a circular por la tubería. “Ahora”, dijo el anciano, “encienda su maquinaria”. Pronto el lugar se vio lleno de actividad y el propietario pudo vender productos.

Una ilustración perfectamente ridícula. Sí, ¿pero qué de la iglesia que trata toda clase de plan inventado por el hombre y cada trama para hacer que su trabajo funcione y rechaza el plan divino —el bautismo con el Espíritu Santo? La una no es más loca que la otra.

Cuando incrementamos nuestra organización no aumentamos nuestro poder. Más organización significa más maquinaria. A menos que aumentemos el poder en proporción a la medida que añadimos maquinaria, estamos en peligro de quedarnos parados. La organización excesiva equivale a cargar un caballo tan pesadamente con guarniciones que no pueda caminar. Lo que necesitamos hoy no es más guarniciones suntuosas, sino más caballos. La iglesia primitiva tenía muy poca organización, pero contaba con un poder por el cual deberíamos estar orando hoy en día.

Hechos 1:8 es uno de los llamados claros del cristianismo. “Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Este versículo nos da las dos cosas: el poder y el programa de la iglesia. Su poder —el Espíritu Santo sobre los cristianos. Su programa —evangelismo mundial. La iglesia se ha debilitado en su programa cada vez que carece del poder.

¿No nos demanda la honestidad que confesemos nuestra falta de poder hoy en día? Y si queremos saber cómo obtener el poder, ¿acaso no nos da la respuesta clara y definida Hechos 1:8? Recibiremos poder cuando recibamos el Espíritu Santo.

I. PEDRO Y EL PENTECOSTÉS

El libro de Hechos es una demostración de la verdad de la declaración de Jesús en 1:8. Esa demostración comenzó en el día de Pentecostés. Entonces aquellos discípulos de rodillas endebles fueron transformados en testigos intrépidos. Y el testimonio que comenzó allí, en pocos años fue llevado hasta las últimas partes del mundo conocido de aquel entonces.

¿Cómo vino el Espíritu Santo? Así como la enseñanza de Jesús fue confirmada a los judíos como divina de origen por medio de milagros, así la venida del Espíritu fue confirmada al grupo que esperaba, por ciertas señales que lo acompañaron. Hubo evidencia para los ojos —lenguas de fuego aparecieron y una llama posaba sobre cada persona. Hubo evidencia para los oídos —“un estruendo como de un viento recio que soplaba”.

Pero todo esto fue secundario. El punto central era: “Y fueron todos llenos del Espíritu Santo”. Aun el hablar en lenguas era simplemente una señal que lo acompañaba. Y recordemos que eran los judíos los que demandaban señal, no los gentiles. Indudablemente estamos asumiendo demasiado cuando damos por sentado que estas señales, o cualesquiera de ellas, fueron planeadas para cada ocasión.

PEDRO, EL PREDICADOR

La venida del Espíritu Santo estuvo bien programada. Una gran multitud se había reunido en Jerusalén para la celebración de Pentecostés. En el día de la fiesta, el Espíritu descendió sobre el grupo en el aposento alto. Evidentemente se llevaba a cabo una considerable demostración, suficiente para atraer a una multitud de espectadores curiosos. Muchos de ellos comenzaron a burlarse de los discípulos.

Entonces Pedro tomó su verdadero lugar como líder del grupo de discípulos. Antes, a menudo había sido expresivo verbalmente. Pero con mucha frecuencia había dicho cosas equivocadas, como en el Monte de la Transfiguración, y cuando reprendió a Jesús para que no

fuera a la cruz. Después, también demostró ser un cobarde cuando se enfrentó a las acusaciones de una simple muchacha. Había negado a su Señor.

Pero algo había sucedido. Pedro había ganado dos cosas de la experiencia en el aposento alto —valor y sabiduría. Allí estaba, de pie, encarando a los burladores contenciosos y defendiendo a los discípulos. Sus acciones no se debían al licor. Dios había derramado al Espíritu Santo sobre ellos, en cumplimiento de su promesa a través de Joel, el profeta.

Uno de los oficios del Espíritu Santo es el de Intérprete. Pedro comenzó en el día de Pentecostés a manifestar claridad del significado de las Escrituras del Antiguo Testamento. Felipe pudo mostrar a los eunucos de Etiopía como Cristo, el Mesías sufriente, estaba profetizado en el capítulo 53 de Isaías. Pablo cita frecuentemente pasajes del Antiguo Testamento e interpreta su aplicación cristiana y cumplimiento. La Epístola a los Hebreos está saturada de tipos y símbolos del Antiguo Testamento, regresando hasta Sinaí y la construcción del tabernáculo, con el inicio del sistema sacerdotal. Sin la iluminación del Espíritu sería difícil entender el Antiguo Testamento y su relación con el Nuevo. El Espíritu Santo es el mejor maestro de hermenéutica bíblica.

Uno de los puntos prominentes de ambos sermones de Pedro, citados en el segundo y tercer capítulos de los Hechos, es la manera directa e intrépida en la que culpa a los judíos por la muerte de su Mesías. El griego aquí es enfático. “Prendisteis y matasteis” (Hechos 2:23). “Pedisteis que se os diese un homicida, y matasteis al Autor de la vida...” (Hechos 3:14, 15).

Palabras directas. Algo le sucedió al carácter de Pedro cuando el Espíritu Santo descendió sobre él. La gelatina se convirtió en acero. ¿Por qué? Porque tenía un Ayudador dentro de él. No significa que Pedro fue deshumanizado, o que su personalidad fue alterada radicalmente. Más bien, tenía la Presencia divina dentro de él, la cual ahora le ayudaba a enfrentarse a todas las emergencias y a salir victorioso.

Jesús había dicho que el Paracleto convencería al mundo de pecado cuando viniera. Y vino. ¿Se probaría entonces que la promesa era verdad? La historia del día de Pentecostés hace más que contestar la pregunta. Tal convicción se apoderó de la multitud que no hubo necesidad de más predicación. Los oyentes comenzaron a clamar: “¿Qué haremos?” Y ese día se convirtieron 3,000.

Hermanos, toquemos este asunto abiertamente. Hoy en día se critica mucho el evangelismo en masa. Se nos dice que las reuniones de campamentos familiares y que los servicios de avivamiento son cosas del pasado. Nuestro estado presente de cultura y de educación los han pasado de moda. La educación religiosa ha suplantado para siempre el avivamiento.

¿Si negamos que la predicación evangelística a las masas tiene aún su lugar, no estamos acaso efectiva —y criminalmente— obstaculizando al Espíritu Santo para que alcance a la gente con la salvación? ¿No estamos cerrando la puerta en su cara cuando El llega directamente a traer convicción a los pecadores? El está aquí para convencer y convertir, pero obra a través de la predicación del evangelio: “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (1 Corintios 1:21).

¡Tres mil convertidos en el día de Pentecostés! El número pronto creció a 5,000 y más tarde ¡más multitudes! ¿Cómo? Por medio del evangelismo de las masas. ¿Por qué? Porque al Espíritu Santo se le daba así la oportunidad de moverse en los corazones de gran cantidad de personas al escuchar ellas la predicación de la Palabra de Dios. ¡Cuán tremenda responsabilidad por las almas perdidas de los hombres provocan aquellos quienes ante la realidad de estos hechos, se oponen al evangelismo en masa! Es malo rechazar la oferta de salvación para nuestra propia alma. Pero es mil veces peor cerrar la puerta de salvación a la humanidad hambrienta, agotada y enferma por el pecado.

Podemos preguntarnos justamente si la iglesia ha progresado espiritual y numéricamente sin el evangelismo de las masas. Estu-

die las páginas de la iglesia primitiva hasta el tiempo de Agustín y vea a las multitudes que eran ganadas con el evangelio. ¿Cuál fue una de las principales características de la Era del Oscurantismo? ¿No fue la ausencia de la predicación? ¿No debió el éxito de la Reforma Protestante más que todo al avivamiento de la predicación? ¿Y en qué otro lugar en las páginas de la historia de la iglesia leemos acerca de tal crecimiento excepcional y rápido como en el caso del movimiento wesleyano? ¿No se debió a que Wesley y sus colegas hicieron de la predicación evangelística el corazón mismo de su movimiento?

Me parece que hemos tenido suficiente demostración desde el día de Pentecostés hasta el presente, para convencer a cualquier mente abierta de que Dios siempre ha usado el evangelismo en masa para extender su reino. Otras fases de la obra cristiana ocupan su lugar. Pero tanto el Antiguo Testamento como el Nuevo Testamento y la historia cristiana desde el siglo I declaran con unidad de testimonio que la predicación evangelística es el método escogido por Dios para alcanzar a los perdidos con las nuevas de salvación. ¡Cuán triste que los hombres se ocupen en cavilar y discutir mientras millones de almas pasan por nuestras puertas —sin Cristo, sin Dios!

PEDRO, EL OSADO

La nueva osadía de Pedro no sólo lo capacitaba para enfrentarse a una multitud burlona de miles, sino que también le dio valor para sostener su causa delante de un pequeño, pero poderoso grupo de religiosos. No había nadie más temido por los judíos de ese entonces que el gran sanedrín de Jerusalén. Es cierto que el gobierno romano había privado a ese cuerpo oficial de sus prerrogativas de la pena capital. Pero también es cierto que ese mismo concilio había logrado la muerte de Jesús. Pedro se había asustado lo suficiente como para llenarse de pánico cuando se mencionó su asociación con Jesús.

Pero ahora Pedro estaba cara a cara con aquellos que habían crucificado a su Señor. Allí estaban los principales sacerdotes y sus 70

consejeros, sentados en semi-círculo, frente a Pedro y a Juan. Los dos apóstoles estaban acusados.

Pedro, como siempre, tomó el lugar del testigo. No había ningún malentendido en la actitud de los miembros del consejo. Estos no eran jueces imparciales. Todos estaban ansiosos de tomar el papel de abogado acusador. Allí estaban con sus ceños fruncidos y amenazantes. La sentencia de un castigo cruel ya estaba escrito sobre sus frentes, fácil de leer con una sola mirada. Allí estaban los 24 —saludables, poderosos saduceos, preocupados principalmente por guardar su prestigio religioso y político. Allí también estaban los 24 ancianos que representaban los diferentes matices de la opinión del judaísmo contemporáneo. Y por último, estaban los 22 escribas —orgullosos, cerrados e intolerantes fariseos. El futuro de Pedro no se veía muy halagador.

Pero Pedro no estaba solo ese día ante un juez y jurado hostil. Tenía un Abogado que defendía su causa, un fiscal para su defensa. En respuesta a la demanda imperiosa: “¿Con qué potestad, o en qué nombre, habéis hecho vosotros esto?” (Hechos 4:7). Pedro, “lleno con el Espíritu Santo”, se alió osadamente con el Cristo crucificado. Dijo en síntesis: “No somos malhechores sino benefactores. ¿Por qué nos llevan a corte por hacerle bien a un hombre impotente? Pero si ustedes quieren saber por qué medio fue sanado, se los diré. Fue a través del poder y del nombre de Jesús”.

Pedro no sólo no estaba asustado delante de aquel grupo de odiadores de Cristo, sino que estaba dispuesto a tomar su posición delante de toda la nación judía. “Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano” (Hechos 4:10).

¡Qué acusación! El sanedrín había llegado a la conclusión de que eran pescadores, “sin letras e ignorantes” que respondían a los cargos de herejía; de que enseñaban sin las credenciales apropiadas. Y ahora el prisionero acusaba al juez y al jurado de un cargo mucho más serio, el de asesinato. “En realidad Pedro le había dado

vuelta a la moneda del sanedrín y los acusaba delante de Dios”.¹

Fue un golpe maestro. Pero no fue la genialidad o el ingenuo valor de Pedro lo que lo ocasionó. La explicación del caso está en esta frase: “Lleno con el Espíritu Santo”. Ahora Pedro ya no estaba solo. Era Pedro más Dios.

Nadie debe desanimarse por sus fracasos o debilidades. ¿Qué fracaso podría ser más humillante que el de Simón Pedro la noche en que negó al Señor? ¿Qué debilidad más vergonzosa que aquella de un harapiento pescador galileo quien se desplomó ante el dedo acusador de una muchacha? Aquel era Pedro basado en su propia fuerza —un cuadro doloroso. Pero el Pedro “lleno con el Espíritu Santo” era un hombre nuevo. No tan valiente como un león, sino más valiente que un león. Así le sucedió a Sansón un día en que el león lo encontró y le rugió. “Y el Espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano” (Jueces 14:6). El fue más que un fósforo para el rey de la selva.

El sanedrín había rugido contra Pedro y Juan, esperando aterrorizarlos hasta el silencio. Pero en vez de amedrentarse delante de los líderes de los judíos, Pedro probó ser más osado que sus adversarios. Señalando con su dedo a los principales sacerdotes, ancianos y escribas, pregonó: “Ustedes crucificaron a Jesucristo”. El mismo Espíritu que poseyó a Sansón cuando se enfrentó al león rugiente ahora poseía a Pedro, y con resultados semejantes. En ambos casos, el más débil conquistó al más fuerte.

Existe un remedio para la debilidad en la vida cristiana que carga con la garantía de la Deidad. El hombre lleno del Espíritu nunca es un debilucho. “Sed llenos del Espíritu”; esta es la gran receta del médico para la debilidad.

LA IGLESIA Y LA ORACIÓN

Pero Pedro no era el único que necesitaba esa infusión del poder divino para aquellos tiempos difíciles. Toda la iglesia cristiana pron-

¹A. T. Robertson, *Word Pictures, in loco*.

to estaría bajo el fuego de las armas enemigas. Así que, cuando los dos apóstoles informaron a su grupo la actitud del sanedrín, se sostuvo una reunión especial de oración.

Vale la pena notar varios aspectos de esta reunión de oración. En primer lugar, está registrado que los discípulos “alzaron unánimes la voz a Dios” (Hechos 4:24). Aquí había unidad de oración. Jesús dijo una vez que si dos creyentes se ponían de acuerdo para pedir algo, su petición sería otorgada. Pero aquí había toda una compañía de cristianos consagrados orando “unánimes” por lo mismo. Estaban unidos en espíritu y petición.

¿Pero, por qué estaban ellos orando? Esto es lo segundo que veremos notar. La ocasión de esa reunión de oración era la persecución severa que acababa de comenzar para la iglesia naciente. Esperaríamos que el objeto de sus oraciones, entonces, fuera la protección o para que cesara la hostilidad. ¿Era esa su petición? ¡No! Tenían una preocupación mayor que la protección personal y la prosperidad. Su gemir no era por las necesidades personales, sino por los intereses del reino. Escuchen su oración: “Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra” (Hechos 4:29). No dijeron: “Salva nuestros pellejos”; sino, “Danos valor para seguir predicando, aunque nuestra vida esté amenazada”. No querían protección personal, sino la propagación del evangelio. ¿Alguna vez se ha escuchado una oración con menos egoísmo de labios humanos? ¿Alguna vez tuvo un rey súbditos más fieles que éstos? ¡Señor, ayúdanos a buscar primeramente tu reino!

¿Fue contestada su oración? Leamos uno o dos versículos más adelante. “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios”.

Ellos le habían pedido al Señor que les concediera “hablar (presente infinitivo) su palabra con denuedo”. Y quedó registrado que “hablaban (imperfecto) con denuedo la palabra de Dios”. Su oración fue contestada literal y completamente. La predicación del evangelio

y la propagación de la fe continuaron a pesar de todas las amenazas.

¿Pero cómo contestó Dios la oración? ¿Cómo les dio valor para continuar a pesar de la oposición y del peligro? De la misma manera en que le dio a Pedro valor para enfrentarse al sanedrín y de volverse acusador en lugar del acusado. Porque está escrito: “Todos ellos fueron llenos con el Espíritu Santo”.

Bien podríamos preguntar: ¿Hubiera sobrevivido la iglesia primitiva si no hubiera sido por esa plenitud del Espíritu? ¿No hubiera sido ahorcada en su cuna? Con toda la artillería del judaísmo abriendo fuego sobre ella, ¿hubiera podido continuar su existencia sin ese poder sobrenatural?

¿En dónde se encuentra la seguridad más fuerte de la iglesia cristiana de hoy? ¿No está acaso en recibir un derramamiento fresco del Espíritu de Dios? “Cuando El venga”, entonces vendrá el poder para la oración que prevalece, para la predicación productiva.

*¡Dios, danos más predicadores de oración,
Llenos del Espíritu!*

PEDRO, ANANÍAS Y SAFIRA

La superintendencia del Espíritu Santo sobre la iglesia se ilustra en el incidente sobre Ananías y Safira. Aquellos dos hipócritas —¡Ojalá no hagamos como ellos!— pensaron que estaban engañando a la iglesia. Mas para su consternación, se encontraron con que el que estaba a cargo de la primera iglesia cristiana no era Pedro, sino el Espíritu Santo. Pedro era solamente el líder visible; detrás de él, guiándolo e inspirándolo estaba el Espíritu de Dios. Y nada se escondía de la mirada del Espíritu. El desenmascaró toda su conspiración miserable para engañar a los apóstoles. Los expuestos hipócritas encontraron un juicio rápido y temible. Fue una de las lecciones más duras para la iglesia primitiva, y no pasó inadvertida.

No podemos más que preguntarnos si cada cristiano que haya leído esta historia en Hechos se ha dado cuenta de su implicación total. ¿Qué nos cuenta? ¿No es este un gemido contra nuestras peque-

ñas decepciones, nuestras llamadas “mentiras blancas”? ¿No hace esto que suene una alarma de advertencia contra nuestro sentimiento de falsa seguridad cuando sabemos que lo que hemos hecho estuvo escondido a los ojos humanos? ¿No nos recuerda esto que un Ser supremo nos está mirando constantemente, que no se pierde de nada?

Alguien dijo que nuestros pensamientos son escuchados en el cielo. Para mí, ese es un pensamiento desafiante y dominante. No sólo tengo que cuidar mis acciones y palabras, sino también mis pensamientos. Tengo que ser absolutamente sincero en mi pensar —y puro y amante— si quiero pasar la inspección del cielo. ¡Que la meditación de mi corazón sea aceptable a tu vista, oh Señor!

Cuando leemos el reclamo de Pedro a Ananías: “¿Por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?” (Hechos 5:3) recordamos las palabras que Saulo oyó en el camino a Damasco: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hechos 9:5). Fue una gran sorpresa para el joven Saulo saber que los sufrimientos de la iglesia estaban registrados en su Cabeza, Cristo. Sin duda, Ananías recibió un impacto tan grande como el de Saulo cuando supo que en vez de estar tratando con los hombres, estaba tratando con Dios. La iglesia que él encontró era un organismo cuya vida misma era la morada del Espíritu Santo. Descubrió muy tarde que estaba jugando con un cable con corriente y no con un metal desconectado. El voltaje era muy alto. El impacto lo mató.

El resultado de la muerte repentina de Ananías y Safira produjo por lo menos dos consecuencias. Le dio a la iglesia gran publicidad, de tal manera que “los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres” (Hechos 5:14). También un temor saludable entre la gente: “Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (Hechos 5:11). El resultado fue que “de los demás, ninguno se atrevía a juntarse con ellos”(v. 13); los hipócritas se mantenían a una distancia prudente. La iglesia parecía protegida, en ese momento, por un cerco cargado de electricidad, por el cual la gente mantenía un respeto saludable.

PEDRO ANTE EL SANEDRÍN

Pero nada de ello parecía afectar a los miembros del sanedrín. Pronto los encontramos “llenos de celos” —¡qué contraste con el de estar “llenos con el Espíritu Santo”! —y apareció una tormenta peor contra la iglesia.

Cuando Pedro se encontró nuevamente frente a aquel semi-círculo de semblantes ceñudos —con una creciente crueldad y sedientos de sangre— él, de su parte, estuvo más severo que antes. Una vez más, los culpó del asesinato de quien Dios había vindicado al levantarlo de los muertos y exaltarlo para ser Príncipe y Salvador. Les dijo que había un testigo de ese hecho: “El Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen” (Hechos 5:32). Si obedecían a Dios podrían recibir el Espíritu Santo, y después podrían saber la verdad concerniente a Jesús. Pero en vez de ello estaban “enfurecidos y querían matarlos” (5:33).

Se nos cuenta que Juan Wesley acostumbraba hacer dos preguntas tradicionales a sus predicadores cuando llegaban a la conferencia anual. La primera era: “¿Se ha convertido alguien bajo su ministerio en este año?” Si la respuesta era negativa, hacía la segunda pregunta: “¿Se ha enojado alguien bajo su predicación este año?” Si la respuesta también era negativa, informaba al joven predicador que no había lugar para él en el ministerio metodista.

Los capítulos de Hechos parecerían apoyar la tesis de que la predicación llena del Espíritu producirá convicción o ira —la cual significa una convicción resistida. Naturalmente, había unas pocas excepciones, como en Atenas, en donde Pablo encontró indiferencia, y en campos extranjeros en obras pioneras. Sin embargo, el principio es bueno.

Un evangelio de “leche y agua”, predicado por métodos de “jabones suaves” nunca convencerán ni convertirán. No necesitamos en los púlpitos más hombres que teman herir los sentimientos de las personas. Necesitamos más hombres que, como el Isaías de antaño, hayan recibido una visión de la santidad de Dios, y así haberse hecho cons-

cientes de su propia condición pecaminosa. Se requiere una visión de la santidad de Dios para que nos dé un sentido claro de nuestra condición pecaminosa. Si entonces somos limpiados, nuestra iniquidad purgada, también podremos salir para ser proclamadores poderosos de la verdad de Dios. ¡Sálvanos, Señor, del pecado y de la suavidad!

El Espíritu Santo es dado a aquellos que obedecen a Dios. ¿Estamos calificando? ¿Estamos caminando en la luz total de su Palabra a medida que la leemos?

Si la obediencia es el prerrequisito para recibir al Espíritu Santo, ¿no podremos asumir que también es un requisito para mantener al Espíritu? ¿Permanecerá el Espíritu Santo en el corazón de alguien que deliberadamente desobedezca a Dios? ¿Podemos reclamar su presencia cuando nos estamos negando conscientemente a hacer la voluntad de Dios para nosotros, o cuando estamos haciendo algo que El ha prohibido que hagamos?

Vivimos en una época en la que la introspección no es popular en los círculos cristianos. Pero tal vez necesitemos examinarnos a nosotros mismos cuidadosamente, y en ocasiones críticamente. Creo que el lector devoto de las Escrituras encontrará para él esta verdad confirmada.

DISCRIMINACIÓN

El primer problema interno que surgió en la iglesia primitiva fue económico y social. Los griegos o helenistas se quejaban de que sus viudas eran descuidadas en la distribución diaria de comida. Este era un problema económico. Pero ellos murmuraban en contra de los hebreos. Ese era un problema social. Los helenistas acusaban a los hebreos de discriminación injusta.

La plataforma estaba lista para una “conmoción” real de la iglesia. La palabra griega traducida como “murmurando” nos recuerda al zumbido de las abejas. La iglesia estaba progresando espléndidamente, y en la superficie había una armonía hermosa y compañerismo. Pero en el fondo había un ruido zumbante abiertamente audible —el

zumbido de una campaña susurrante. Afortunadamente, el zumbido era lo suficientemente alto como para registrarse en los oídos de los apóstoles.

¿Qué hicieron ellos? ¿Ignorarlo? Si lo hubieran hecho, pronto hubiera habido una división en la iglesia, sin lugar a dudas. Pero el asunto era delicado y debía ser tratado con gran sabiduría y tacto.

En la solución de este problema los apóstoles mostraron no solamente un hermoso espíritu cristiano, sino también un agudo sentido común. Ellos primero decidieron que la distribución de trabajo era necesaria, si querían llevarlo a cabo apropiadamente. Decidieron que la iglesia seleccionara a siete hombres para servir a las mesas, mientras que ellos mismos se dedicaban a la oración y la predicación.

La iglesia también mostró sabiduría en la selección de “los siete”. Los nombres griegos parecían indicar que los escogidos eran helenistas. Ese fue un golpe maestro de diplomacia para conciliar a los helenistas murmuradores.

Pero esa no era la única cualidad de aquellos “diáconos”. Los apóstoles especificaron definitivamente qué clase de hombres debían escoger. Tienen que ser hombres de buena reputación, “llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hechos 6:3).

Sinceramente, ¿cuántas iglesias de hoy fijan estas pautas en la selección de sus oficiales? ¿En cuantas elecciones de las iglesias se advierte a las personas escoger sólo a aquellos que manifiesten estar “llenos con el Espíritu”? ¿No se habrían librado muchas congregaciones de un sinnúmero de problemas, al no tener miembros de la junta llenos de rebeldía, tercos y discutidores, si se hubieran establecido estas normas? Muchas juntas de iglesias han recibido la maldición de la presencia de un hombre de tal carácter. ¡Con razón en ocasiones la iglesia parece arrastrarse pesadamente!

Todos estos primeros sirvientes de la iglesia tenían que cumplir con grandes cualidades social, espiritual y mentalmente. Socialmente, tenían que gozar de buena reputación. Espiritualmente, tenían que estar llenos del Espíritu de Dios. Mentalmente, tenían que estar lle-

nos de sabiduría y tener tacto. No es de sorprenderse que con ese tipo de hombres podamos leer: “Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén” (Hechos 6:7).

¿Cuáles eran las tareas de estos hombres de Dios, buenos, llenos del Espíritu y discretos? ¡Servir a las mesas! Pero necesitaban todas esas cualidades para su trabajo, para que todo funcionara apaciblemente. ¡Cuánto más necesitamos hombres con ese carácter como administradores en nuestra iglesia de hoy! ¡Que Dios nos ayude a darnos cuenta de que todo el trabajo de la iglesia es sagrado y debería ser hecho por manos santas!

ESTEBAN

El primer hombre elegido como uno de los siete fue Esteban, “varón lleno de fe y del Espíritu Santo”. Parece que él era la “cabeza y hombros” del resto de las personas, espiritualmente, pues no se dice nada específico del carácter de los otros siete. Evidentemente Esteban fue el primero en ser escogido por la iglesia para este nuevo tipo de servicio.

Combinando los versículos cinco y ocho del capítulo seis, encontramos que tres cualidades caracterizaban a Esteban. Este hombre que estaba lleno del Espíritu Santo, también estaba —y no digamos que por virtud de este hecho— lleno de fe, gracia y poder. ¿Podrían decirse estas cosas de un hombre que no esté lleno del Espíritu?

Estas no son virtudes naturales. Hoy escuchamos mucho acerca del desarrollo propio, de la cultura y el refinamiento; y los necesitamos desesperadamente en todas partes. Pero aún sigue siendo verdad que lo mejor y las cosas más altas en la vida humana se pueden recibir sólo a través del contacto con Dios, el Autor de todo lo bueno y don perfecto, la Fuente de todo lo hermoso y bendito. A través de un compañerismo cercano y continuo con aquel Ser perfecto, podemos crecer en la gracia cristiana, y sólo por ese medio. Y es a través del Espíritu Santo que este compañerismo es posible.

La morada del Espíritu Santo en nosotros incrementa nuestra fe, haciendo que Dios sea más real para nosotros. El nos ayuda a estar llenos de gracia, dándonos compañerismo con Cristo, Aquel que causó sorpresa en las personas que se preguntaban acerca de las palabras llenas de gracia que procedían de su boca. Y el Espíritu de Dios nos equipa con la dinámica para la vida y servicio cristiano. El poder de la personalidad no reemplazará el poder del Espíritu Santo.

Diffícilmente podemos concebir que un hombre del calibre de Esteban confinara su trabajo al de servir a las mesas. Aunque no tenía la ordenación para predicar, su necesidad tenía que ser la de predicador laico. Y sin duda que en esa capacidad sobrepasaba a algunos de los mismos apóstoles en elocuencia y en efectividad.

Hay por lo menos tres grupos de personas en la iglesia cristiana. Primero, aquellos que no tienen mucha ambición, que están contentos con hacer poco o nada para ayudar a la causa de Dios. Su vida es un fracaso, y no les importa. El último punto constituye la verdadera tragedia de la situación.

Después están aquellos que dicen que les gustaría hacer grandes cosas; tienen ambiciones elevadas de un éxito espectacular. Pero la suerte está en su contra. Sus superiores no les dan una oportunidad para demostrar sus grandes habilidades. Si solamente tuvieran una posición alta o una iglesia grande en la ciudad —entonces podrían demostrar lo que verdaderamente podrían hacer. Pero en ese campo desolado, en esa posición insignificante, no se puede lograr nada. No se les ha dado la oportunidad de hacer algo. Así que están malhumorados, se vuelven amargados e inútiles, y culpan a otros por su fracaso.

Después está el tercer grupo, al que pertenecía Esteban. El pudo haber sentido que podía predicar tan bien como algunos de los apóstoles. Pero en vez de quejarse porque sus dones no eran reconocidos en forma más completa, desempeñó bien la labor asignada a él. Demostró su gracia y tacto al tratar con los helenistas murmuradores. Y pronto cesaron las murmuraciones.

Pero no paró allí. Comenzó a hablar en la sinagoga. Sus habilidades concentradas rebasaban los límites de la tarea que le había sido encomendada. Él era muy grande para el trabajo al que había sido asignado. Pero en vez de empequeñecerse y de aprisionar su alma para cuadrar en el trabajo, siguió adelante y se desbordó. En otras palabras: hizo un lugar para él mismo. En vez de disminuir, aumentó su trabajo.

Hay mucho trabajo para todos a nuestro alrededor. Pero algunos se apoyan en sus palas y se quejan de su terreno, mientras que otros van y hacen con su poder lo que sus manos encuentran para hacer. Y éstos son aquellos que ganan la corona.

La predicación de Esteban no tardó mucho en provocar oposición. Algunos se ponían de pie y discutían con él mientras estaba hablando. Era una situación tensa. Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, era más que un duplicado para ellos. “Pero no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (6:10). El Espíritu Santo ayudaba a Esteban con lo que tenía que responder a sus oponentes. A Esteban solo lo hubieran podido vencer. Pero Esteban lleno del Espíritu, guiado por el Espíritu y con el poder del Espíritu salió victorioso. El Espíritu Santo no conoce la derrota. Tampoco nosotros cuando dependemos de Él.

Es interesante pensar que Pablo estaba entre los de Cilicia que resistieron a Esteban en la sinagoga. Ese fue el primer contacto de Saulo con el Espíritu de Dios, y probablemente su primera derrota en una disputa pública. Pero ese brillante joven estudiante de Gamaliel no pudo contra el Espíritu de Dios. Aunque probablemente no tomó su derrota muy gentilmente, tuvo que admitir que aquí había algo, o Alguien, que no había conocido antes. Pero la misma imposibilidad e insuperabilidad de todo esto, sólo lo enfureció más e hizo que peleara furiosa, pero fútilmente, contra los dioses. Pobre Saulo. No tuvo paz desde ese momento hasta el día en que se rindió al divino Espíritu y aceptó a Cristo.

Finalmente los acontecimientos llegaron a un clímax. Esteban fue arrestado y llevado ante el sanedrín. Allí lo acusaron falsamente de

blasfemia. Pero en vez de ponerse furioso por su conducta calumnian-
te, su rostro brilló como el de un ángel. Podría decirse de él que,
como su Maestro, “fue trasfigurado delante de ellos”. El primer mar-
tirio fue una escena de transfiguración.

Pero antes de que la apedreada —ya programada— se llevara a
cabo, los miembros del Sanedrín escucharían un sermón que taladra-
ría en sus oídos en los días por venir. Después de dar un resumen del
trato de Dios con los hijos de Israel, Esteban se vuelve abruptamente
a sus oidores y los acusa de traicionar y de matar al Justo. Sin duda
que Esteban sentía una resistencia creciente a su mensaje. Tal vez una
amenaza de coerción física pudo haber precipitado su ataque repenti-
no. A toda costa interrumpió en la mitad de una cita de Isaías y gritó:
“¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros
resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también
vosotros” (Hechos 7:11).

Palabras bastante fuertes de labios de un hombre lleno del Espí-
ritu, de gracia y discreción. Quisiera saber qué tan aceptable sería tal
predicación para el promedio de la audiencia moderna. ¿No diría la
gente que tal predicador es “rudo, sin refinamiento e imposible”?
Cuando Juan Wesley predicaba poderosamente bajo la unción del
Espíritu Santo, de una iglesia inglesa a otra se le informaba que no
podía predicar nuevamente allí. ¿No es gran parte de nuestra predica-
ción de hoy como dar a las personas un jarabe calmante cuando lo que
necesitan es una medicina fuerte que cure sus enfermedades espiri-
tuales? Cuando una persona tiene cáncer o un tumor, no le vertimos
agua con esencia de rosas. ¡Cuán peor es cuando un predicador admi-
nistra frases floreadas a una audiencia de humanidad pecaminosa! Un
médico sería enviado a la cárcel por esa conducta al tratar así a los
pacientes. Sin embargo, en vez de buscar la cura para el pecado de las
almas inmortales de los hombres, muy a menudo se aplica el agua de
rosas y la enfermedad queda sin tocarse.

Con la inevitable conclusión de la muerte de Esteban, no era de
esperarse que los gobernadores judíos, que estaban llenos de furia,

perdieran mucho tiempo para ponerse en acción, después de la acusación que él acababa de pronunciar contra ellos. Así que se nos dice que “crujan los dientes contra él” (7:54), como una manada de lobos gruñendo alrededor de su presa. ¡Vaya cuadro de los de túnicas largas, barbas largas, caras largas, fariseos beatos, rechinando sus dientes con rabia y actuando como animales salvajes, medio locos de hambre! Por un momento parecía como si el judaísmo estuviera convirtiéndose en la religión de la selva. He aquí a aquellos religiosos orgullosos, santurrones, rechinando sus dientes con furia, gritando fuertemente como locos, sellando sus oídos y arrojándose furiosamente sobre su desvalida víctima. Arrojàndolo fuera de la ciudad, lanzaban sus piedras contra él con un frenesí intenso, hasta que su cuerpo cayó estropeado y sangrando enfrente de ellos. Sólo cuando agotaron su propia furia, cesaron su obra asesina. ¡Qué cuadro del corazón humano! ¡Qué revelación de lo absurdo de la religión sin la salvación! Aquí estaban los más religiosos de sus días enloquecidos por un odio aplastante contra un hombre inocente. Las páginas de la historia de la iglesia tienen muchas manchas sobre ellas, pero ninguna más negra que ésta para el cierre de los días del judaísmo.

¿Pero cómo estaba reaccionando Esteban a este tratamiento? ¿Cómo se estaba comportando bajo tales circunstancias? Aquí está la prueba más grande que el cristianismo haya soportado. ¿Lo llevaría a él victoriosamente hasta el final o fracasaría?

No tenemos que esperar mucho para obtener la respuesta. En vez de confrontar ira con ira, este hombre de Dios, “puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hechos 7:55). Porque él miró hacia arriba en fe, en vez de ver a su alrededor lleno de furia, le fue dada una visión, que cubría la horrible y aterradora escena de aquellos hombres dementes a su alrededor. El se perdió en la visión de la gloria de Dios. ¿Qué importaba ahora lo que le hicieran los hombres, cuando podía ver a su Señor esperándolo para recibir su alma martirizada? La tierra estaba perdiendo; el cielo estaba abierto para que llegara al hogar.

Pero el éxtasis de la visión fue roto por la rudeza de sus enemigos. Mientras Esteban testificaba en tonos de triunfo y de éxtasis de lo que estaba contemplando, se sintió agarrado impetuosamente por manos crueles y arrojado fuera del muro de la ciudad. Allí las piedras pronto volaron hacia su cabeza.

¿Qué hizo Esteban? Tuvo tiempo sólo para una oración. ¿Oró por sí mismo, para que sus pecados le fueran perdonados? No, de eso ya se había encargado desde hacía mucho tiempo. En el momento de la muerte oró en voz alta por sus enemigos, pidió que Dios perdonara a sus asesinos. Y después, “durmió” —de donde nosotros derivamos la palabra “cementerio”, el lugar en donde duermen los cristianos en Jesús. Los judíos ganaron en aquel día. ¿Pero, cuál religión ganó?

¿Qué contraste entre aquel grupo de religiosos iracundos y maniáticos, y Esteban calmado, sereno, orando, arrodillado en medio de esa manada de lobos y rindiendo su alma a Dios. ¡Cuán grandioso triunfo para el cristianismo!

Pero, ¿cuál era el secreto de esa victoria? La respuesta se nos da en el versículo 55. Este dice que Esteban estaba “lleno del Espíritu Santo”. ¿Qué experiencia anterior a ésta pudo haberlo sostenido hasta el final de aquella hora crucial? Eso era más que aguantar los sufrimientos impuestos por sus enemigos. El estoicismo aguanta, pero el cristianismo triunfa. ¡El cristianismo se regocija! Hay algo majestuosamente maravilloso en una religión que puede hacer que un hombre reaccione como lo hizo Esteban en esa hora. El cristianismo no estaba en procesión ese día; estaba en un momento de prueba. Y allí, recalentado el horno siete veces más de lo usual, probó ser oro puro. Pasó la prueba.

FELIPE

El resultado inmediato del apedreamiento de Esteban, fue que la iglesia de Jerusalén fue sacudida hasta despedazarse. “En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo

los apóstoles... Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio” (Hechos 8:1, 4). El “movimiento misionero de los laicos” del primer siglo iba en marcha.

¿Qué hizo posible que aquellos laicos se convirtieran en predicadores? ¿No se debió acaso a que habían sido llenos del Espíritu? Se nos dice específicamente que los apóstoles no abandonaron a Jerusalén en esa ocasión. Los laicos fueron los esparcidos. Pero ese grupo de laicos salieron a evangelizar a lo largo y ancho. ¿Cómo? Era el poder del Espíritu Santo en su vida lo que los capacitaba para hacerlo.

Felipe, uno de los siete diáconos, tomó el lugar de Esteban como predicador laico. Produjo un gran avivamiento en Samaria, el cual sacudió a la ciudad. Muchos se convirtieron y fueron bautizados. Después Pedro y Juan llegaron desde Jerusalén e impusieron sus manos sobre los cristianos samaritanos. Como resultado el Espíritu Santo fue derramado sobre el grupo. Evidentemente hubo una manifestación externa de la venida del Espíritu, la cual fue observada por Simón el mago. Pero él se enteró de que el poder del Espíritu Santo no estaba de venta.

En medio de aquel gran avivamiento Dios mandó a Felipe que abandonara la ciudad con sus multitudes y sus cristianos y que fuera a un camino desértico. ¡Qué mandato más raro! Puedo imaginarme que cualquiera de nosotros hubiera argüido con el Señor, en vez de ir. Le hubiéramos dicho que estábamos haciendo muy buen trabajo para abandonarlo e ir a un lugar desértico.

Pero Felipe no lo hizo así. El uso del aoristo implica que él se paró de inmediato y tomó su camino. No se detuvo para discutir por el mandato; lo obedeció.

¿Cuál fue el resultado de su obediencia instantánea? Encontró al eunuco etíope y lo envió por su camino gozando de una nueva fe en Cristo. Se declara que la iglesia cristiana en Etiopía, fundada probablemente en esa época, ha seguido existiendo hasta el presente. El judaísmo fue introducido allí por la reina de Sabá, después de haber visitado a Salomón; el cristianismo lo introdujo un tesorero de una

reina postrera; el destronado emperador de Etiopía continuaba llamándose a sí mismo el León de Judá y profesaba el cristianismo.

Piense en la obediencia de Felipe ese día cuando Dios le habló. Si se hubiera detenido por una hora o dos para argüir hubiera perdido completamente su entrevista. El eunuco hubiera avanzado bastante por su camino. ¡Qué maravilla, cómo Dios planea las cosas cuando seguimos cuidadosamente sus instrucciones!

Hace unos años sucedió algo impactante que ilustrará esta verdad. Una dama cuáquera de apellido Talbert estaba visitando a unos amigos en la ciudad de Nueva York. Un día, en oración, el Espíritu le habló definidamente y le dijo: “Ve a este número en esta calle. Alguien allí te necesita”.

Ella trató de olvidar esa impresión como si fuera algo absurdo, pero ésta persistía. Finalmente bajó a la sala de recepción y le pidió al anfitrión que la llevara a aquella dirección. El protestó diciendo que esa calle en particular era la peor de la ciudad. Ningún hombre estaba a salvo en ese vecindario. Ella declaró que iría sola. Así que finalmente el hombre ordenó alistar su carruaje y la llevó a los suburbios de la gran ciudad.

Sin embargo, cuando llegaron a la calle, él se negó a avanzar un paso más. Por el camino se aseguraron de conseguir los servicios de un policía, y la Sra. Talbert le preguntó si él la acompañaría hasta el número que le había sido dado. El se negó a hacerlo hasta que ella comenzó a caminar sola; entonces él la siguió, aun protestando por la locura y el peligro de tal acción. El avanzó cautelosamente, con el revólver en la mano y manteniéndose al borde de la acera para mayor seguridad.

Finalmente llegaron al número que estaban buscando. El policía dio un paso atrás y dijo: “Aquí está la puerta, señora, pero dentro de ese hueco infernal su vida no valdrá un centavo”.

La Sra. Talbert abrió la puerta y se paró en el umbral. Pasaron unos momentos hasta que pudo ver algo, pues el aire estaba espeso por el humo. Gradualmente distinguió formas que se mecían y se

encontró de frente con una orgía inimaginable de corrupción y perversidad.

Después vio algo muy cerca de ella, que hizo saltar su corazón. Estaba sentada una niña hermosa e inocente, con una mirada en su rostro como la de un cordero ahorcado. Rápidamente, la Sra. Talbert le hizo una señal, llamándola. La niña saltó, corrió hacia sus brazos y salió a la calle con su salvadora. El policía, muy preocupado, las llevó de prisa por la calle y hacia el carruaje. Pronto estuvieron a salvo en la casa.

Un joven había aparecido en el pequeño pueblo de la niña y había fijado su atención en ella. Ella estaba encantada con sus halagos y sus promesas de un gran futuro. Cuando finalmente él le pidió que se fuera con él a la gran metrópoli ella huyó de la casa con él.

Su desilusión fue tan terrible como repentina. Se encontró de pronto como esclava en un nido de víboras humanas. En la agonía de su alma clamó al Dios de sus piadosos padres y El escuchó. ¡Cuán bueno es Dios! Ella había estado sentada allí, sin protección y, sin embargo, ilesa, en completa desesperación, mirando hacia el cielo, hasta el momento en que la puerta se abrió y ella supo que su oración había sido contestada.

Algunos quizá puedan burlarse de este incidente, aunque así sucedió en realidad. Pero no conocen de primera mano la obra del Espíritu de Dios. El aún es tan capaz de hablar clara y definitivamente al alma humana como lo hizo en el primer siglo.

SAULO DE TARSO

Si hiciéramos esta pregunta: “¿Cuál es el evento exclusivo más importante registrado en el libro de los Hechos?” Probablemente todos estarían de acuerdo en decir: “Pentecostés”. Obviamente, si no hubiera sido por la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés el libro de los Hechos nunca hubiera sido escrito. No hubiera habido nada de que escribir. Hechos es el registro de los actos de hombres llenos del Espíritu. Sin esta experiencia, nunca hubieran logrado lo

que hicieron. La razón por la que la iglesia cristiana no tiene una historia continua como la de Hechos, es que esta experiencia ha sido relegada al olvido. De todos los miles de sermones predicados cada domingo en las iglesias de Latinoamérica, por ejemplo, ¿cuántos contienen una advertencia a los cristianos para que sean “llenos del Espíritu Santo”? El lector debe responder a esta pregunta por sí mismo. Y sin embargo, esta es la frase clave y la tónica para los primeros registros de la historia de la iglesia.

Si tuviéramos que preguntar: ¿Cuál es el segundo evento más importante registrado en Hechos?, habría campo para un debate. Pero creo que una cuidadosa consideración los llevaría a darle este lugar a la conversión de Saulo de Tarso. Los capítulos 13 al 28 están completamente dedicados a los registros de sus viajes y obra misionera. El no fue solamente el mejor predicador y fundador de iglesias del primer siglo, sino que ha sido el mejor teólogo cristiano de todos los tiempos. No fue él solo el que nos dio 13 libros de los 27 del Nuevo Testamento. Sus escritos han influido sobre todo el pensamiento teológico de los últimos 19 siglos. El profesor Cell, del Colegio Universitario de Boston, facultad de teología, acostumbraba contarnos que las epístolas de Pablo han sido el “fermento” de cada gran movimiento de avivamiento de la iglesia cristiana desde el primer siglo. Un estudio de la vida de estos líderes sobresalientes como Agustín, Lutero, Calvino y Wesley confirmarían este hecho en abundancia. El estudiante diligente de la historia de la iglesia no necesita prueba.

El autor de Hechos consideró la conversión de Pablo lo suficientemente importante como para escribírnosla tres veces.² Jesús dijo a sus primeros seguidores que los haría “pescadores de hombres”. A mí me gusta pensar que Saulo de Tarso era un pez tan grande —una verdadera ballena— que ningún equipo de pesca de la iglesia primitiva podía atraparlo. Jesucristo mismo tuvo que sacar del agua a este gran pez, y lo hizo en el camino a Damasco. ¡Pero qué pesca! Pablo valía por cien mortales ordinarios.

²En los capítulos 9, 22, 26.

Pero aun este hombre de genialidad intelectual y de personalidad poderosa tuvo que poseer la experiencia que estamos discutiendo antes de que pudiera ser útil en el servicio a Dios. El joven fariseo orgulloso, altivo y ambicioso tenía que ser humillado en el polvo delante de Dios. Sólo después de tres días de ceguera, oración agonizante e intensa petición, Saulo se levantó y su visión le fue restablecida. Pero eso no fue todo. Fue “lleno con el Espíritu Santo” (Hechos 9:17). Con esta experiencia Pablo se convirtió en un gran misionero pionero, organizador de iglesias y teólogo. Colocó bien las bases, y la iglesia que ha sido edificada sobre esa base ha estado firmemente de pie por todos estos siglos. Nuestra deuda con Pablo, “lleno con el Espíritu Santo,” nunca se ha podido calcular completamente y nunca se podrá.

Saulo, el joven convertido, era un hombre muy grande para el ambiente cerrado, legalista de Jerusalén y Judea. Los hermanos de Jerusalén se apresuraron a mandarlo a su hogar en Tarso, y “entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo” (Hechos 9:31). Saulo era muy grande para Palestina. Dios tenía planes más grandes para su vida.

EL PENTECOSTÉS DE LOS GENTILES

Es interesante notar aquí que todo el grupo de cristianos, en Palestina propiamente dicho, se nombra en el singular como “la iglesia”. Las condiciones que en realidad dividen a la iglesia no están programadas en la obra de Dios. La iglesia como el cuerpo de Cristo no puede ser dividida y aún retener esa relación. Pero una iglesia unida, “fortalecida por el Espíritu Santo”, está destinada a crecer y a multiplicarse. ¡Señor, guárdanos unidos a ti y al uno con el otro! ¡Guárdanos llenos de tu Espíritu!

El “pentecostés de los gentiles” se llevó a cabo en la casa de Cornelio. Pedro tuvo que ser preparado para el evento con una visión especial; la de la manta llena de animales limpios e inmundos. Tuvo

que aprender que Dios no hizo distinción entre judíos y gentiles en su plan de salvación.

Mientras que Pedro meditaba en el significado de su visión, “le dijo el Espíritu: He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y descende, y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado” (Hechos 10:19, 20). Pedro no sólo aprendió por medio de la visión que Dios no hace distinción de personas, sino que también fue guiado definitivamente por el Espíritu para ir a la casa de Cornelio y predicar a una audiencia gentil.

Jesús había prometido que el Espíritu guiaría a los discípulos, y ahora su promesa estaba siendo cumplida. Hay varios casos como este en el libro de los Hechos. Sin embargo, la iglesia cristiana siempre ha estado inclinada a rechazar esta doctrina de la dirección directa del Espíritu Santo. Los cuáqueros del siglo XVII y los metodistas del siglo XVIII la enseñaron. Pero fuera de estos dos movimientos, la doctrina ha sido confinada a escritores individuales, quienes por lo general son clasificados como místicos. Creo que nos justificamos al asumir, por la promesa de Jesús y por la práctica de la iglesia primitiva, que Dios intentaba que ésta fuera una experiencia común de todos los cristianos, por lo menos cuando hay decisiones importantes de por medio. Si esta es la voluntad de Dios para nosotros, ¿de cuánto nos estamos perdiendo cuando la rechazamos!

Pedro comenzó a predicar al grupo reunido en la casa de Cornelio, tomando como texto la lección que había aprendido de su visión. Pero su sermón se interrumpió repentinamente. “Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Y los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían que hablaban en lenguas, y que magnificaban a Dios” (Hechos 10:44-46).

Al informar el incidente a los cristianos de Jerusalén, Pedro dijo: “Cayó el Espíritu Santo sobre ellos también, como sobre nosotros al principio” (Hechos 11:15). Evidentemente lo que sucedió en la casa

de Cornelio le recordó fuertemente a Pedro la escena en el aposento alto en el día de Pentecostés. En ambas ocasiones el Espíritu Santo cayó sobre ellos, fue derramado sobre ellos, de tal forma que estaban llenos del Espíritu. Estos términos significan: profusión, abundancia, derramamiento. Preguntamos una vez más: ¿Es esta la experiencia del cristiano promedio de nuestras iglesias hoy día? ¿Cuántos podrían testificar de haber sido definida y maravillosamente “llenos con el Espíritu Santo”? ¿Es de asombrarse que haya tanta letargia e indiferencia entre los miembros de la iglesia a nuestro alrededor?

Lo que necesitamos hoy más que nunca es una repetición del Pentecostés en nuestro medio, un derramamiento del Espíritu Santo sobre la iglesia de Cristo en todo lugar. Esto haría más que 10,000 sermones sin unción y que todos los planes y programas que la mente humana pueda inventar. ¡Señor, ayúdanos a humillarnos delante de ti, hasta que derrames tu Espíritu sobre nosotros!

Es de notarse aquí que el hablar en lenguas acompañó la venida del Espíritu como en el primer Pentecostés. El propósito de esta señal era evidentemente para convencer a los cristianos judíos, junto con Pedro, de que el Espíritu Santo verdaderamente había caído sobre aquellos gentiles. Probablemente no hubieran creído que pudiera ocurrir a menos de que hubieran presenciado una manifestación exterior del hecho. Como se dio la misma señal del Pentecostés original, no pudieron dudar de la realidad del evento. Fue similarmente en que Jesús sanó al paralítico como prueba de que había perdonado los pecados del hombre. Sus críticos no podían ver la obra interior, pero no podían dejar de ver la señal exterior. Y lo mismo pasó con los judíos críticos. Tenían que confesar que Dios dio el Espíritu Santo a los creyentes gentiles.

II. PABLO Y LAS MISIONES EXTRANJERAS

En los primeros 12 capítulos de Hechos, Pedro es la figura prominente, con Esteban y Felipe también en un lugar importante. Pero

en el resto del libro la historia se centra en Pablo y en su obra misionera. La primera parte del libro cuenta la historia del Pentecostés y detalla sus resultados en el rápido desarrollo de la iglesia cristiana. Cuenta sobre el esparcimiento del nuevo movimiento a través de Palestina, con la iglesia madre en Jerusalén como su central. El cristianismo todavía era en su mayoría una religión de judíos.

Pablo, más que ningún otro, libró a la iglesia cristiana de sus pañales del judaísmo. La historia de este desarrollo importante se narra en la segunda parte de los Hechos. El método que funcionó más eficazmente para producir este resultado no fue ni más ni menos que las misiones extranjeras.

La historia de la misión gentil primitiva es fascinante. Pero antes de estudiarla démosle otra mirada al gran misionero pionero, Pablo, la joya del primer siglo.

La primera vez encontramos a Pablo en el martirio de Esteban, aunque probablemente haya tomado parte en las disputas con Esteban en la sinagoga. Después lo vemos asolando a la iglesia como un cerdo salvaje destruyendo de raíz un viñedo. Finalmente Dios lo confronta en el camino a Damasco. Se convirtió a Cristo y fue lleno del Espíritu Santo. Predicó en Damasco y en Jerusalén, pero fue enviado a Tarso porque él era el centro de una tormenta.

Para algunos esto sería equivalente a “ser enviado al olvido”. Pero no se podría enterrar a un hombre como Pablo. El se parecía mucho al caballo proverbial del cual sus dueños querían deshacerse. La historia dice que cavaron un hueco y lo echaron adentro. Después comenzaron a apalear tierra encima de él lo más rápido que podían. Pero el viejo cuadrúpedo seguía sacudiéndose la tierra de su espalda y la apisonaba bajo sus pies. El resultado fue que todos sus trabajos sólo le proveían a él el medio para alcanzar nuevamente la superficie.

No sabemos mucho de lo que Pablo hizo durante ese período cuando se suponía que estaría “en el estante”. Pero nos da una clave en su epístola a los gálatas: “Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia” (Gálatas 1:21). La primera era la provincia de su hogar y la

última quedaba entre ésta y Palestina. Evidentemente Pablo usó estos años de oscuridad para predicar en campañas, fuera de Tarso. Pablo no podía ser holgazán. No era cristiano de mecedora. Cuando parecía que ya no había espacio para él, se abría paso por donde podía. Nunca encontraron a Pablo sentado bajo un enebro, chupándose el dedo pulgar y quejándose de que nunca tuvo una oportunidad. Todo hombre tiene oportunidades. La pregunta es si se aprovechan o no. Pablo las aprovechó.

BERNABÉ

Mientras que Pablo estaba fuera de circulación —y tal vez de la memoria de muchos— se estaba estableciendo una nueva iglesia, la cual sería la sucesora de Jerusalén como el centro más importante del cristianismo. Algunos de los menos prejuiciados de los primeros creyentes predicaron a los griegos³ tanto como a los judíos de Antioquía de Siria. El resultado fue el desarrollo rápido de una iglesia grande de gentiles en esa ciudad importante. Bernabé fue enviado de Jerusalén por los apóstoles para investigar la situación. En vez de reprimir el avivamiento, lo impulsaba. “Porque era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe” (Hechos 11:24).

La plenitud del Espíritu en el corazón de Bernabé no sólo le dio fe y poder, sino que también le infundió ánimo. Bernabé no era un hombre de genialidad sobresaliente y logros, como Pablo, pero rendía un servicio de valor incalculable a la iglesia —en ese entonces y en los años postreros— cuando fue a Tarso y buscó a Pablo. Este hombre, a quien nos gusta llamar “el Tío Bernabé” tomó al joven exfariseo bajo su cuidado, lo llevó a Antioquía, y lo inició en su incomparable carrera de servicio.

No tenemos muchos hombres del tipo de Bernabé. Defendió la causa de Saulo cuando los hermanos de Jerusalén dudaban de su conversión. Más tarde defendió a Juan Marcos, con el resultado de que Pablo finalmente tuvo que reconocer que él era de beneficio para el

³La evidencia del manuscrito está bastante balanceada entre griegos y helenistas al leer correctamente Hechos 11:20.

ministerio. Bernabé era el amigo de los “despreciados”. Por sobre todo, era un buen hombre. Cuando la plenitud del Espíritu Santo le fue añadida lo convirtió en un carácter hermoso cuya influencia es inmortal.

SE INICIAN LAS MISIONES EXTRANJERAS

La inauguración de la empresa misionera al extranjero bien puede enumerarse como el tercer evento más importante del libro de los Hechos. La historia está registrada en el capítulo 13. El punto más prominente, y el de mayor importancia para nuestro estudio, es que el Espíritu Santo fue el instigador de las misiones extranjeras. “Ministrando éstos al Señor, y ayunando, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado” (Hechos 13:2).

Cuando escuchamos decir a cualquier cristiano que no cree en las misiones extranjeras nos sentimos tentados a preguntarle si alguna vez ha leído este pasaje. Una crítica tal está en controversia con el Espíritu de Dios y no con nosotros. El Espíritu Santo llamó y comisionó a los primeros misioneros extranjeros. No fue un plan humano o un simple programa de la iglesia; fue el plan y programa divinos. Si argüimos aquí, lo estamos haciendo en contra de la voluntad de Dios.

El Espíritu Santo no sólo inauguró la empresa de misiones extranjeras; también nombró a los obreros. Le pidió a la iglesia que entregara a sus dos mejores predicadores y maestros, para que El los tuviera en este importante proyecto. Dios siempre pide lo mejor para su servicio.

Uno de los puntos interesantes del pasaje es la cooperación cercana y completa de la iglesia con el Espíritu Santo para enviar a estos primeros misioneros. El relato dice que la iglesia los envía y que también fueron enviados por el Espíritu Santo. La iglesia reconocía al Espíritu Santo como su superintendente y cooperaba completamente con sus sugerencias y planes. ¡Cuán diferente hubiera sido la historia de la iglesia si sus principios hubieran continuado!

¿En dónde comenzó la empresa de misioneros extranjeros? En

una reunión de oración. Y la oración es lo único que la sostendrá. Las reuniones de oración no son muy populares hoy en día. Como “Billy” Sunday acostumbraba decir: “La mayoría de las iglesias han sustituido el aposento alto con reuniones de comidas y compañerismo”. Es aterrador notar cómo pocas iglesias celebran una reunión de oración en su calendario semanal. ¿Cómo podemos esperar que una iglesia avance, puesto que sus cuartos de oración están vacíos?

¿A qué se debe que no tengamos al Espíritu Santo como guía de la iglesia hacia grandes logros y conquistas? ¿No se debe a que no tardamos en oración hasta que Él nos pueda hablar? Lea la vida de J. Hudson Taylor, de C. T. Studd, de A. B. Simpson, de Jonathan Goforth, de Charles Cowman y de otros apóstoles modernos de Cristo. ¿No fue la oración y la obediencia al Espíritu el secreto de su éxito? Lo que el Espíritu Santo hizo ese día en la reunión de oración de Antioquía, lo puede hacer hoy nuevamente. Y lo está haciendo en cualquier parte que se le dé la oportunidad. Tenemos un ejemplo clásico en la famosa *Haystack Prayer meeting* (reunión de oración en el granero), la cual marcó el comienzo de la empresa misionera extranjera.

Los dos misioneros no habían ido lejos antes de encontrarse con una oposición agotadora de parte de un hechicero celoso. Cuando trató de apartar a Sergio Paulo de que aceptara a Cristo, Pablo, “lleno del Espíritu Santo”, lo amonestó y decretó ceguera por su resistencia.

Aquí hubo una manifestación del poder del Espíritu. Pablo se enfrentó a una situación muy difícil, aparentemente imposible. Pero se dio cuenta de que el Espíritu Santo que moraba en él lo preparó para cada emergencia. Con una explosión de poder espiritual aplastó completamente la oposición con un solo soplo. El poder del Espíritu Santo no sólo ayudó a los misioneros en su predicación, sino que también los capacitó para derrotar la resistencia del enemigo.

El Espíritu Santo también los ayudó cuando sufrieron rechazo y persecución. En Antioquía de Pisidia fueron echados de la ciudad. Pero leemos que “estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hechos 13:52). Poseían una experiencia incontrolable.

EL PRIMER CONCILIO DE LA IGLESIA

El concilio de Jerusalén, descrito en el capítulo 15 de los Hechos, bien podría enumerarse como el cuarto evento más importante en este libro. Como hemos visto, la iglesia de Jerusalén se enfrentaba a un difícil problema racial y económico. Pero éste era solamente de importancia local. Ahora estaba surgiendo un problema que involucraría definitivamente todo el futuro de la iglesia cristiana a través del mundo.

No se puede sobreestimar la importancia de la crisis, la cual resultó en la reunión del primer concilio de la iglesia. Pablo y Bernabé acababan de regresar de su campaña misionera de éxito entre los gentiles. Habían predicado el evangelio libre de Jesucristo, sin ninguna referencia a la ley judía. Llevaron un informe brillante de la salvación de los gentiles a su iglesia. Dios había “abierto la puerta de la fe a los gentiles” (Hechos 14:27).

Pero mientras que ellos aún se regocijaban por las muchas victorias que habían ganado, algunos judaizantes aparecieron en Antioquía y “arrojaron un balde de agua fría” sobre el espíritu triunfante de ellos. Estos hombres de Judea decían: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1).

Pablo y Bernabé reconocieron inmediatamente de qué se trataba y de su importancia. Si los gentiles eran obligados a cumplir la ley judía, las misiones extranjeras serían un fracaso. El punto estaba claro para estos hombres. Era la pregunta de si el cristianismo sería una religión universal, libre para que todos aceptaran a Cristo, o de si sería una forma de judaísmo modificado. La aceptación de la teoría judía sería la perdición de las misiones gentiles.

Pablo y Bernabé habían trabajado muy duro en Antioquía y en todas partes para ver que toda su estructura, la cual habían erigido con un alto costo, se derrumbara ante el ataque violento de judíos de mente cerrada. Así que pelearon desesperadamente por la conservación de la libertad cristiana. Después que el debate siguió por algún tiempo, la

iglesia de Antioquía envió a Pablo y a Bernabé a Jerusalén para asegurar el juicio de los apóstoles y de los ancianos sobre el asunto.

Por cierto, esta era una hora crucial. Santiago, el pastor de la iglesia de Jerusalén, por lo menos fue reclamado por los judaizantes como su líder. Pedro no se había librado totalmente de los prejuicios judíos. Pablo y Bernabé eran los líderes más liberales que la iglesia tenía respecto a este asunto, y Pablo todavía no “calificaba” muy alto en Jerusalén. La perspectiva era un poco ambigua.

Pero justo en ese punto, la superintendencia del Espíritu Santo sobre la iglesia sería el factor salvador. La decisión del concilio estaba representada en una carta, la cual libraba a los cristianos gentiles de la esclavitud de la ley judía. Al escribir la carta los apóstoles y los ancianos reconocieron la guianza y liderazgo del Espíritu. “Porque ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros” (Hechos 15:28). En otras palabras, la decisión alcanzada fue la mente del Espíritu y fue transmitida por El a los líderes humanos de la iglesia. El resultado de ese juicio feliz de la iglesia madre fue que en el segundo viaje misionero de Pablo, cuando anunciaba en todas partes los decretos del concilio, “las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día” (Hechos 16:5).

Pero la dirección del Espíritu Santo no se necesitaba solamente para el establecimiento de las preguntas teológicas; también se necesitaba para la dirección de las actividades misioneras de los apóstoles. Pablo y sus compañeros iniciaron la travesía de Asia Menor. Naturalmente, esperaban evangelizar el territorio mientras pasaban por ahí. Pero, por extraño que parezca, “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia” (Hechos 16:6). Pasaron por Bitinia planeando predicar allí. Pero nuevamente “el Espíritu no se los permitió” (16:7). Dios cerró estas puertas porque, más adelante, tendría una puerta abierta más grande.

Supongamos que estos primeros misioneros no hubieran estado sujetos al liderazgo del Espíritu Santo. Supongamos que no hubieran tenido sus oídos sincronizados para escuchar su voz. Aquí sólo pode-

mos conjeturar. Pero sabemos que la evangelización de Europa por lo menos hubiera sido pospuesta por un tiempo, y tal vez no se hubiera llevado a cabo por un tiempo considerable. ¡Cuánto necesitamos hoy el liderazgo del Espíritu Santo para que nos señale nuevos campos de conquista!

EL TERCER PENTECOSTÉS

Hemos estudiado la venida del Espíritu Santo en ese primer Pentecostés memorable y también la venida del Espíritu en la casa de Cornelio, en lo que a veces llamamos el “Pentecostés de los Gentiles”. Ahora notamos un tercer evento como este, llamado por la ciudad en donde tomó lugar: el “Pentecostés de los Efesios”.

Pablo llegó a Efeso poco después que Apolos saliera. Allí encontró a algunos discípulos, pero evidentemente observó que allí faltaba definitivamente algo en su experiencia cristiana.

Así que les hizo una pregunta: “¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?” (Hechos 19:2).

Su respuesta es sorprendente. “*Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo*” (19:2).

Como discípulos de Juan el Bautista, difícilmente podrían haber dejado de oír acerca del Espíritu Santo, pues sabemos que en su predicación él predijo la venida del Espíritu para bautizar a los seguidores de Jesús. Parecería que ellos simplemente no habían recibido noticias de lo que había sucedido en Jerusalén en el día de Pentecostés.

Y así el Espíritu Santo “vino sobre ellos”. Era sólo un grupo pequeño —sólo 12 hombres. Pero los resultados del día hay que verlos en el desarrollo de Efeso, una de las iglesias más fuertes y más espirituales fundadas por Pablo. Allí el amado apóstol Juan trabajó durante la última parte de su larga vida, y el mismo Pablo pasó más tiempo allí en trabajo pastoral que en ninguna otra ciudad. ¡Qué privilegio el de esa iglesia, de sentarse bajo el ministerio de esos dos grandes hombres! Si tuviéramos que juzgar por la influencia de sus escritos, tendríamos que llamar a Pablo y a Juan los dos hombres más

grandes del primer siglo. Nuestra fuente más rica de teología hoy en día la encontramos en las epístolas paulinas y en la literatura juanina.

Aquí se menciona el hablar en lenguas, como en el caso de los otros dos “Pentecostés”. Pero no tiene valor que en todo el libro de los Hechos, con toda su enseñanza sobre la venida del Espíritu Santo, el hablar en lenguas sólo se mencione tres veces, y los tres de importancia circunstancial. Este hecho debe ponerse en contraste con el otro —que el Espíritu Santo se menciona más de cincuenta veces en el libro de los Hechos.⁴

Aquí lo esencial como en el primer Pentecostés, es que el Espíritu vino sobre ellos. La frase “llenos con el Espíritu Santo” (o, “llenos del Espíritu Santo”) ocurre nueve veces en este libro. Esto es lo principal en el relato de la iglesia primitiva. Debería ser lo principal en la iglesia de hoy.

Me detendré aquí para decir que toda la crítica textual que pueda haberse acumulado sobre la traducción de la pregunta de Pablo —¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?— no afecta la verdad central de este pasaje. Lo esencial es que Pablo encontró a un grupo de discípulos que no habían recibido el Espíritu Santo, que oró por ellos, y el Espíritu Santo vino sobre ellos. Allí necesitamos fijar nuestra atención.

Y la pregunta de Pablo es aún pertinente. Puede parecer impertinente en muchas iglesias de hoy —y probablemente lo sea. Pero, ¿no estamos listos ahora para reconocer que tal vez esta sea la pregunta que más necesitamos hacer en todas nuestras iglesias?

Un pasaje más, y terminará nuestra búsqueda en el libro de los Hechos. No hemos tratado de estudiar cada referencia al Espíritu Santo; pero hemos notado las que parecen de más importancia.

Una de las escenas más conmovedoras de la vida de Pablo fue su reunión de despedida con los ancianos efesios de Mileto. El ocupado apóstol había tenido la oportunidad de observar las vicisitudes cambiantes de la vida de la iglesia. Había visto cómo se llevaban a cabo

⁴Es difícil fijar un número exacto. En varios pasajes no está claro si se refieren al Espíritu Santo o al espíritu humano.

los cambios rápidamente en Corinto y en las iglesias de Galacia.

Pero la intuición profética le advirtió que más adelante vendrían horas cruciales para su amada iglesia de Efeso. Aun en ese grupo tan espiritual de ancianos había algunos seguidores de Judas. Y así Pablo les encargó con lágrimas: “Mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos” (Hechos 20:28).

Pablo había ordenado a estos hombres como obispos por la imposición de sus propias manos. Pero quería que sintieran profundamente que el Espíritu Santo los había asignado y ordenado para su labor. Una conciencia clara, él lo sabía, los mantendría en sus ministerios sacra y santamente. Se darían cuenta de quiénes serían.

El profesionalismo en el ministerio es una de las maldiciones más grandes que jamás haya golpeado a la iglesia. Cuando los hombres planean y se preocupan más por lugar y posición, es tiempo de cerrar las puertas de la iglesia y escribir a la entrada el epitafio “*Ichabod*” —“la gloria fue abandonada”. Compañero en el reino de Dios, si así le sucede, le ruego en el nombre de Dios que “¡huya del profesionalismo como lo haría de una víbora mortal!”

CONCLUSIÓN

Hemos llegado al final de nuestra búsqueda del Espíritu en el libro de los Hechos. Confío en que hayamos encontrado verdades eternas que nunca dejemos escapar.

Se menciona al Espíritu Santo en Hechos más que en ningún otro libro del Nuevo Testamento. A El se le dio un lugar amplio en la iglesia primitiva. El resultado es que tenemos un registro de logro incomparable.

Espero que nuestro estudio en Hechos haya engendrado en cada uno de nosotros un descontento divino respecto a nuestro estado presente en la experiencia cristiana y servicio. El desafío de esta historia de la iglesia primitiva es enorme —si nos ponemos al frente, de tal manera que podamos sentirlo. Es suficiente para poner de rodillas a cada ministro del evangelio con una oración sincera de tener un

ministerio lleno del Espíritu con frutos ricos en la salvación de almas.

Pero el desafío no es sólo para los ministros, o para la iglesia en general. Es para cada individuo que profesa ser seguidor de Cristo. A usted, discípulo compañero, le hago esta última súplica: ¿Ha recibido el Espíritu Santo? ¿Ha sido *lleno* con el Espíritu? ¿Está usted consciente de su presencia y poder en su vida diaria y en cada servicio que usted intenta hacer por su Maestro? Ese es su privilegio. ¿Es también posesión suya?

INTERLUDIO: INTERRUPCIÓN DE LA BÚSQUEDA

Cierto día, Jesús transitaba camino abajo en Trasjordania. De repente encontró a un hombre joven y bien parecido, quien llegó corriendo ansiosamente para hablar con él. Cayendo de rodillas y mirando honestamente a la cara de Jesús, el joven rico le hizo una pregunta palpitante: “¿Qué bien haré para tener la vida eterna?” (Mateo 19:16). Cuando Jesús le recordó los mandamientos dados en el Monte Sinaí, el joven respondió: “Todo esto lo he guardado desde mi juventud”.

Después hizo una pregunta que raras veces escuchamos de labios humanos: “¿Qué más me falta?” (19:20). Por cierto que aquí sí había un caballero noble, en busca de lo mejor. El no estaba contento de ser como los otros hombres. Marcos nos cuenta que Jesús, mirándolo, lo amó. Y no es sorprendente. ¡Qué promesa la que parecía envolver el alma de aquel joven aspirante por los bienes más altos de la vida!

Pero el joven no estaba a la altura de la prueba que Jesús le dio: “Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme”. El joven se fue triste; no podía deshacerse de sus riquezas.

¡Cuán rápido se nubló la visión! La búsqueda se desvaneció en su corazón. Sus riquezas oscurecieron completamente el rostro de Dios, y para él no había una abertura en las nubes.

Querido lector, permítame hacerle una pregunta. ¿Ha palidecido la visión, se ha desvanecido la búsqueda de *su* corazón? El resplandor y el encanto de este mundo, su gloria y su proferida fama, ¿ha absorbido su mirada y ha capturado su alma? ¿Está capturando vanamente la espuma trémula, hechizado, fascinado por su belleza fugaz, mientras usted pasa por los terrones sólidos de oro puro? ¿Este

mundo lo ha abrazado y besado y ofrecido sus reinos, porque usted se ha apartado de la búsqueda para quedarse a la sombra de las paredes del castillo? ¿Su néctar dulce y fragante ha infundido su alma hasta que haya muerto a cosas más altas? ¿Ha olvidado ahora aquel voto hecho hace mucho tiempo, cuando le prometió a Dios que El podría disponer de su corazón, su vida, su personalidad entera para que fuera habitada por El y dirigida a su voluntad? Si esta es su condición, oro a Dios para que la promesa vuelva a quemarle muy adentro, hasta que se levante y huya de la prisión de la telaraña de este mundo tejida alrededor de su alma, y siga su búsqueda hasta el final.

Capítulo 4

UNA LUZ DEL CIELO

EPÍSTOLAS DE PABLO

Era un día cálido de verano. El calcinante sol del medio día agobiaba implacablemente a una cuadrilla de viajeros que atravesaban la altiplanicie rumbo a Damasco. Finalmente, la antigua ciudad apareció a la vista, reluciente en el calor de la llanura. Sus calles angostas y sus casas adjuntas conservaban muchos secretos interesantes del antiguo pasado. Fundada a orillas del río Abana, y al borde del desierto, Damasco era una belleza, un paisaje emocionante.

Pero el líder del pequeño grupo que se acercaba a la ciudad, no tenía ojos para contemplar su belleza, ni oídos para sus historias, ni corazón para su encanto. Dentro de su pecho rugía una batalla poderosa. Su alma era arrojada a un mar tormentoso por las corrientes contrarias de sus propios pensamientos turbulentos. El mundo, que había parecido tan certero, tan fijo, estaba balanceándose violentamente bajo sus pies y sacudiéndose vertiginosamente ante sus ojos. Saulo, el fariseo, el estudiante joven de Gamaliel, fue capturado en un cenagal de interrogaciones.

Por siete largos días el pequeño grupo del sanedrín había avanzado con dificultad a lo largo de los 225 Km. de ruta, desde Jerusalén hasta Damasco. Noche tras noche, Saulo y sus acompañantes habían dormido bajo las estrellas. Y en la quietud de aquellas horas, el problema que atormentaba la mente del líder, incrementaba en intensidad.

Todo había comenzado con Esteban, aquel herético fanático. Saulo tenía ante sí una carrera prometedoras en la profesión rabínica.

Nadie podía vencerlo en agudeza de pensamiento o en la lógica de sus argumentos —hasta su encuentro con Esteban. Entonces, por primera vez, el joven abogado tragó la píldora amarga de la derrota.

El pensó que la muerte de Esteban sería un bocado dulce de compensación. Pero de alguna manera se había convertido en hiel en su interior. Saulo estaba sufriendo de un caso agudo de indigestión, que le quitaba el sueño por las noches.

¡Tonterías! Esteban estaba completamente equivocado. Era un enemigo peligroso. Estuvo bien que lo hubieran matado y que la nación judía y religión hubiera sido salvada del azote de esta secta nueva del Nazareno.

¡Pero ese rostro! La visión no se desvanecía. Allí estaba colgada en la galería de su memoria, tan clara como el día en que la vio por vez primera. Perturbaba sus sueños. Lo asedió hasta el camino a Damasco. El rostro de un ángel. ¿Podría éste ser un enemigo de Dios y de su pueblo? ¿Acaso Esteban estaba en lo correcto después de todo? ¿Era el profeta crucificado de Nazaret realmente el Mesías? Ciertamente una religión que hiciera actuar a una persona como lo hizo Esteban en esa hora de muerte —una religión como esta no podía ser mala del todo. ¿Sería esta la verdadera religión?

¡Pero no, él no lo creería! Eso sería una débil rendición. Los cristianos tienen que morir. ¡Hacia Damasco!

De repente, como un relámpago del cielo, una luz más brillante que el sol del medio día impactó a Saulo y lo dejó postrado en el polvo. Y después vio nuevamente aquel rostro —pero no, era la cara de Otro. Este abrió sus labios y dijo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Dura cosa te es dar coces contra el agujón” (Hechos 9:4, 5). Era el rostro de Jesús, el maestro despreciado de Nazaret. El Galileo había conquistado.

Años más tarde, Pablo estaba escribiendo a las iglesias que había fundado en Galacia. Su evangelio era cuestionado por los judaizantes, quienes iban detrás de él desprestigiándolo. Decían que

Pablo no era apóstol. A Pedro y a los otros once se les habían dado las llaves. Pablo nunca había visto a Cristo.

El apóstol de los gentiles ya les había contestado a la última objeción en su epístola a la iglesia de Corinto. “Y al último de todos... me apareció a mí” (1 Corintios 15:8). Pablo había visto a Jesús en el camino a Damasco. Y Jesús lo había asignado a él como su apóstol.

¿Pero qué de su mensaje? Era una innovación extraña. ¿De dónde sacó tales ideas? Pablo tenía que contestar, y así lo hizo; definida y claramente.

“Mas os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí, no es según hombre; pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Gálatas 1:11,12).

Pablo no solamente fue confrontado y rendido por el relampagueante destello cerca de Damasco. Esa experiencia lo convirtió en siervo de Cristo. Mas para que pudiera predicar a Cristo y la salvación a través de El, era necesario que el estudiante del judaísmo recibiera una revelación fresca de la verdad divina. El recibió una “revelación de Jesucristo”. Su evangelio —que encontramos en sus epístolas, al cual ahora nos dirigimos— también fue “una luz del cielo”.

Al seguir las enseñanzas de Pablo sobre el Espíritu Santo estudiaremos sus epístolas en su probable orden cronológico, en vez de hacerlo en el orden que se encuentra en nuestra Biblia. Para este arreglo seguiremos la lista del Dr. A. T. Robertson, quien fue considerado como la autoridad más grande del mundo en el griego del Nuevo Testamento.

PRIMERA A TESALONICENSES

Pablo había fundado la iglesia en Tesalónica en su segundo viaje misionero. Fue su segunda escala después de Filipos, en donde había sido encarcelado en un calabozo. Había sido forzado a abandonar la ciudad sin organizar una iglesia. Pero había dejado a Lucas, el amado médico, para pastorear el pequeño rebaño que se reunía en la casa de Lidia.

Cuando Pablo y su grupo llegaron a Tesalónica el panorama parecía un poco más placentero. Allí había una sinagoga judía, rasgo que les había hecho falta en la colonia romana de Filipos. Pablo ya tenía listo un púlpito, esperándolo. Por tres semanas enseñó en la sinagoga, demostrando que el Antiguo Testamento predecía los sufrimientos del Mesías y su resurrección, y declarando que el Jesús crucificado era el Mesías prometido.

Pero los judíos de Tesalónica no estaban dispuestos a aceptar ese mensaje. Algunos creían, pero el resto se oponía. Cuando un gran número de griegos y muchas “mujeres principales” siguieron a Pablo, los incrédulos judíos se llenaron de celos. Instigaron a una multitud, a los vagos de la ciudad, con el resultado de que Pablo y Silas tuvieron que escapar por la noche.

Después de un intento sin éxito en Atenas, Pablo fue a Corinto, en donde esperó ansiosamente noticias de Macedonia. Finalmente, Timoteo y Silas llegaron con el informe de las condiciones de Tesalónica y Berea. Pablo inmediatamente dictó su primera epístola, dirigida a los cristianos de Tesalónica.

En esta epístola les recuerda que “nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre” (1 Tesalonicenses 1:5).

Pablo no era un predicador sólo de palabras. Había poder en su ministerio. Hoy tenemos muchos predicadores palabreros, pero muy pocos predicadores poderosos.

¿Pero qué hacía poderosa la predicación de Pablo? Que estaba “en el Espíritu Santo”. Pablo buscaba la inspiración del Espíritu en la preparación de sus mensajes y su unción para presentarlos. Como resultado las almas eran ganadas para Cristo continuamente bajo su predicación, y los avivamientos irrumpían por todas partes.

Pero Los nuevos convertidos de Tesalónica habían confrontado persecución por su fe en Cristo. Las enseñanzas de Pablo habían sido marcadas como traición. Los pocos judíos creyentes y los muchos creyentes gentiles habían sufrido por calumnias y violencia. Pero

mantuvieron su fe. ¿Por qué? Pablo nos cuenta: “Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo” (1 Tesalonicenses 1:6).

La última cláusula nos da el secreto. Podían resistir “gran tribulación”, porque el Espíritu que habitaba en ellos, llenaba sus corazones de gozo.

Aquí tenemos un elemento que está muy por encima de las nobles filosofías humanas. El estoicismo enseñó la resistencia sin emociones en el sufrimiento. Pero otra cosa completamente diferente es *regocijarse* en la tribulación. Los primeros cristianos tesalonicenses necesitaban al Espíritu Santo en esa hora. Y El no les falló. Predicar en el Espíritu había producido cristianos llenos del Espíritu. “Habéis sido ejemplo a todos los de Macedonia y de Acaya que han creído” (1 Tesalonicenses 1:7).

Al final de esta epístola, Pablo da un número de mandatos cortos y concisos. Uno de ellos es: “No apaguéis al Espíritu” (1 Tesalonicenses 5:19).

¿Qué significa la palabra “apaguéis”? El uso de la misma, en griego, en Mateo 25:8, puede darnos algo de luz en cuanto al tema. “Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan” (literalmente, se están apagando). Las mechas están cortas.

¿Cómo se puede apagar la luz del Espíritu Santo en nuestra vida? Por descuido y rechazo. Por no velar y orar. Por contentarnos con una experiencia superficial, en lugar de permanecer hasta que nuestros corazones estén *llenos* del Espíritu Santo. Las vírgenes necias tenían algo de aceite en sus lámparas, pero no en los recipientes de sus lámparas. Por ello no soportaron la prueba del tiempo. Finalmente se perdieron por completo.

El novio todavía está tardando. Si estuviéramos listos para su venida; seamos llenos de su Espíritu.

Pero la posición del texto en tesalonicenses sugiere otra aplica-

ción a la situación de esa iglesia, pues en el siguiente versículo Pablo dice: “No menospreciéis las profecías”.

Parecería que se hubieran asumido dos actitudes en la iglesia de Tesalónica. Algunos, como los corintios, estaban poniendo los dones menores del Espíritu por encima del don supremo de la profecía o la predicación. En lugar del deseo de proclamar claramente el mensaje de Dios para la salvación de los pecadores y la edificación de los creyentes, consideraron más “maravilloso” (como ¡halagos del Padre divino!) el hablar en lenguas. Tal vez algo del exceso de emocionalismo de los corintios, con la consecuente confusión en los servicios de la iglesia, se encontraba también en Tesalónica.

Como resultado algunos cristianos tesalonicenses estaban experimentando una reacción. Estaban pidiendo la supresión de esos excesos. A esto, Pablo dijo: “¡Cuidado! Hay peligro. Cuidense de que en sus esfuerzos por mantener el fuego en la chimenea no lo apaguen del todo”.

El griego literalmente (en el versículo 19) significa: “Dejen de apagar al Espíritu”. Evidentemente algunos ya estaban echando agua al fuego. Pablo no quería que el fuego quemara la casa al salirse de sus límites. Pero tampoco quería que el fuego fuera completamente apagado ni que los cristianos se congelaran a muerte en Tesalónica.

Uno de nuestros problemas grandes consiste en mantener un fervor espiritual sin fanatismo. Algunos —yo diría *muchos*— aconsejan evitar del todo el emocionalismo en la religión. “No corramos el riesgo del fanatismo al crear una atmósfera de fervor en los servicios. Seamos serios y formales”.

Tal argumento es tan injustificable como lo sería el decir: “Evitemos el riesgo de incendiar nuestra casa y no encendamos fuego en nuestra casa en este invierno”. Este sería un método seguro. Tal vez, pero ciertamente, no sería saludable.

¿Acaso no hay un término medio entre un formalismo frío y un fanatismo salvaje? ¿Tenemos que ser todos candidatos o para el cementerio o para el asilo de locos? ¿No hay un punto medio —un

lugar de progreso— para que nos podamos librar de ser arrojados en la cuneta de un lado o del otro?

Estoy muy seguro de que sí lo hay. Y si es verdad, como ministros y como laicos tenemos el deber de encontrar “el camino” y permanecer en él.

SEGUNDA A TESALONICENSES

El Espíritu Santo se menciona sólo una vez en la segunda carta de Pablo a la iglesia de Tesalónica. En 2:13 leemos: “Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad”.

La palabra “Espíritu” aquí se usa en genitivo subjetivo en el griego. Pablo está hablando de una santificación que el Espíritu Santo ha labrado en el corazón humano. El Espíritu Santo es el Espíritu santificador.

La santificación no es una experiencia formal y teórica. Es una obra efectuada en nuestro corazón por el mismo Espíritu. Es su presencia la que santifica. Somos santificados sólo mientras el Espíritu Santo more en nuestro corazón, sin apagarse. Mientras que se le permita trabajar libremente, mientras seamos susceptibles a su influencia, mientras busquemos su guianza y bendición en nuestro pensar, en nuestro sentir, y en nuestro actuar —somos santificados. La obra especial y el propósito del Espíritu Santo consiste en santificar al cristiano. Pero El puede hacerlo sólo con la activa cooperación de nuestra voluntad. “Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación” (1 Tesalonicenses 4:3). ¿Pero es esta también nuestra voluntad? Ese es el factor decisivo; eso es lo que determina el resultado.

PRIMERA A CORINTIOS

Pablo había pasado por momentos difíciles en Atenas. Trató de alcanzar a esa ciudad de filósofos con el evangelio de Cristo. Pero le

correspondieron con una fría recepción. Todos sus esfuerzos para atraerlos filosóficamente parecían haber sido un fracaso.

Cuando llegó a Corinto, consecuentemente, hizo a un lado sus tónicas de filósofo y predicó el simple evangelio de la salvación. Recordando esa triste realidad escribió a los corintios: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado... y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Corintios 2:1-4).

En su predicación en Corinto, Pablo no estaba dependiendo de su sabiduría filosófica u oratoria elocuente. Estaba dependiendo exclusivamente del mensaje del evangelio, dado en el poder del Espíritu. Y los resultados probaron la sabiduría de ese método. Se estableció una iglesia fuerte en Corinto.

Pablo no confiaba en la persuasión humana para ganar almas para Cristo. Se dio cuenta de que nada de lo que podamos hacer o decir producirá esa convicción, sin la cual las personas no son salvas del pecado. La convicción es la obra del Espíritu Santo.

Pablo, entonces, sigue comparando la sabiduría humana con la divina. La comparación se vuelve más aguda cuando recordamos que los corintios eran injustificadamente orgullosos de su extrema filosofía superficial. Usaban los términos de la filosofía ateniense sin entender su significado. Sin duda que Pablo se daba completa cuenta de esa procesión de máscaras con sus caras falsas, lo cual pudo haberle dado lugar a algunas de sus declaraciones.

Pablo insiste en que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios... porque se han de discernir espiritualmente. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios,

sino el Espíritu de Dios” (1 Corintios 2:14, 10, 11).

No es de asombrarse, entonces, que tantos cristianos profesantes muestren tan enorme ignorancia respecto a las cosas espirituales. Las cosas del Espíritu no pueden ser penetradas por la razón humana, no importa qué tan aguda ésta sea. No se tiene que ser genio intelectual para entender la Biblia. Pero es necesario tener el Espíritu de Dios para comprender sus verdades. Aquí está la brecha fatal en la mayor parte de la educación religiosa.

La iglesia de Corinto tenía muchas faltas y fallas. Sus miembros no eran cristianos de la más alta calidad. Orgullo carnal, peleas y divisiones, torpeza en la sensibilidad moral, confusión y desorden en los servicios de la iglesia, aun borracheras en la Santa Cena —éstos eran algunos de los pecados dominantes de la iglesia corintia.

Sin embargo, aquellos cristianos pertenecían a Cristo. Pablo trató de avergonzarlos al recordarles de sus altos privilegios. “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:16, 17).

Pablo no está hablando aquí de los cristianos de Corinto en particular, sino de la iglesia en su totalidad. Este era un santuario, porque Dios estaba en su medio. Era la presencia del Espíritu Santo la que hacía santa a la iglesia. No implica necesariamente que cada miembro de la iglesia era santo, o habitado por el Espíritu. No era ese el caso de los miembros que cometían incesto. Cualquier enseñanza que catalogue a tal hombre como santo, es culpable de una gran confusión moral. La iglesia en su totalidad era el santuario de Dios.

El contexto tiene que ser nuestro guía para interpretar la referencia aquí de “destruir” el santuario. El problema que Pablo discute en los primeros cuatro capítulos es el de la división. El que destruye la iglesia de Dios la rompe en pedacitos, la está destruyendo. Pablo está anunciando una solemne advertencia a los miembros de Corinto, quienes eran divisivos y cismáticos. Si destrufan la unidad de la iglesia, Dios los destruiría a ellos. El pecado de cisma era mortal.

La enseñanza que Pablo aplica aquí a la iglesia, la individualiza en 6:19: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?”

Es interesante notar que en este contexto él está discutiendo, no la división, sino la inmoralidad. El primero destruirá la iglesia; pero el último destruye el cuerpo.

¡Cuán completamente opuesta está esta enseñanza de Pablo al gnosticismo! El cuerpo no es malo ni algo que debe ser destruido para liberar el espíritu. Es el templo del Espíritu Santo, y como tal es sagrado. ¡Cuán ennobecedor es este concepto! Alza nuestra vida física más allá de lo sórdido y lo convierte en sacramento.

En los capítulos 12, 13 y 14, Pablo discute el problema espiritual de los dones, o dones del Espíritu. Pero antes de entrar en su discusión, le recuerda a los corintios que ellos antes eran idólatras. En conexión con ello escribe: “Por tanto, os hago saber que nadie que hable por el Espíritu de Dios llama anatema a Jesús; y nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Corintios 12:3).

Esta declaración parece extraña a primera vista. Tal vez sería mejor interpretarla a la luz de la persecución judía de los cristianos. Pablo le dijo a Agripa: “los forcé (a los cristianos) a blasfemar”. Probablemente trató de que ellos dijeran: “Jesús es anatema”. Pero declara aquí que nadie que hable en el Espíritu, puede pronunciar esas palabras blasfemas.

¿Pero qué de la otra declaración? ¿Qué quiere decir Pablo al declarar que nadie puede decir: “Señor Jesús”, sino por el Espíritu Santo?

Aquí nuevamente la historia de la persecución nos ayuda. Se necesita la ayuda del Espíritu para que un hombre reconozca a Jesús como su Señor, cuando sabe que podría costarle su vida al decirlo. Pedro es un caso sobresaliente en este punto. Antes del Pentecostés, negó a su Señor. Después de ese acontecimiento, valientemente tomó su lugar ante el sanedrín mismo.

Las persecuciones posteriores por los romanos aportan muchas ilustraciones de este pequeño párrafo de Pablo. Los magistrados romanos tenían la costumbre de demandar que los cristianos acusados hicieran dos cosas: primero, maldecir a su Cristo; y segundo, adorar al emperador. A Policarpo lo forzaron a decir: “Señor César”, pero cada vez respondía “Señor Jesús”. Eso le significó su ejecución, pero el Espíritu lo sostuvo en aquella hora y lo capacitó para serle fiel a su Señor.

Pablo le recordó a los cristianos de Corinto que necesitaban al Espíritu Santo para algo más que sus servicios en la iglesia. Lo necesitaban más cuando se enfrentaban a una muerte cruel en las manos de sus perseguidores. Pero el Espíritu no les fallaría entonces.

Pablo vuelve a la pregunta de los dones espirituales, respecto a los que le habían escrito. Comienza con un resumen general, lo cual los corintios necesitaban recordar. “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo” (1 Corintios 12:4).

Eso era justamente lo que estaban olvidando en Corinto. Estaban tan concentrados en los dones que perdieron de vista al Espíritu. Se preocupaban más por los dones que por el Donador. Esa había sido una de las causas de las divisiones en la iglesia. Lo que necesitaban era unirse nuevamente en el Espíritu.

Pablo declara que el Espíritu distribuye los dones en la iglesia: “Repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1 Corintios 12:11). Si tiene completa libertad para actuar, no habrá choques ni conflictos.

He aquí un cuadro de una iglesia ideal. Cada miembro de la iglesia tiene algún don del Espíritu. Al usar ese don bajo la guianza del Dador, ministra para la edificación de los creyentes. Todo es armonioso, feliz y de ayuda.

Pero no funcionó de esa manera en Corinto. Estos mismos dones del Espíritu se convirtieron en ocasión de envidia, celos, y peleas. Entró el orgullo espiritual, dañando la atmósfera de los servicios y envenenando la actitud de la gente. ¿Por qué? Repetimos, porque se

concentraron en los dones y sus manifestaciones, en vez de preocuparse sólo de ser usados por el Espíritu para la gloria de Dios. Querían usar al Espíritu y sus talentos, en vez de dejar que El los usara a ellos.

Nos encontramos hoy con gente que quieren el poder del Espíritu Santo en su vida y, sin embargo, no están dispuestas a rendirse completamente a su autoridad. Eso es lo que causa problemas en la iglesia. Nunca vemos malos resultados cuando el Espíritu Santo lo hace a su manera.

Parece una desdicha que el ministerio carismático del primer siglo le haya dado lugar al ministerio institucionalizado del tercer siglo y los posteriores. Parece que toda la iglesia no hubiera podido mantenerse bajo el liderazgo del Espíritu lo suficientemente bien como para evitar conflictos y problemas. Siempre hay algunos, aun en la iglesia, que no pueden gozar de la libertad sin desenfreno.

Es notable en la discusión de Pablo en el problema de los corintios que el orgullo y la división van de la mano. La humildad es un requisito para la unidad. Es imposible que haya pleitos cuando todos se mantienen humildes. Pero cuando uno dice: “Yo lo puedo hacer todo por mí mismo, no lo necesitamos a usted”, entonces comienzan las peleas.

Y así sucedió en Corinto. Los líderes humanos y los dones espirituales los dividieron. ¿Por qué? Porque en vez de usar los dones para bendición de otros, los convirtieron casi en fetiches. Así como la serpiente de bronce se convirtió más tarde en un ídolo para los israelitas, aunque una vez fuera un medio de salvación, los dones espirituales se convirtieron en maldición para los corintios.

Varias veces oímos citar el capítulo 13 de 1 Corintios. Pero raras veces alguien señala el escenario de esa hermosa joya. Todo reluce de amor, justo en medio de esa controversia y confusión de dones espirituales. Los capítulos 12 y 14 nos dan el problema con toda su triste realidad. El capítulo 13 nos da la solución de Pablo para el problema: el amor perfecto —éste terminaría con el conflicto en Corinto.

Hoy vivimos en un mundo de batallas. Y esto es cierto no solamente en el reino de las relaciones políticas. También hay batallas en el campo de la teología y de relaciones eclesiológicas. ¿Con qué terminará toda pelea y qué nos dará un entendimiento mutuo? Nada, excepto el amor de Dios en nuestro corazón. Y esto sucederá sólo cuando todos nos dispongamos a estar llenos del Espíritu. Mientras que el Espíritu Santo no tenga el control supremo, siempre habrá confusión y peleas.

No podemos esperar tal utopía espiritual en esta época. Pero todos podemos y debemos rendirnos al Espíritu Santo y permitir que tome el control de *nosotros*. En este punto, el reino llegará. ¡"Venga tu reino; hágase tu voluntad" —en mi corazón!

SEGUNDA A CORINTIOS

La segunda epístola de Pablo a los corintios es la más personal de todas sus cartas. En ella vemos el amor apasionado de un pastor ofendido, que ha sido agraviado por sus propios hijos en la fe. Las palabras fluyen como lava fundida del corazón del más grande de los apóstoles. Mientras que en su primera carta discute los problemas de la iglesia, ésta manifiesta el latido de corazón del mismo apóstol.

El Espíritu Santo se menciona siete veces en esta epístola. En el primer capítulo, en los versículos 21 y 22, Pablo escribe: "Y el que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios, el cual también nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones". Nuevamente en el capítulo 5 versículo 5, escribe: "Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu". Y en Efesios 1:13-14 leemos: "y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria".

En los tres pasajes, al Espíritu Santo se le llama "las arras". La palabra griega significa "parte del pago por adelantado para seguridad, una primera entrega".

Dios nos ha prometido una gran herencia en el cielo, una vida de alegría y bendición más allá de lo que podamos imaginar aquí. Pero no nos dejó esperando con las manos vacías mientras estamos en este mundo. Nos ha dado al Espíritu Santo en nuestros corazones como una cuota inicial.

Ha habido una gran cantidad de especulación acerca de la naturaleza de nuestra existencia en la vida futura. ¿No tenemos aquí una clave? La vida en el cielo se parecerá a la experiencia de ser llenos del Espíritu, sólo que en una medida sin límites. La calidad será la misma; la cantidad será infinitamente mayor.

¿Cómo es el cielo? Primordialmente es un lugar de comunión con Dios sin obstáculos ni velos. Mientras que las mentes infantiles se revelen en los conceptos materialistas de calles de oro y puertas de perla, el cristiano maduro se da cuenta de que esas expresiones son sólo analogías de las realidades espirituales del cielo. Las glorias del reino celestial serán ¡amor infinito, gozo infinito, paz infinita! Allí la fe se convertirá en visión, la oración en alabanza y la esperanza en realización.

La concepción que tiene uno del cielo recibe influencia de las más altas aspiraciones que uno tenga en esta vida. Para el indio americano, el cielo era un “terreno feliz de cacería”. Para el hindú de mente filosófica, el cielo es una absorción completa dentro del Absoluto, con la aniquilación de la personalidad individual. Para el mahometano, el cielo es fundamentalmente un lugar de placer, en donde todos los sentidos físicos serán completamente satisfechos. Permítame que le dé una o dos citas del Corán: “Verdaderamente, los piadosos estarán en jardines de placer, gozando de lo que sus señores les han dado... Y los casaremos con doncellas de ojos grandes... Con ellos estará la eterna juventud, con copas, aguamaniles y tazas que fluyen vino... Y frutas como en sus mejores sueños, y carne de aves como las deseen, y doncellas de ojos grandes como de perlas escondidas, una recompensa por lo que ellos hayan hecho”.¹ Nosotros nos rebelamos contra esa enseñanza naturalmente, pero, ¿en qué medida es más alta nuestra idea de la vida futura?

¹Hume, *The World's Living Religion*, 227.

La concepción que una persona tenga del cielo es la piedra angular de su carácter. Cuénteme lo que piense del cielo, y le diré cómo es usted. La idea que tengamos del cielo es a la vez la manifestación de su carácter y una influencia poderosa para moldear nuestras vidas. ¿Es nuestro más grande deseo y meta en la vida ser como Cristo —ser santos, compasivos y amorosos como El? Deseamos un compañerismo más íntimo con Dios, más de lo que deseamos las riquezas vanas de este mundo? Si así es, el cielo será para nosotros un lugar de satisfacción completa para estos deseos y aspiraciones nobles y espirituales.

¿Cómo es el cielo? Es como la presencia del Espíritu Santo en nuestro corazón, sin ninguna restricción ni limitación por las debilidades de la carne. Será el cumplimiento de los deseos más profundos del alma llena del Espíritu.

Pero la palabra traducida “arras” también tiene otro significado. Se usaba en el griego del tiempo de Cristo para referirse a una dote dada por una esposa. ¿Decimos que somos miembros de la iglesia de Jesucristo? Si es así, somos parte de la novia de Cristo. Pero El ha dado a su novia futura una dote rica, el regalo espiritual más grande que se le pueda dar a la humanidad, el Espíritu Santo. ¿Lo hemos recibido? Si no estamos conscientes de la presencia del Espíritu, ¿no deberíamos acaso examinar nuevamente los fundamentos de nuestra experiencia?

Hemos notado los significados del término “arras” en el griego clásico y el koiné.² También tiene un uso muy interesante en el griego moderno. Aquí se usa como “anillo de compromiso”.

Este pensamiento nos abre una riqueza de material para meditación. Cristo nos ha desposado con El mismo. El se fue a preparar un hogar para nosotros. Pero nos ha dado un anillo de compromiso para mantenerlo hasta que regrese por nosotros.

¿Cuál novia verdadera no atesora su anillo de compromiso? Este es para ella un recuerdo constante del amor de su novio, y de que ella

²El idioma usado en papiros e inscripciones de los tres siglos antes y después de Cristo. Es el idioma del Nuevo Testamento.

le pertenece a él. Ella ya no está libre para aceptar las ofertas de otros admiradores. Ha prometido su corazón y su mano a un hombre y no puede entregar ahora sus afectos a otros. Está atada a él, pero no es una unión desagradable para aquella que verdaderamente ama.

Oseas, uno de los primeros y más grandes profetas de Israel, presentó una queja de adulterio espiritual contra el pueblo de Dios. No podemos dejar de preguntarnos lo que Cristo diría a la iglesia de nuestros días, si ella pudiera escucharlo. Tal vez podamos escucharlo decir: “Yo te comprometí conmigo para siempre. Pero tu amor por mí se ha enfriado. Estás siguiendo a otros amantes. Estás coqueteando con el mundo; eres infiel. Regresa a mí, y yo regresaré a ti”.

¿Tenemos el anillo de compromiso? Me gusta pensar que nos comprometemos con Cristo cuando decimos ese completo y final “sí” —la respuesta a la propuesta de nuestro Amante celestial. Cuando nos rendimos enteramente a su amor, entonces El nos “sella” como de su propiedad. El Espíritu Santo es la señal y sello de que pertenecemos a Cristo, de que estamos comprometidos con El. Si mantenemos ese anillo-sello, algún día estaremos unidos a nuestro novio celestial.

“¿Te has puesto en el santo altar de tu Dios?

¿Te has entregado al Señor?

Sólo así tú tendrás su descanso y solaz,

Y sus ricas delicias de amor”.

En el capítulo 3:3, Pablo escribe: “Siendo manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón”.

Nuestros corazones tienen que ser tablas en las que el Espíritu Santo pueda inscribir la imagen de Cristo. Nuestras vidas tienen que ser las epístolas, en las que los hombres puedan leer la inscripción labrada. El Espíritu Santo escribe; nosotros tenemos que traducir esa escritura en acciones y actitudes. Un carácter como el de Cristo —ese es el producto final de la obra del Espíritu.

¿A qué se debe que no veamos la imagen de Cristo con más frecuencia y mayor claridad en sus seguidores? ¿No se deberá acaso a que se le ha impedido al Espíritu Santo en su obra por el hombre al no permitir que El obre a su manera?

Esta misma corriente de pensamiento está expresada en el versículo 18: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”.

La última cláusula de este versículo es difícil de entender: “Como por el Espíritu del Señor”. Es decir, el Espíritu Santo realiza su obra de transformación en el creyente a la imagen de Cristo.

Es interesante observar que la palabra traducida aquí como “transformados” se encuentra sólo cuatro veces en el Nuevo Testamento. Tanto Mateo como Marcos la usan en sus relatos de la transfiguración de Cristo en el monte.³ Aquí la interpretan como “transfiguró”. Pero en Romanos 12:2 está traducida como en este pasaje: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Me parece que estos dos pasajes deberían estudiarse a la luz de la escena de la transfiguración. ¿Qué hizo brillar el rostro de Cristo con una luz celestial? ¿No fue la naturaleza divina interna la que brillaba luminosamente a través de su cuerpo, así como los rayos X penetran la carne? Pablo parece decir que si el Espíritu Santo mora en nosotros en su totalidad, brillará a través de nuestras vidas.

Pero el versículo lo sugiere otro método de transfiguración —el del “Brillo Prestado”. “Mirando como en un espejo la gloria del Señor”, somos transformados en la misma imagen.

En los versículos inmediatamente precedentes al que estamos estudiando, Pablo discute el caso de Moisés. Cuando habló cara a cara con el Señor, el rostro de Moisés brillaba tanto que tuvo que ponerse un velo cuando regresó a donde estaba la gente. Pero cada vez que hablaba con el Señor, se quitaba el velo; cuando aparecía nuevamente a la gente, se lo ponía.

³Mateo 17:2; Marcos 9:2.

Pablo usa el incidente como ilustración de lo que debería suceder espiritualmente en nuestra vida. Si tenemos comunión con Dios cara a cara, sin el velo puesto reflejaremos el brillo de su gloria.

Probablemente todos hayamos pasado por alguna experiencia con un reloj-alarma de cara luminosa. Cuando los números se desvanecen podemos restaurar la luminosidad al poner el reloj de cara contra una luz fuerte. Así la luminosidad se retiene por algún tiempo.

Lo mismo sucede en nuestra experiencia cristiana. Cuando el resplandor del brillo prestado comience a apagarse, hay una forma, sólo una, por la que podemos restaurar su brillo: Esperando en la presencia de Dios, hasta que la gloria de su rostro sea nuevamente reflejada en nuestra vida. La razón por la que nuestra luz brilla en forma tenue —aunque no lo admitamos— se debe a que oramos muy poco. Los hombres que han tenido el brillo del cielo en su rostro —y los hemos visto— fueron aquellos que dedicaron mucho tiempo al lugar secreto, en donde su alma fue lavada con la gloria divina.

El versículo 17 de este capítulo hace varias veces esta declaración: “Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad”.

En el contexto inmediato, Pablo está hablando acerca del velo que estaba puesto en los corazones de los judíos, por lo que no entendían las Escrituras. El dice que cuando uno se convierte al Señor, ese velo es quitado.

Lo que Pablo dice con esa declaración es, evidentemente, que el Espíritu Santo nos da la libertad de un acceso directo a Dios. Este significado está de acuerdo con lo que precede y con lo que sigue del versículo. A través del Espíritu tenemos acceso al Santo de los santos.

Pero si tomáramos la declaración en el sentido absoluto, sin tener en cuenta el contexto, se pueden hacer algunas observaciones. ¿Qué se quiere decir con libertad? ¿Qué clase de libertad nos da el Espíritu Santo? ¿Nos da libertad para pasar por encima de los sentimientos de mi hermano, y para hacer lo que me place? ¿Nos da libertad para decir palabras bruscas, y cosas rudas, para hablar la verdad sin amor, para “tomarnos libertades” con las cosas que le pertenecen a otra persona?

La verdadera libertad se obtiene cuando todos se mantienen fuera del camino de los demás. Yo puedo proclamar que mi licencia de conducir me da libertad para manejar mi carro como me plazca —pero puedo descubrir que estaba equivocado. Mis derechos terminan en donde comienzan los de las demás personas.

Mi libertad del Espíritu no me da el derecho de comportarme desordenada u ofensivamente como cristiano. Encontramos la libertad en la obediencia a la ley. Encontramos entonces, la libertad cristiana en la obediencia al Nuevo Testamento; a la ley de Cristo, que es el amor; y a la voz del Espíritu. El alma que está más completamente controlada por el Espíritu es aquella que disfruta de la mayor libertad.

En el capítulo seis, Pablo menciona varias maneras en las que nos deberíamos recomendar como ministros de Dios. Una de éstas es “en el Espíritu Santo”. No puede uno sentirse completamente equipado para el ministerio sin el Espíritu Santo.

La última mención que se hace del Espíritu en esta epístola se encuentra en el versículo final, en la bendición tan popular: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”.

Esta bendición no sólo confirma la doctrina de la Trinidad; también nos da la relación de cada miembro de la Divinidad con los cristianos. El amor de Dios proveyó el plan de salvación, y todavía lo tiene disponible para la humanidad. La gracia de Jesucristo nos da el perdón de nuestros pecados junto con el amor de Dios. Y todas estas bendiciones que compartimos a través del Espíritu Santo.

No solamente es comunión con el Espíritu Santo a lo que se refiere aquí, sino comunión con Dios a través del Espíritu. Es el Espíritu Santo quien mora en nuestros corazones y nos da un verdadero compañerismo con Dios.

La palabra “comunión” significa compartir, tener algo en común con alguien. El Espíritu Santo desea compartir nuestras experiencias, para que no tengamos que enfrentarnos solos a la vida.

GÁLATAS

Esta epístola fue escrita para combatir las enseñanzas judaizantes que estaban ganando terreno en las iglesias de Galacia. Al estrecho legalismo de los judaizantes, Pablo se opuso con la doctrina de la libertad cristiana. No es de sorprenderse, por tanto, ver que se menciona frecuentemente al Espíritu Santo.

La epístola se divide naturalmente en tres partes: los primeros dos capítulos son personales (autobiográfico); los dos siguientes son doctrinales; y los últimos dos son prácticos. El Espíritu Santo no se menciona en los dos primeros capítulos, pero sí 17 veces en los cuatro restantes.

Parece que los judíos estaban enseñando dos teorías: que somos salvos por la ley; y que la perfección se podía lograr sólo a través del cumplimiento de la ley. A la primera, Pablo se opuso con la doctrina fundamental de la justificación por la fe; a la segunda, con la doctrina de la santificación por el Espíritu.

Aparte de 2 Corintios, Gálatas manifiesta el sentir más fuerte y personal de cualquiera de las cartas de Pablo. “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó?” Después pregunta: “Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe? ¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 1:1-3).

Pablo no andaba con rodeos. Su primera pregunta fue al grano. ¿Experimentaron la venida del Espíritu Santo como resultado de guardar la ley, o de escuchar el evangelio de Cristo y por creerlo? El argumento no tenía respuesta. Sabían muy bien que era la fe en el mensaje de Pablo lo que había llenado su vida de bendición espiritual.

La pregunta es aún pertinente. ¿Ha sido alguien, alguna vez, lleno con el Espíritu, y lo ha manifestado como resultado de un tipo de religión puramente legalista o ritualista? ¿No se necesita acaso la fe personal en el mensaje de salvación cristiano para darnos una verdadera experiencia espiritual, una experiencia del Espíritu de Dios?

Charlé hace poco con un hombre que en su niñez cantaba en el coro de niños de una iglesia formal. Ahora es un científico cristiano, y muy fiel al Señor. ¿Por qué? No hubo nada personal en la religión de su juventud. Era más bien algo separado de su vida, relacionado sólo con cierto edificio y cierto día de la semana. Pero ahora su religión es personal y diaria.

Hace algún tiempo entré casualmente en conversación con dos individuos —en diferentes ocasiones— ambos habían sido criados en la misma denominación protestante, una de las más grandes de este país. Uno de ellos se afilió a la secta de la Ciencia Cristiana y, el otro, a la Iglesia Católica Romana. Ambos dieron razones similares para el cambio. Las iglesias a las que asistían eran más formales que vitales, sociales que espirituales. Deseaban una experiencia religiosa personal, vital y satisfactoria, lo cual no encontraron en la iglesia en la que fueron criados. ¡Qué testimonio más triste para la condición del actual protestantismo!

La segunda pregunta que Pablo hace tiene casi tanta importancia como la primera. Muchas personas hoy, en círculos ortodoxos, aseguran que debe uno ser regenerado por el Espíritu Santo, pero enseñan que la santificación se logra sólo por la superación gradual de la carne. La pregunta de Pablo implica que así como el nuevo nacimiento es obra del Espíritu, también lo es la santificación. El Nuevo Testamento enseña claramente que somos nacidos del Espíritu y santificados por el Espíritu.

Pablo subraya que el Espíritu Santo es un regalo de Dios, que no se puede ganar por ninguna obra propia. Ese regalo es una promesa para los que creen y obedecen. Cristo murió por nosotros “para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu” (Gálatas 3:14).

¿No es acaso justa la deducción de este pasaje de que la bendición prometida a Abraham incluyó el bautismo del Espíritu Santo? En otras palabras, esta es la mayor bendición de Dios para la humanidad.

Qué lástima que tan pocas personas encuentren “la plenitud de la bendición del evangelio de Cristo” al rendirse completamente a Cristo para ser llenos de su Espíritu.

El Espíritu Santo no sólo efectúa la obra genuina de regenerar nuestro corazón, sino que también testifica que la obra se ha realizado: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo” (Gálatas 4:6, 7).

La verdad de este pasaje se ilustra en forma clásica en el caso de Juan Wesley. Por 13 años fue un esclavo encadenado, en busca de la salvación a través de una devoción rigurosa a todas las regulaciones de la religión más estricta de sus días en Inglaterra. Pero no encontró ni gozo ni paz. En ese atardecer memorable del 24 de mayo de 1738, la luz de la salvación a través de una simple fe en Cristo tocó su corazón. Creyó y se convirtió en hijo de Dios. El testimonio que el Espíritu le daba de su adopción se convirtió desde entonces en su enseñanza favorita. La doctrina de confirmación fue uno de los mayores temas del metodismo en sus comienzos.

El testimonio del Espíritu no tiene la intención de ser una experiencia intermitente, sino constante. Dios ha enviado al Espíritu de su Hijo —el Espíritu mismo que moraba en Jesús durante los días de su ministerio— que clama en nuestros corazones: “Abba, Padre”.

Aquellas palabras tienen algo afectuoso y confortante: “Abba” es la palabra aramea traducida como padre y probablemente era más común en la vida familiar de los judíos. Jesús, desde Getsemaní, al clamar de lo profundo de su alma, usó esta misma expresión, combinando las palabras aramea y griega.⁴ Evidentemente Pablo aquí quería recalcar el sentimiento de hijo que llega al alma recientemente adoptada. Es natural llamar a Dios “Padre”, cuando somos verdaderamente adoptados en su familia.

Las enseñanzas de Pablo sobre el Espíritu Santo en esta epístola se centran en la última parte del capítulo 15, en donde él muestra el

⁴Marcos 14:36.

ministerio práctico del Espíritu en la vida del cristiano. ¿Cómo podemos disfrutar de una vida cristiana victoriosa y de éxito? Pablo nos da aquí la respuesta en los versículos 16 al 18: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley”.

La victoria como cristianos no se encuentra por tratar de restringir la carne. Más bien, por permitir que el Espíritu Santo obre a su manera. Mientras seamos guiados por el Espíritu, El protege nuestros pies y nos guarda. El tiempo del verbo griego que se usa para ser guiados por el Espíritu, significa ser guiados continuamente. Ese es el plan de Dios para nosotros. Y es nuestro único camino de seguridad.

En el versículo 16 se usa en el griego una fuerte negativa doble: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

Es difícil ver cómo alguien pueda citar el versículo 17 como ejemplo de la experiencia cristiana normal, un conflicto continuo entre la carne y el Espíritu. Pablo dice: “Camina en el Espíritu, y la carne no te molestará. Pero si no caminas en el Espíritu, habrá una batalla constante dentro de ti entre la carne y el Espíritu, cada uno luchando por el dominio. Permita que el Espíritu lo haga a su manera y esa lucha terminará en victoria”. El versículo 17 nunca debería citarse aparte de los versículos 16 y 18, los cuales marcan claramente el camino hacia la victoria. No necesitamos experimentar una vida derrotada, de altas y bajas, si caminamos “en el Espíritu” y somos “guiados por el Espíritu”. Dios tiene algo mejor para nosotros que una vida de derrotas y victorias. El mismo Pablo escribió en Romanos 8:37 que “somos más que vencedores (literalmente, super-vencedores) por medio de aquel que nos amó”. Eso no me parece como una vida derrotada.

Uno de los pasajes más hermosos de Gálatas es aquel que enumera “el fruto del Espíritu”. ¡Qué contraste el que forma con el de “las

obras de la carne"! Al leer las nueve características de la vida llena del Espíritu, haríamos bien en examinar nuestra vida en cada punto. No debemos esperar que un recién convertido esté completamente maduro en cuanto a sus frutos. Pero si el Espíritu Santo mora en su totalidad en nuestro corazón tendrá que haber una manifestación creciente de estos frutos. Se necesita tiempo para que crezcan los frutos, pero esperamos que aparezcan los frutos en su tiempo de cosecha.

Examinemos, entonces, esos frutos por un momento. *Amor, gozo, paz*, —bendición interior como resultado de la presencia del Espíritu que mora en nosotros. *Paciencia, benignidad, bondad* —el Espíritu Santo gobernando nuestra vida social, nuestras actitudes y relaciones. ¡Cuánto lo necesitamos a El aquí! *Fe, mansedumbre, templanza* —aquellas virtudes silenciosas e internas, sin embargo, esenciales para un carácter cristiano maduro.

No es de asombrarse que Pablo, después de un cuadro tan contradictorio de las obras de la carne y el fruto del Espíritu, diga en Gálatas 5:24 que "los que son de Cristo han crucificado (tiempo aoristo) la carne con sus pasiones y deseos". Nadie puede mirar las dos listas de los frutos sin sentir el deseo de crucificar la carne, para que no haya ningún obstáculo para el crecimiento de los frutos del Espíritu. Eso es justo lo que Pablo dice que puede suceder.

El apóstol añade una advertencia más en este pasaje. En el versículo 25 dice: "Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu". La palabra traducida como "andemos" es diferente de la del 16. En éste se refiere a la palabra común para caminar. Aquí es una palabra que significa "mantenerse en la línea". La usaban los soldados en marcha hacia la batalla. Pablo dice: "Si profesamos vivir por el Espíritu, mantengamos el paso con el Espíritu en nuestras vidas".

De diferentes maneras parece que el clímax de la enseñanza de esta epístola está en 6:7-8. "No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna".

La palabra “burlado” ocurre sólo aquí en todo el Nuevo Testamento. Literalmente significa “desdeñar”. No podemos desdeñar a Dios y pensar que podemos quebrantar sus leyes a voluntad. Existe una ley de la vida en el reino espiritual, tanto como en la esfera física. Cosechamos lo que sembramos. No podemos escaparnos de esa realidad. Pero podemos aceptarla, sembrar para el Espíritu, y recoger una rica cosecha aquí y en la eternidad.

ROMANOS

Esta, la más grandiosa de todas las epístolas de Pablo, ha ejercido una fuerte influencia sobre la historia de la iglesia cristiana. Constituyó una importante base para la teología de Agustín. En ella Lutero encontró no solo emancipación total para su alma, sino los principios básicos de la Reforma Protestante. Mientras que Juan Wesley escuchaba la lectura del prefacio de Lutero de su comentario sobre Romanos, recibió su gran iluminación, la cual lo convirtió en el líder del avivamiento evangelístico del siglo XVIII. En ese prefacio Lutero dice: “Esta epístola es la verdadera obra de arte del Nuevo Testamento, el más puro evangelio”. Calvino dijo de ella: “Abre las puertas a todos los tesoros de las Escrituras”.

¿Qué le dio a este escrito del primer siglo el carácter de fuerza poderosa, que sigue teniendo aún hoy? No es sólo el elemento humano —la revelación de Pablo de su propia alma en su lucha por la victoria sobre el pecado, y su triunfo final—, sino también el Espíritu Santo, quien está presente exteriormente en palabras —menciona 27 veces en la epístola— e invisiblemente como la dinámica que acompaña las palabras.

Una de las características más sorprendentes de esta carta de Pablo consiste en que es más de experiencias que de teorías. Pablo no estaba hablando por hablar. La lava caliente de su propia experiencia en la búsqueda de la salvación se derrama sobre sus páginas. Uno siente que se refiere a hechos, no a teoría; que hay vida, no forma. La vitalidad de este documento está verificado completamente por los efectos que causa en los lectores.

Aquí tenemos la historia de la búsqueda de Pablo del Espíritu, y los resultados gloriosos de sus descubrimientos. Ojalá que el estudio de esta epístola ayude a algunos lectores en su propia búsqueda, y resulte en un descubrimiento gozoso.

Nuestro estudio del Espíritu Santo en Romanos se centrará casi por completo en el capítulo 18, en donde se menciona como 19 veces. Este es el mejor pasaje sobre el Espíritu Santo junto con el último discurso de Jesús, registrado en el Evangelio de Juan.

Hay una diferencia considerable de opinión respecto a la frase “Espíritu de santidad”, de 1:4. Algunos, incluyendo a Moffatt, sostienen que se refiere al Espíritu Santo. A. T. Roberson lo niega.

Pero hay una referencia clara al Espíritu Santo antes del capítulo 18. En 5:5 leemos: “Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Me parece que podemos deducir dos inferencias de esta declaración. Primero, que si una persona afirma estar lleno del Espíritu, pero no manifiesta amor cristiano en su vida, su testimonio puede ser puesto en tela de duda. Segundo, aquel que no siente el amor de Dios en su corazón —un amor supremo por Dios, un amor de compañerismo con otros creyentes, un amor compasivo por los perdidos— debe detenerse ante Dios y pedirle que lo llene con el Espíritu Santo. Pues cuando el Espíritu desciende, el amor de Dios es “vertido” (literalmente) en nuestros corazones. Dios es amor. El Espíritu Santo es Dios. Por tanto, si carecemos de amor, necesitamos más del Espíritu de Dios en nuestro corazón y vidas.

Vamos ahora con el capítulo ocho, en donde aprendemos que “no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”. ¿Por qué? “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”.

En el capítulo siete, Pablo nos ha dado una parte muy vívida de autobiografía. Tenemos un cuadro gráfico de sus luchas bajo la ley. Condenación, un sentido de culpa —estos eran los frutos de aquella

existencia triste. Buscaba hacer el bien, pero el mal estaba siempre presente en él. Descubrió una ley en sus miembros, la cual estaba luchando constantemente contra la ley de su mente, sus más nobles deseos. Era la ley de pecado y muerte, en forma muy real, la cual le daba continuamente una consciencia de pecado y la resultante muerte espiritual. No es de sorprenderse que él clame: “¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?”

¿Pero no había salvación? ¿Es este un cuadro de la vida cristiana normal? El capítulo ocho responde a esta pregunta completa y finalmente. Hay libertad, a través del Espíritu Santo. Hay una nueva ley, la cual abroga y anula la ley del pecado y muerte. Es la “ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús”.

¿Qué quiere decir Pablo por “ley”? Evidentemente se refiere a un principio que opera en la personalidad humana, la cual la gobierna y domina. El cristiano está sujeto a una nueva fuerza en su vida, que anula las operaciones del principio anterior. Este nuevo principio es vida.

La vida es una fuerza positiva. La muerte es simplemente la ausencia de vida, así como la oscuridad es la ausencia de luz. Pero la vida es más que la ausencia de la muerte o la impotencia para actuar. La vida es una fuerza progresiva, poderosa, pulsante, constantemente en movimiento. No solamente puede actuar; tiene que actuar.

Dos elementos se declaran acerca de esta vida: su fuente, y sus esferas. Su fuente es el Espíritu Santo, el Espíritu dador de la vida. Su esfera está “en Cristo Jesús”.

“El Espíritu de Vida”. Dondequiera que encontremos muerte espiritual, sabemos que el Espíritu Santo no está presente. Y esto es verdad si pensamos en vida individual, o en una organización de la iglesia, o en un servicio de adoración. No estoy dogmatizando en cuanto a qué evidencia habrá de la presencia de la vida espiritual. No realzo la demostración exterior como prueba de espiritualidad. Pero a mí no me tienen que decir si estoy asistiendo a un funeral o a una boda. Inmediatamente siento la diferencia.

No hay vida fuera del Espíritu de vida. Tenemos un ejemplo impactante de ello en la visión de Ezequiel en el valle de los huesos secos. De seguro que era un lugar de muerte, si alguna vez ha habido alguno. No solamente estaba el valle lleno de huesos de muertos, sino que los huesos estaban secos hasta que toda señal de vida se había ido.

El profeta se enfrentó a un gran desafío. La situación no ofrecía ninguna esperanza. Pero, a pesar de la evidencia abundante de muerte, a Ezequiel se le ordenó profetizar que los huesos vivirían. Y así lo profetizó. Inmediatamente hubo un terremoto. Un hueso se unió a otro, hasta que la pila de huesos desparramados se convirtió en una hilera de esqueletos. Pronto la carne apareció en los huesos, y ésta, a su vez, se cubrió de piel. Allí yacía un ejército de cadáveres. Pero seguían siendo sólo candidatos para ataúdes.

Y después el Señor habló nuevamente al profeta. Aquí había especímenes espléndidos de humanidad. Pero lo que se había llevado a cabo no servía de nada a menos que se les volviera a la vida. Así que Ezequiel profetizó por segunda vez, pidiendo que el aliento de vida estuviera dentro de ellos. Cuando el espíritu de vida entró en los cuerpos, se pusieron de pie, un gran ejército de seres vivientes.

No es suficiente que organicemos bien nuestra vida para que nos movamos armoniosamente en la sociedad. No es suficiente con volvernos humanos, más gentiles y amables, más filántropos y considerados con los demás. Todo ello puede estar sucediendo y aún así estar muertos espiritualmente. Sólo el Espíritu de vida nos puede dar vida.

Pero esa vida dada por el Espíritu está “en Cristo Jesús”. Fuera de El no hay vida. Todo lo que el Espíritu Santo hace en nosotros depende de lo que Cristo ha hecho por nosotros. Note esto. Yo no menosprecio la función de los sacramentos ni el servicio del verdadero misticismo cristiano. Pero el sacramentismo sin el Espíritu y un misticismo sin Cristo nunca salvará del pecado ni dará vida espiritual. No tenemos que permitir que la ceremonia externa tome el lugar del contacto viviente con el Espíritu de Dios. Tampoco podemos permitir que la urgencia del misticismo excluya la meditación de Cristo.

Cualquier creencia en el poder dador de los sacramentos, en ellos o por sí solos, de seguro es mortal. Y cualquier búsqueda de compañerismo con Dios aparte de Jesucristo está sentenciada al fracaso. Cristo mismo ha pronunciado su condena. Aquel que “sube por otra parte, ese es ladrón y salteador” (Juan 10:1).

Una de las notas claves del capítulo ocho de Romanos es el contraste entre la carne y el Espíritu. La antigua ley mosaica falló por la debilidad de la carne. El cristianismo tiene éxito porque no está basado en la ley, sino en la vida —una vida nueva impartida por el Espíritu de vida. Se ha demostrado innumerables veces que la verdadera reforma demanda algo más que legislación; requiere una motivación nueva en la vida humana. Esto es lo que el Espíritu Santo produce —nuevos deseos, un nuevo poder para cumplir esos deseos.

El v. 4 nos dice que sólo cumplen los requisitos de la ley de Dios los que “no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Pero, ¿qué significa andar en la carne? Pablo nos lo dice. Significa centrar nuestra mente y nuestra atención en “las cosas de la carne”. Caminar en el Espíritu significa que nos “preocupamos” por las cosas del Espíritu.

Detengámonos un momento en esta verdad. Tomemos a un miembro de nuestra iglesia, por ejemplo. ¿Está su mente llena de las cosas de la carne o de las cosas del Espíritu?

¿Está absorto en alcanzar placer, negocios, dinero —cosas relacionadas con su cuerpo? ¿O está en el camino de las realidades espirituales, lo relacionado con su alma? ¿Está el mayor interés de su vida y el mayor contentamiento de su pensamiento en la búsqueda de las cosas más altas y nobles del Espíritu? ¿O está buscando solamente satisfacción personal y sumergido totalmente en temporalidades? Francamente, temo que muy pocos miembros de nuestra iglesia están viviendo en el capítulo ocho de Romanos.

El resultado de ambos rumbos en la vida también es citado. Vivir en la carne significa muerte —aquí y en el más allá. Vivir en el Espíritu significa vida y paz —aquí, y siempre.

El Espíritu de vida también es el Espíritu de resurrección. En el versículo 11 leemos: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros”, Algunos explican esta declaración como un avivamiento de nuestra fuerza física en esta vida, pero la referencia más obvia parece ser la resurrección.

En los versículos 14 y 16 se declara al Espíritu Santo como la condición y la evidencia de que somos hijos de Dios. “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. No se incluye aquí a toda la familia humana, ni aun a la membresía de la iglesia cristiana. Pero si somos guiados por el Espíritu, entonces “el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”. Este texto era uno de los favoritos de Juan Wesley. Después de haber pasado como 13 años en busca de una consciente aceptación de Dios, recibió el testimonio del Espíritu de que sus pecados habían sido perdonados y de que pertenecía a Cristo. Esta doctrina de seguridad, o testimonio del Espíritu, se convirtió en una de las características dominantes del metodismo y uno de los secretos principales de su éxito. Miles de personas recibieron la seguridad gozosa de que eran hijos de Dios.

En este capítulo se menciona otra función importante del Espíritu Santo en la vida cristiana. En los versículos 26 y 27 encontramos la relación del Espíritu en la vida de oración del creyente: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos”.

Necesitamos, entonces, la ayuda del Espíritu Santo para una vida de oración eficaz. No sólo en el aspecto devocional, en donde el Espíritu hace posible una relación cercana con Dios, sino que es especialmente cierto en el ámbito de la intercesión, como lo indica este pasaje.

El ministerio de intercesión nunca ha sido totalmente apreciado por la iglesia de Cristo. Es un ministerio que a la vez es el más universal en su campo de acción y el que más alcance tiene en cuanto a sus efectos. No todos los cristianos pueden ser ordenados como predicadores; pero todos pueden ser y deberían ser intercesores. No todos pueden ser misioneros extranjeros; pero todos pueden y deben “rodear la tierra” con sus oraciones.

Aquí yace una de las debilidades más grandes de la iglesia y una de las causas principales de su parálisis frente a una necesidad mundial. Delegamos todo el trabajo del ministerio a un clérigo ordenado. Dios nunca intentó que fuera así, lo cual se demuestra en el libro de los Hechos. Pablo llamó al laico Filemón su “socio”. Un sentido completo de sociedad y de igualdad entre el clérigo y el laico serviría mucho para solucionar nuestros problemas más grandes de la iglesia hoy en día.

Pero, ¿cómo podemos esperar que la iglesia sea impulsada a interceder más, y cómo podemos como cristianos interceder con mayor eficacia? La respuesta a ambas preguntas es la misma —un derramamiento poderoso del Espíritu de Dios sobre el pueblo de Dios. El Espíritu Santo nos estimula a orar, nos ayuda a que nuestra oración sea ferviente, eficaz, y que logre mucho. Nunca desperdiciamos nuestros esfuerzos si oramos en el Espíritu, porque equivale a orar dentro de la voluntad de Dios. Me pregunto si no mejoraríamos en nuestra vida de oración al pedirle definitivamente al Espíritu Santo que nos ayude a interceder por otros.

Necesitamos al Espíritu Santo no sólo para que nos dé poder en el ministerio público de la Palabra, sino también en el ministerio privado de la intercesión. La debilidad en esto último puede que no sea tan obvio, ni tan humillante como en el primero. Pero tarde o temprano será evidente. Y ciertamente la debilidad en la intercesión es tan trágica como en lo otro. De hecho, la debilidad en la oración tiene que resultar inevitablemente en debilidad en la predicación. Sólo cuando el Espíritu nos capacita para interceder delante de Dios, podremos esperar comunicarnos efectivamente con los hombres.

En el capítulo de Romanos 14:17 tenemos una declaración de Pablo muy trascendental. El escribe: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

El contexto indica claramente que la frase “comida y bebida” se refiere a las cosas externas de la religión. Las reglas y regulaciones de conducta, formas y ceremonias de adoración, guardar ciertos días santos —todo lo cual no constituye el cristianismo.

¿Qué es cristianismo? Pablo nos ha dado una respuesta muy sencilla, pero es más precisa que la de cualquier discusión voluminosa de Harnack o de cualquier otro escritor. El autor de Romanos va directamente al corazón del asunto. La religión no es una cosa externa en lo absoluto. Es una experiencia interna con Dios. Por tanto, no encontramos la respuesta a nuestra pregunta al estudiar la vida institucional de la iglesia, ni sus organizaciones y credos y ceremonias. Para conocer la verdadera naturaleza del cristianismo, tenemos que buscarla en el corazón del creyente en Cristo. Su testimonio simple y breve es de más valor para nosotros aquí que todos los tomos de historia de la iglesia. De hecho, cualquier estudiante inteligente de la historia del cristianismo se dará cuenta de que no está leyendo la historia del verdadero cristianismo, sino más bien de lo que se hace pasar como tal.

Pero examinemos nuevamente la declaración de Pablo. El centra el reino de Dios en el Espíritu de Dios. En 8:9 declara: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Pero aquí avanza más. Hace del Espíritu Santo tanto el centro como la circunferencia del reino. Un cristianismo que no está saturado con el Espíritu de Dios lleva una etiqueta falsa. Puede ser una religión, pero no es cristianismo. Lo que necesitamos es más cristianismo verdadero.

Pablo menciona tres características esenciales de la verdadera experiencia cristiana. Primero viene la justicia. Esta es la base sobre la que se construye todo lo demás. Quien profese ser cristiano puede parecer un ardiente creyente en Cristo. Pero si no es fundamentalmente justo, este solo hecho negará toda su confesión. Tenemos muchos tipos diferentes de cristianos en nuestras iglesias. Pero un

cristiano injusto tiene el nombre equivocado, por no decir más.

Pero la justicia no es la ausencia de robo, mentira, inmoralidad, o de otro pecado exterior. Es justicia “en el Espíritu Santo”. Esto significa justicia interior, espiritual. Los fariseos alardeaban de su moralidad exterior y de las observancias religiosas. Sin embargo, Jesús dijo a sus discípulos: “Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 5:20). Pablo está hablando de una justicia impartida por el Espíritu Santo. Es algo que justifica nuestros corazones, tanto como nuestra vida externa. Significa motivos correctos, actitudes correctas, pensamientos y sentimientos correctos. Por sobre todo lo demás, significa una relación correcta con Dios. Ser justo en el sentido paulino significa estar bien con Dios. Significa que nuestros pecados han sido perdonados y que somos justificados delante del Juez del universo, a través de nuestra aceptación de Cristo.

El resultado subjetivo de esta justificación es paz. Primero que todo es “paz con Dios” —un sentir silencioso de seguridad, una seguridad calmada de que todo está bien en nuestra alma. “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Romanos 5:1).

Fuera de la justificación no hay paz. Las dos están relacionadas como la causa y el efecto. El cuadro profético del reino del Mesías siempre subraya estas dos características. Este será un reino marcado por la justicia y la paz. En ello está la razón del fracaso de todo esfuerzo humano para lograr la paz mundial. Podemos alcanzar la paz sólo por medio de una ruta, la vía de la justicia. Mientras que las naciones no tomen este camino, nunca llegarán a un orden mundial de paz.

Pero tenemos la otra frase bíblica “paz de Dios”. Jesús le dijo al grupo de discípulos en el Aposento Alto: “Mi paz os doy” (Juan 14:27). La misma paz que había controlado su vida moraría en sus corazones. No es solamente una paz que Dios da, sino el compartir de un poco de su propia experiencia con nosotros.

Esa paz en el Espíritu Santo puede tener una connotación más extensa. En el capítulo de Hebreos 12:14 leemos: “Seguid la paz con todos”. El cristiano que siempre está protestando y discutiendo da un pobre ejemplo de su profesión. El Espíritu Santo no sólo nos da paz con Dios y la paz de Dios, sino que también nos ayuda a mantener la paz con los hombres. Esta tiene que acompañar la paz interior.

Hay una tercera característica en la experiencia cristiana, la cual Pablo menciona en nuestro pasaje. Es el elemento emocional, el gozo.

De inmediato imagino que algunos se llenan de horror con sólo mencionar la emoción en la religión. Tenemos que ser reverentes, dicen, lo cual interpretan como calma y serenidad.

Pero la psicología nos guía a reconocer con mayor claridad el muy importante lugar de las emociones. Hoy en día sabemos que la vida emocional es uno de los factores determinantes de la personalidad. Las emociones juegan un papel mucho más importante en el destino del ser humano de lo que creían los eruditos del pasado.

Tanto la religión del Antiguo Testamento como la del Nuevo, le dan un lugar prominente a las emociones. Estamos comenzando a darnos cuenta un poco mejor de la verdad de la declaración: “El gozo del Señor mi fortaleza es”. Un cristiano sin gozo es un cristiano débil. Una iglesia sin gozo es una iglesia derrotada. Si queremos salvar a nuestros jóvenes para la iglesia, no debemos separar el gozo de nuestra religión.

Resumamos nuestro estudio diciendo que quien no tiene gozo en su religión, tiene un tipo de experiencia muy imperfecta e incompleta. Un cristiano hecho y derecho incluye justicia, paz y gozo.

Pero, ¿cómo podemos obtener esa paz y gozo? Pablo contesta la pregunta en 15:13: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”.

Dios no hace nada a medias. No es dirigido por las circunstancias, como el hombre. Tampoco está limitado para dar. Si nuestra religión nos sigue manteniendo miserables, sin ninguna felicidad, no es

culpa de Dios. Las limitaciones no están en el dar sino en el recibir. Dios nos ha prometido el Espíritu Santo. Y con El y a través de su presencia en nuestro corazón, El designa “llenamos” de “todo” gozo y paz.

Amor, gozo y paz —estos son atributos de la eternidad. Todos estos nos son ofrecidos en medida abundante en esta vida, y los experimentaremos en medida infinita en la próxima. Pero su presencia en nuestros corazones en el presente tienen una sola condición: La presencia del Espíritu Santo. Porque El nos da continuamente cantidades interminables de amor, gozo, y paz. De la parte humana, está “el creer”. De parte de Dios, está “el poder del Espíritu Santo”.

FILIPENSES

Llegamos ahora al tercer grupo de las epístolas de Pablo. El tema principal de las cartas tesalónicas es la escatología, o la doctrina de los acontecimientos futuros. Las epístolas a los Corintios, Gálatas y Romanos discuten las doctrinas de salvación, o soteriología. Ahora veremos las epístolas escritas desde la cárcel, cuyo tema principal es la Cristología. Las cuatro cartas de este grupo parecen haber sido escritas desde Roma, mientras que Pablo esperaba su juicio ante el emperador.

Tres de esas cartas —Filemón, Colosenses y Efesios— parecen haber sido enviadas a Asia Menor al mismo tiempo, por mano de Tíquico. La cuarta, la de Filipenses, probablemente fue escrita como un año antes o después de las otras tres. Hay argumentos para ambos puntos de vista.

Es interesante observar que en esta carta, escrita desde la cárcel y al punto en que Pablo había pasado por una experiencia de encarcelamiento desagradable, la nota clave es el “gozo”. Aquí está el triunfo del cristianismo; el creyente no solamente soporta el sufrimiento, sino que lo capacita para gloriarse en las tribulaciones. La víctima se convierte en vencedor.

El Espíritu Santo se menciona sólo dos veces en esta breve carta. Pero creo que podemos decir con evidencia clara que Pablo estaba dis-

frutando la experiencia que describe a los romanos, en el pasaje que estudiamos rápidamente. Estaba lleno de todo el gozo de creer, en el poder del Espíritu Santo. Como en el caso del libro de Ester, no se menciona a Dios por nombre, pero su obra detrás de la escena se revela constantemente; así aquí, el poder del Espíritu Santo se siente claramente al capacitar a Pablo para regocijarse en medio del sufrimiento.

La primera mención que se hace del Espíritu Santo está en el 1:19. La traducción de Moffat dice: “El resultado de todo esto, yo sé, será mi liberación, mientras ustedes continúan orando por mí, y como yo estoy provisto con el Espíritu de Jesucristo”. En la Reina Valera dice: “Porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación”.

Pablo valoraba las oraciones de sus amigos de Filipo. Sentía que el Espíritu Santo le sería suministrado en abundancia en respuesta a sus intercesiones por él. ¿Acaso no es esta una indicación de que oremos para que Dios dé su Espíritu misericordiosamente a los que particularmente se encuentran en circunstancias difíciles? Esta es una oportunidad de orar los unos por los otros.

El nombre que se le da al Espíritu Santo en este pasaje es interesante. “Sólo en este lugar del Nuevo Testamento se usa la frase ‘el Espíritu de Jesucristo’, aunque también se usan expresiones equivalentes... El significado es posiblemente el Espíritu que imparte Jesús. El Espíritu dado por El produciría en Pablo un espíritu como el que se manifestó en Jesús en los días que estuvo en la carne... La manifestación del mismo espíritu por el apóstol constituiría su vindicación”.⁵

Cuando Pablo fuera liberado, o se enfrentara a la muerte, demostraría el Espíritu de Cristo a todos.

En 2:1 encontramos la frase “comuni6n del Esp3ritu”. Podr3amos decir que esta expresi6n le signific6 algo especial en aquellos d3as solitarios de c3rcel, cuando lo separaban de la obra misionera activa.

⁵Michael, *Philipians, in the Moffat New Testament Commentary, in loco.*

COLOSENSES

Cuando Pablo envió al esclavo fugitivo, Onésimo, de vuelta a su casa, le dio una pequeña nota personal para que la llevara a su amo, Filemón, pidiéndole que recibiera a Onésimo y lo perdonara. Al mismo tiempo Pablo escribió una carta más larga a la iglesia de Colosas, quienes evidentemente se reunían en la casa de Filemón. Esta fue enviada con Tíquico, quien acompañó a Onésimo en su regreso a la casa.

El Espíritu Santo no se menciona en la pequeña nota para Filemón, y sólo una vez en la carta a los Colosenses. Esto no es de extrañar, ya que Pablo estuvo escribiendo contra el gnosticismo incipiente en las proximidades de Colosas. El confrontó esta herejía de forma positiva definiendo la persona y naturaleza de Cristo, quien es la “imagen del Dios invisible”. No era necesario discutir acerca del Espíritu Santo para oponerse a las enseñanzas del gnosticismo.

En un pasaje de saludos personales a los Colosenses, Pablo menciona al Espíritu Santo. Dice que Epafras le contó de su “amor en el Espíritu”. Indudablemente esto animó el corazón de Pablo en ese momento.

El Espíritu Santo no sólo es el Espíritu de vida, sino que también es el Espíritu de amor. Dios es amor, y El nos abastece de amor a través de su Espíritu.

Sería bueno que algunos de nuestros líderes religiosos aprendieran esta verdad. Se darían cuenta de que la unidad de la iglesia se podría lograr mucho más rápido al orar humilde y seriamente para que el Espíritu de Dios fuera derramado, que con un número de banquetes de buena voluntad. Hemos tenido abundancia de éstos últimos, pero verdadera escasez del primero.

EFESIOS

Después que Pablo escribió la pequeña nota a Filemón y la carta a la iglesia de Colosas, evidentemente escribió una epístola más larga para Efeso y para que fuera circulada después entre todas las iglesias de Asia Menor. Tiene mucho en común con Colosenses, pero es más profunda y hace más referencia a la iglesia.

No es de sorprenderse entonces que se mencione al Espíritu Santo 11 veces en esta epístola. La Cristología en sí no requiere mucha referencia al Espíritu. Pero en la relación de Cristo con su iglesia El Espíritu Santo juega una parte vital. El ha sido comparado con la savia dadora de vida, que fluye a través de la vid hacia los sarmientos. Sin esa savia los sarmientos están muertos y sin valor. Con ella, llevan el fruto de la vid.

Después de su saludo usual, Pablo comienza esta epístola con gran himno de alabanza, tomando los versículos 3-14, inclusive, del primer capítulo. Es un himno de tres estrofas. Los versículos 3-6 exaltan al Padre; los del 7-12, al Hijo; los del 13 al 14, al Espíritu Santo. Sería absurdo que alguien dijera que Pablo no creía en la Trinidad.

No trataremos los pasajes relacionados con el Padre y el Hijo. Concentraremos nuestra discusión en la última parte del himno. Hablando de Cristo, Pablo dice: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria”.

Ya hemos discutido el significado del término “arras”, que aparece dos veces en 2 Corintios, así como también “sellados”, el cual se menciona en uno de los dos pasajes. Podríamos añadir el pensamiento de que el sello era, en ocasiones, una marca de propiedad, impresa sobre un esclavo. De igual manera, el cristiano está “marcado y autenticado como heredero de Dios”, por la presencia del Espíritu en su vida. Jesús dijo que el amor era el sello distintivo del discipulado.

Pablo dice que el Espíritu Santo es el sello de propiedad. Por medio del Espíritu somos sellados como la posesión de Dios hasta el día final de redención.

En el capítulo dos, Pablo discute la relación del judío y del gentil bajo la nueva dispensación. Él dice (verso 18) que “por medio de él (Cristo) los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”. Cristo es el camino al Padre, la puerta abierta de acceso, pero es el Espíritu Santo quien nos acerca. Él es el medio de nuestro compañerismo con Dios.

Se avanza un paso más con la misma idea en el versículo 22: “En quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”. Cuando el Espíritu Santo se aleja, Dios se ha ido.

En Efesios abundan especialmente las oraciones de Pablo. Probablemente las dos mejores son las de los capítulos primero y tercero de esta epístola. En la segunda (3:16) menciona al Espíritu Santo: “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu”.

Pablo sabía lo que era estar débil físicamente. Aparentemente su aguijón en la carne era alguna clase de enfermedad. Pero el gran apóstol no era débil espiritualmente. Aunque tal vez pequeño y de estatura poco impresionante, era un gigante espiritual. Aquí nos descubre el secreto. Fue fortalecido con poder por el Espíritu en el hombre interior.

El secreto del poder de Pablo también puede ser nuestro. Ni el apóstol ni su época tenían ningún monopolio del Espíritu de Dios. Él es libremente prometido a los que creen y obedecen. Si somos débiles, ¿no se deberá a que estamos dándole prioridad a otras cosas antes que al Espíritu Santo en nuestra vida?

¿Qué está incluido en la frase “el hombre interior”? El centro mismo de nuestros afectos y deseos. El Espíritu Santo los purifica, fortalece y encamina hacia Dios y las cosas espirituales. Incluye nuestro intelecto. Recibimos “la mente de Cristo” para gobernar nuestro pensamiento en la vida. También incluye la voluntad. El cris-

tiano lleno con el Espíritu no tiene una voluntad débil. Cualquier cristiano joven que sea naturalmente débil en este punto vital, debe pedirle a Dios seriamente que lo fortalezca por medio del Espíritu, hasta que se vuelva poderoso con el deseo de hacer el bien y para defender sus convicciones.

Entonces, el hombre interior lo compone la personalidad en su totalidad, todo lo del ser humano, excepto su cuerpo. El mejor tipo de dinámica de la personalidad es la que tiene el poder del Espíritu de Dios. No será usada para intereses egoístas y ambiciones, sino sólo para la gloria de Dios.

Después de haber visto la primera parte de esta epístola a vuelo de pájaro y de haber visto un vasto panorama de los grandes propósitos eternos de Dios en Cristo, Pablo, en el capítulo cuatro nos trae nuevamente a la tierra diciendo: “Ahora camina. Camina en la luz de lo que has visto. Camina recto”.

Aunque parece que Pablo casi se pierde en las nubes mientras habla de sentarse juntos en las alturas con Cristo Jesús, él nunca dejó de encontrar su camino de vuelta a la tierra. En su absorción en las verdades espirituales, nunca se olvidó de ser práctico. De hecho, nunca separó a los dos. Enseñó que solamente se podía ser cristiano práctico si se es espiritual.

Así que escribe en 14:1-4: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación”.

La unidad de la iglesia es un problema muy práctico de hoy. En la actualidad se discute mucho acerca de esta pregunta en nuestras revistas religiosas. Pero mucho, si no casi todo de lo que se escribe, me parece fuera de contexto.

¿Cuál es la base posible para la unidad? La historia nos provee una demostración amplia de que ni los credos del hombre ni organi-

zaciones humanas pueden unir a la iglesia de Cristo. Hay una, y sólo una base para la unidad. Eso es el Espíritu de Dios. La verdadera unidad de la iglesia existe sólo en donde el Espíritu Santo se mueve con libertad en los corazones de los creyentes.

En el 4:30 se nos hace una advertencia importante: “Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

¿Cómo podemos contristar al Espíritu? La manera más lógica de contestar a esta pregunta sería probablemente estudiando el contexto de este pasaje. Encontramos aquí a Pablo exhortando a los cristianos a que eviten las prácticas paganas de inmoralidad, que eviten mentir, robar y conversaciones corruptas, abandonar las iras y adoptar un espíritu perdonador.

Evidentemente, entonces, podemos contristar al Espíritu dando rienda suelta a esa clase de conducta o sosteniendo conversaciones impropias de un cristiano, o al manifestar un espíritu no perdonador. La seriedad del asunto se indica por el hecho de que el Espíritu Santo nos sella para el día de la redención. No podemos permitir que se vaya de nuestros corazones.

Un mandato corto, el cual podría ser tomado como lema de nuestro estudio, lo encontramos en el 5:18: “Sed llenos del Espíritu”.

Este mandato se coloca en contraste con la embriaguez. Pablo dice: “No se embriaguen ni participen de las orgías rituales de los festivales paganos alrededor de ustedes. En cambio, sean llenos del Espíritu”.

¿Por qué se embriaga la gente? A menudo para escapar de la realidad, para encontrar alivio de una pena y problemas de la vida. Muchos se embriagan para sentirse felices, olvidándose de los residuos de amargura.

Pablo dice: “Si ustedes quieren sentirse felices, no se embriaguen; ¡sean llenos con el Espíritu! Si quieren levantarse por sobre los problemas que los presionan y las cargas de la vida, sean llenos del Espíritu”. Y no habrá sentimientos de malestar al día siguiente.

¿Pero cuáles son los efectos de ser llenos con el Espíritu? Se indican en los versículos que siguen inmediatamente, y reto a cualquiera para que los compare con los efectos de la embriaguez. “Hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”.

¿Qué hay de malo, imploro, o fuera de lugar en esto? ¿Qué podría ser más hermoso que la vida cristiana que aquí se describe? Melodía por dentro y armonía hacia afuera. Una celebración continua de agradecimiento, en lugar de errores y quejas. ¿Quién no quisiera asociarse con un grupo de personas que hayan pasado por esa clase de experiencia, de ser llenos del Espíritu? En vez de buscar y escoger los defectos de aquellos que profesan estar llenos del Espíritu, sería más provechoso que todos buscáramos la clase de experiencia que Pablo describe aquí.

En el último capítulo de la epístola el autor describe la armadura del cristiano. Los dos últimos puntos están relacionados con el Espíritu: “Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios; orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:17, 18).

Nuestra arma principal para una guerra ofensiva es la Palabra de Dios. Esta es llamada la espada del Espíritu, porque fue dada por inspiración del Espíritu y porque El la usa con mayor frecuencia para derrotar al enemigo. La predicación de la palabra de Dios es todavía nuestra arma más poderosa en la guerra contra Satanás y en nombre de Cristo. Podemos confiar en la ayuda activa del Espíritu de Dios cuando predicamos la Palabra de Dios.

Alguien ha sugerido que la oración es el broche que sostiene toda la armadura. Es cierto que podemos tener todo lo mencionado aquí y aún ser derrotados por falta de oración. A través de la oración nos sobreponemos y nos preparamos para enfrentarnos al enemigo.

Pero no es cualquier clase de oración la que nos sirve para este propósito. Definitivamente tiene que ser “en el Espíritu”. Ya hemos

notado que la oración en el Espíritu de seguro es efectiva, porque el Espíritu Santo nos hace orar en la voluntad de Dios.

Pablo nos enseñaría, entonces, que toda nuestra vida tiene que ser moldeada por el Espíritu de Dios. Tenemos que caminar en el Espíritu, vivir en el Espíritu, cantar en el Espíritu, amar en el Espíritu, orar en el Espíritu, predicar en el Espíritu. El creyente lleno del Espíritu es un cristiano victorioso. No sólo mantiene la victoria en su corazón, sino que gana victorias para Cristo y la iglesia.

Pablo no dejó ningún lugar para debiluchos en el ejército de Cristo: “Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza”. No hay excusas para la debilidad, porque Dios nos ofrece la fuerza de su poder. Si fallamos, se debe a que no nos hemos apropiado de su Espíritu.

LAS EPÍSTOLAS PASTORALES

Estas tres epístolas fueron escritas a dos pastores jóvenes, uno en Efeso y el otro en Creta. Estas fueron probablemente escritas por Pablo poco antes de su muerte a manos de Nerón. Están escritas en forma de manuales o de folletos, para el uso pastoral.

El Espíritu Santo se menciona sólo una vez en cada epístola. En 1 Timoteo 4:1 leemos: “Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe”.

La referencia aquí no es clara. Se puede referir a la profecía del Antiguo Testamento, o a las palabras mismas de Pablo en 2 Tesalonicenses, o aun a las palabras de Jesús en el discurso del monte de los Olivos. Pero el punto es que el Espíritu Santo ha advertido de la apostasía de los últimos días. ¡Cuánto de ello se ha cumplido ya en la historia de la iglesia!

En Tito 3:5 se nos dice que somos salvos “por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”. Esta es otra descripción del nuevo nacimiento y concuerda con las palabras de Jesús a Nicodemo, como lo registra el Evangelio de Juan.

En 2 Timoteo 1:14 encontramos el mandato: “Guarda el buen

depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”. En la primera parte, el griego simplemente dice: “Guarda el buen depósito”.

¿Qué quiere decir con “depósito”? El contexto inmediato sugiere que Pablo hace referencia al cuerpo de la verdad doctrinal, más o menos fijo definitivamente, que había sido entregado al cuidado del joven Timoteo. El tenía que guardarlo cuidadosamente y pasarlo incorruptible a sus sucesores.

Este es un mensaje que necesitamos en cada época. Cada generación tiene el deber de dar la verdad a la generación sucesora con la misma pureza con la que fue recibida. También el deber de mantener el fuego de la presencia y poder de Dios para que no se apague y para pasarlo a la siguiente generación, alumbrando tan brillantemente como cuando fue recibido. Si este mandato a Timoteo lo hubiera escuchado cada generación sucesiva, cuán diferente se hubiera escrito la historia de la iglesia cristiana.

¿Pero cómo podemos guardar el depósito? Nuevamente la respuesta es clara: “A través del Espíritu Santo que mora en nosotros”. Esta es la única manera en que podemos guardar el fuego divino de amor y poder. Y también es el único camino para guardar el depósito de verdad. Alguien dijo que el Espíritu Santo era el “mejor conservador de la ortodoxia”. Y eso es cierto. El dio la revelación de la verdad divina. Sólo El puede interpretarla correctamente y así conservar la única verdad.

¿Cuál es la mejor contribución, entonces, que podemos hacer para el progreso continuo de la iglesia? Es la experiencia personal de la presencia del Espíritu Santo en nuestro corazón, manteniéndonos fieles en nuestras doctrinas y fervientes en nuestra alma. Sólo así podemos guardar el buen depósito y pasarlo a nuestros hijos. Se lo debemos a ellos para que ellos también lo hereden a sus propios hijos.

Me parece que estas palabras de Pablo son muy instructivas para nosotros hoy en día. En el versículo inmediatamente anterior al que hemos estado discutiendo, leemos: “Retén la forma de las sanas (en

griego: higiénicas) palabras que de mí oíste, en la fe y amor que es en Cristo Jesús”.

A menudo oímos decir en estos días que deberíamos “descartar” todas nuestras creencias y volver a la sencillez de las enseñanzas de Jesús. Se nos dice que nuestras creencias son cadenas que estorban el progreso de la iglesia.

Tenemos que confesar que el estudiante de historia cristiana se inclina hacia estos puntos de vista, cuando lee cómo se formularon los credos en la iglesia primitiva. Sabemos que la verdad nunca puede ser arreglada al legislar la autoridad de ciertas frases o términos. Las palabras cambian tanto de significado y aun permiten tanta variedad de connotaciones en cualquier tiempo que no podemos esperar preservar la verdad por medio de palabras únicamente.

Y sin embargo, Pablo dice que retengamos “la forma de las sanas palabras”. Este mandato suena un poco a referencia a un credo. Por lo menos no está de acuerdo con el sentimiento de quienes dicen que deberíamos desechar la fraseología de la ortodoxia tradicional en favor de un vocabulario más moderno. Tales palabras como “pecado”, “expiación”, “infierno”, son tabúes en muchos círculos religiosos que se suponen evangélicos.

¿Cuál debe ser nuestra actitud en este caso? Debemos unirnos a la cruzada iconoclasta contra todo credo? ¿Debemos unir nuestras voces al grito de: “¡Abajo con los ídolos del tradicionalismo!”?

Antes de que lo hagamos, mejor enfrentémonos a los hechos de la historia. El Profesor Cell, de la Universidad de Boston, solía recordarnos que Juan Wesley subrayaba siempre la enseñanza clara y simple del Nuevo Testamento, lo cual produjo el gran avivamiento del siglo XVIII en Inglaterra. Y después el Dr. Cell diría algo así: “Ustedes, los predicadores jóvenes, prefieren no hablar de la sangre de Cristo ni de nacer de nuevo. Pero recuerden que Juan Wesley usó estos términos, y conmovió al mundo. Es tiempo de que confesemos nuestra debilidad en el púlpito hoy en día. Si volviéramos a descubrir el poder de Juan Wesley en nuestra predicación tenemos que

aprender nuevamente lo que quería decir al predicar que la sangre de Cristo Jesús salva del pecado. Somos débiles porque hemos sustituido las opiniones humanas por la verdad divina”.

Todo se reduce a la pregunta fundamental de si consideramos el Antiguo y Nuevo Testamentos como la Palabra de Dios. Esta es el núcleo de toda la disputa en la teología de hoy. Dado que el Nuevo Testamento es de autoridad divina, entonces tales frases y términos, como los mencionados, tienen que tener significado e importancia para nosotros que no podemos darnos el lujo de ignorar.

Las últimas palabras de grandes hombres siempre han sido de interés peculiar para nosotros. Ansiosamente nos aferramos a los pensamientos maduros de aquellos que han moldeado los asuntos humanos para el bien.

Por ello la Segunda Epístola a Timoteo es de valor especial. Fue escrita por Pablo “el anciano” poco antes de su muerte, lo cual sucedió probablemente en el otoño del 67 d.C., o en el verano del 68 d.C. Este es su “canto de cisne”, dedicado a sus jóvenes hijos en la fe.

¿Cuál era la preocupación particular del corazón de Pablo, mientras que esperaba la muerte en la prisión romana, la cual él sabía que pronto llegaría? Si leemos esta epístola cuidadosamente veremos que era la conservación de su mensaje evangélico, tanto como su propagación, lo que más le preocupaba en ese momento.

Casi podemos oír la voz patética de Pablo cuando dice en 2 Timoteo 1:15: “Ya sabes esto, que me abandonaron todos los que están en Asia”. Es la voz de un hombre viejo que ha dado su vida misma para esparcir el evangelio a través del mundo romano. Había concentrado sus esfuerzos en la provincia de Asia en una época. En su ciudad capital, Efeso, había pasado tres años de su vida tan ocupada. Y ahora escribe: “Todos me han abandonado”.

Esta era una píldora amarga para el viejo apóstol, ya débil físicamente, sin compañía humana, excepto por las visitas de su médico y amigo cercano, Lucas. ¡Cómo lo habrá herido la ingratitud de sus convertidos! Evidentemente los anti-paulinos habían hecho su

labor mortal en Asia, como en todas partes.

¿Qué podía hacer Pablo al respecto? Sólo pudo animar a su hijo Timoteo a que conservara la base que él mismo había establecido. “Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros” (2 Timoteo 2:1, 2).

Nuevamente escribe: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15). “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste, sabiendo de quién has aprendido; y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:14, 15).

Muy definitivamente nos enfrentamos hoy en día al problema de conservar la ortodoxia en la iglesia. Algunos estarían impacientes ante esta declaración. El cristianismo, no la ortodoxia, es la que hay que salvar. Pero me atrevo a afirmar que si no conservamos la enseñanza ortodoxa, no podremos salvar al cristianismo mismo. La religión cristiana es sobrenatural, está basada en una revelación sobrenatural. La ortodoxia no significa calvinismo o arminianismo, ni ninguna otra interpretación única de las Escrituras. Significa más bien aceptación de la Biblia como la Palabra de Dios, observancia de sus enseñanzas claras y obvias. Nos pondríamos de parte de Melancthon en su actitud: “En lo esencial, unidad; en cosas dudosas, libertad; en todas las cosas, caridad”.

Pero, ¿cómo vamos a conservar la fe? Por sobre todo, el predicador debe usar “bien (griego, *orthos*) la palabra de verdad”. Si nos desviamos en la predicación, declinaremos también en la vida. La heterodoxia en el púlpito resultará en “heteropráctica” entre la congregación. La mayor parte de la responsabilidad de guardar el depósito descansa en nuestros pastores y maestros de seminarios. Si ellos se extravían, “estas ovejas, ¿qué harán?”

Me parece que la amonestación de Pablo, de encargar “a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”, debería ejercer un fuerte impacto con una fuerte convicción sobre aquellos que están guiando el pensamiento de la siguiente generación de predicadores. Nosotros, quienes tenemos candidatos jóvenes para el ministerio en nuestras clases día tras día, seremos, me temo yo, responsables delante de Dios de manera muy especial, por el futuro de la iglesia. Si fallamos, la causa de Dios se verá amenazada. ¡Que no se diga de nosotros que fuimos traidores en las filas de Cristo!

Pablo menciona una tercera sugerencia al joven Timoteo: “Pero persiste tú en lo que has aprendido y te persuadiste” (2 Timoteo 3:14). ¿Hemos aprendido una fe sencilla en Cristo y en la Palabra de Dios? ¿Hemos sido persuadidos de la validez de nuestra fe por la transformación con la que el evangelio ha obrado en nuestro corazón y vida? Si así es, permanezcamos en ello.

Un profesor dijo un día a su clase del seminario: “Presumo que a ustedes, jóvenes, se les enseñó en la escuela dominical que la oración cambia las cosas. Pero, naturalmente, para este tiempo ustedes ya han aprendido mejor; por lo menos, espero que así sea”.

Bueno, para algunos de nosotros, gracias a Dios, no fue así. Y no apreciamos la sonrisa burlona de la cara de quien se suponía que nos estaba enseñando el camino de verdad. Algunos habíamos sido persuadidos en nuestra vida del poder de la oración, y todavía no estábamos listos para rendir nuestro tesoro inapreciable ante la demanda de aquel ladrón de almas. Yo, por lo menos, no deseo abandonar la Roca de los Siglos para construir mi fe en la arena movediza de opiniones humanas. He descubierto que cuando descienden las lluvias, suben las inundaciones o sopla el viento —desilusiones, tristeza, adversidad— a través de todo, mi fe está firme. “No cayó, porque estaba establecida sobre una roca” —¡La Roca, Cristo Jesús!

Pero tenemos que volver de nuevo a nuestro texto: “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”. Ninguna cantidad de credos ni el uso del ritual ortodoxo conservará la ver-

dad del cristianismo en la iglesia, cuando la luz del Espíritu Santo se haya ido.

Si dudamos, examinemos el asunto por un momento. Recientemente nuestra atención se centró en la ortodoxia esencial de la misa católica, la cual es leída cada domingo. La mayor parte podría ser leída en el servicio litúrgico protestante sin crear ninguna sorpresa.

Sin embargo, esto se usaba durante la Edad Media, cuando la iglesia estaba en un estado tan triste de oscuridad y muerte. ¿Ortodoxia? Sí. Pero también se murió. Era un tipo muy pobre de cristianismo, el cual fue conservado por tales métodos de ritual y forma. Fue necesaria una revolución completa en el siglo XVI para restaurar el verdadero cristianismo del Nuevo Testamento.

Hoy nos estamos enfrentando a problemas cruciales en el protestantismo. Muchos se están preguntando si el movimiento evangélico puede sobrevivir. Personalmente, no estoy preocupado por el resultado final. Cristo triunfará finalmente. Pero quisiéramos saber cuántos se perderán mientras continúa la batalla. Estamos preocupados por nuestra generación, para que ésta pueda tener la luz de la verdad.

Pero la ortodoxia se conservará mejor por medio de avivamientos en los que descienda el Espíritu. Estos avivamientos contrarrestarán más las objeciones de los críticos que una gran cantidad de argumentos o debates.

Si me disculpan por una palabra personal, me gustaría testificar de la verdad de mi propia experiencia. Cuando los estudios de posgrado de la universidad me hicieron enfrentarme al fuego hostil de los críticos destructivos de la Biblia y de la ortodoxia cristiana, encontré que mi salvación yacía en el evangelismo bajo la unción del Espíritu. Mientras predicaba el simple evangelio de Jesucristo cada domingo por la noche, descubrí que era el poder de Dios para salvación de todos los que creían. Cuando veía a los pecadores convencidos por el Espíritu Santo de sus pecados, y arrodillados en humilde contrición y confesión, y después veía la luz de la paz celestial y el gozo en sus rostros al declarar que Cristo había venido a sus corazones, entonces

—bueno, entonces *lo comprobaba*. Las dudas huían; la fe se fortalecía. La crisis pasaba.

Creo que nuestra mayor esperanza para la supervivencia del cristianismo evangélico de hoy descansa en el evangelismo del Espíritu Santo. El movimiento evangélico sin evangelismo de seguro fracasará. El movimiento evangélico con evangelismo de seguro triunfará. No morirá, porque está vivo y activo. Pablo “guardó la fe” al predicarla en el poder del Espíritu.

Capítulo 5

CITA CON EL ATARDECER

EPÍSTOLAS GENERALES

**“Y había salido Isaac a meditar al campo,
a la hora de la tarde”.**

Génesis 24:63

“El Angelus” es una de las obras de arte más apreciadas del pasado. El cuadro muestra a trabajadores en el campo, de pie, con su cabeza inclinada, mientras que la campana de una iglesia cercana llama a la oración. Es una escena hermosa. Los trabajadores han llegado al final de otro día. El anochecer ha llegado y, su mente se dirige hacia Aquel que los creó. El silencio del campo se percibe por la suavidad de los tenues rayos, dispersos por la puesta del sol. Sólo el repique dulce de las melodiosas campanas de la iglesia podían romper el silencio, mientras que los corazones, en todas partes, se detenían para adorar a Dios. Es la hora de la oración vespertina.

Uno de los puntos sobresalientes de 1 Juan —la cual contiene tantas referencias al Espíritu Santo como la suma de todas las otras epístolas generales juntas— es el compañerismo. La palabra sugiere el atardecer con su puesta de sol, el momento de meditación. Al final del día, cuando las labores ya se han llevado a cabo —entonces el corazón busca el reposo, y la mente desea paz y tranquilidad. Entonces buscamos el compañerismo de Aquel que dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28) —un descanso en mi presencia.

HEBREOS

Los eruditos más destacados de nuestros días, tanto conservadores como liberales, están de acuerdo con la opinión de que la Epístola a los Hebreos no fue escrita por el apóstol Pablo. Este fue el punto de vista que se sostuvo por algunos de los primeros padres de la iglesia. Orígenes, el erudito cristiano más destacado del siglo III, escribió: “Quién escribió la Epístola, sólo Dios lo sabe”. La duda de su autoridad era evidentemente un problema sin resolver en sus días. Lutero y Calvino, los dos líderes más destacados de la Reforma Protestante, declararon que Pablo no escribió esta epístola.

Hemos seguido el plan más aceptado colocando a Hebreos fuera de la lista de las epístolas paulinas. Generalmente se agrupa con las epístolas generales, y este arreglo se ha adoptado aquí.

La teología de la Epístola a los Hebreos parece oscilar entre la de Pablo y la de Juan. Por tanto, se ha dado más atención al estudio de este libro entre los eruditos, como representativo de la situación de la iglesia primitiva un poco diferente de la de Pablo o la de Juan. Veamos lo que dice acerca del Espíritu Santo.

Algunos declaran que esta epístola puede ser un tratado teológico más que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. En este sentido, merece clasificarse junto a Romanos. Esperamos encontrar aquí alguna enseñanza definida acerca del Espíritu Santo.

En 2:3-4 leemos: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad”.

La indicación clara de que el autor no ha visto ni oído a Jesús constituye un punto interesante de este pasaje. El mensaje le fue confirmado por aquellos que habían escuchado al Señor. Este dato no parece concordar con la declaración de Pablo, en Gálatas, del origen

de su evangelio. Ya hemos notado que aquí declara una revelación directa y divina de su mensaje.

Pero, ¿cuáles son los “dones del Espíritu Santo”? La palabra “dones” significa literalmente “distribuciones”. Westcott, en su comentario, lo tradujo como “varios dones”. Evidentemente se refiere a los dones distribuidos por el Espíritu a los miembros de la iglesia primitiva. Pablo enumera algunos en 1 Corintios y en Efesios, como ya lo hemos visto.

¿Cuál era la función de esos dones? Eran confirmaciones divinas como muestra de la verdad del mensaje del evangelio. Los judíos demandaban señales, y Dios les dio señales que acompañaron las primeras predicaciones de los apóstoles. La inferencia no nos parece que favorezca la idea de una permanencia intencional de esos dones en la iglesia. Sin embargo, parece posible afirmar que en la obra pionera de las misiones, estos dones puedan tener hoy día su uso definido.

Mientras que el propósito principal de Hebreos parece ser el de mostrar la gran inferioridad del judaísmo comparado con el cristianismo, ningún otro escritor del Nuevo Testamento atribuye más definitivamente la autoridad divina a las escrituras del Antiguo Testamento como el autor de este libro. Cita los escritos sagrados como la Palabra de Dios, y lo hace con frecuencia.

Una de estas situaciones la encontramos en el capítulo 3:7: “Como dice el Espíritu Santo”. ¡Todo lo que los eruditos modernos pueden decir de la inspiración divina del Antiguo Testamento, el autor de Hebreos así lo creía! No consideraba que el Antiguo Testamento era lo que un cristiano sobresaliente y erudito de nuestros días llamó: “Simplemente un libro para el estudio de la religión de los Hebreos”. Para él, fue el Espíritu Santo quien inspiró las palabras registradas allí. O él estaba equivocado, o nuestro crítico moderno está equivocado.

Tal vez este sea el momento de hacer una observación. Algunos sostienen la autoridad esencial del Nuevo Testamento y, sin embargo, hablan disparatadamente, o por lo menos, excusándose, concierne

al Antiguo. Creo que nuestro pasaje de Hebreos, junto con muchos otros del Nuevo Testamento —incluyendo las palabras de Jesús mismo— indican definitivamente que nuestro Antiguo y Nuevo Testamentos o permanecen juntos o se caen juntos. La historia de la crítica destructiva de la Biblia da una prueba amplia de que, quienes atacan porciones de la Biblia, por lo general terminan rechazando la autoridad divina de toda la Biblia. Jesús testificó de la inspiración del Espíritu en el Antiguo Testamento (Mateo 22:43), y si somos sus verdaderos seguidores, haremos lo mismo.

En el 6:4 el autor describe a algunos que han escuchado el mensaje del evangelio y después se han apartado de él. Declara que fueron hechos “partícipes del Espíritu Santo”.

Este es un pasaje muy controversial, en cuanto al estado de los aquí descritos. Pero nos concretaremos a la frase citada anteriormente, y dejaremos la controversia para otros.

El significado de la palabra “partícipes” puede aclararse en parte con la referencia de la misma raíz griega de 5:13, en donde habla de los jóvenes convertidos, que participan de la leche. Esto no significa que sólo vieron la leche, o que la examinaron de alguna manera, sino que la tomaron. Cualquier otra interpretación sería obviamente absurda.

Creo que es justo afirmar, entonces, que nuestro pasaje describe a quien ha recibido el Espíritu Santo, por lo menos en cierta medida. Parecería confirmar la enseñanza de Pablo de que cada cristiano tiene el Espíritu de Cristo, o es partícipe del Espíritu Santo. La pregunta es: ¿Hasta qué punto hemos llegado a ser partícipes?

En el capítulo 9:8 aparece una frase interesante: “Dando el Espíritu Santo a entender”. El autor está discutiendo el significado espiritual de ciertos puntos en la adoración de los israelitas. Se atreve a decir que la explicación que ofrece es la que ofrecía el Espíritu.

De ello surge la pregunta en cuanto al lugar del ritual mosaico en la economía divina. Recordamos que el estilo del tabernáculo y las formas de adoración relacionadas con éste fueron dadas por Dios a Moisés. Estos tenían autoridad divina para los israelitas; pero su fun-

ción era temporal, no permanente. Para nosotros son tipos; tienen significado espiritual, pero no nos atan literalmente. Sin embargo, estas ceremonias religiosas eran ordenadas por Dios y adjudicadas a los israelitas como mandatos divinos.

¿Acaso no iluminan estos hechos la pregunta de la inspiración del Antiguo Testamento? El mismo Espíritu Santo que le dio a los israelitas sus leyes ceremoniales también les dio las palabras de los profetas y poetas. Tal es la enseñanza de los hebreos y de todo el Nuevo Testamento. Ese testimonio tan fuerte no puede ser ignorado.

Así como las formas de adoración de los israelitas no se nos imponen a nosotros, muchas de las enseñanzas éticas del Antiguo Testamento —tales como, “ojo por ojo, y diente por diente”— tampoco son de aplicación literal hoy en día. Pero el Espíritu Santo tiene para nosotros lecciones espirituales en ellas. Un ejemplo clásico de ello se encuentra en el Sermón del Monte, en el que Jesús tomó ciertas enseñanzas del Antiguo Testamento y les dio un significado espiritual más alto para sus discípulos. En vez de negar la inspiración de las antiguas escrituras, deberíamos buscar la verificación de las lecciones que nos enseña el Espíritu Santo a través de ellas. Esta ha sido siempre la actitud de las almas devotas, de aquellos cuya vida ha sido una bendición para la humanidad.

Sin la ayuda del Espíritu Santo, el Antiguo Testamento nos presenta muchos problemas. Pero con su ayuda, está lleno de promesas. La fe no se alimenta de interrogaciones, sino de signos de admiración. La mayoría de las críticas más fuertes contra la Biblia vienen a ser como las algarrobas con las que el hijo pródigo hubiera querido llenarse —una dieta de hambre.

Tenemos otra declaración de la autoridad divina del Antiguo Testamento en el 10:15. El autor ha interpretado un pasaje del Salmo 40 y lo ha aplicado al nuevo pacto hecho por Cristo y sellado por su muerte. Después dice, para apoyar su interpretación: “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo”. ¿De qué manera? Cita un pasaje de Jeremías sobre las palabras del Espíritu Santo. Es decir, encuentra en los profe-

tas la confirmación autoritativa de su interpretación de los Salmos.

En el 10:29 tenemos otro pasaje sobresaliente sobre el tema de la apostasía. También, en este pasaje, se menciona al Espíritu Santo. “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?”

Nos preguntamos cuál será la suerte de los que se burlan de la sangre de Cristo como si perteneciera a una “religión con un matadero”. Un líder muy sobresaliente de cierta denominación evangélica hizo recientemente un comentario infame acerca de la “llave de la sangre oxidada de la redención”. ¿Acaso no está ya él sentenciado en este pasaje?

El clímax de la apostasía está en la “afrenta” al Espíritu Santo. La palabra griega ocurre sólo aquí en todo el Nuevo Testamento y significa literalmente “insultar”. El que comienza a negar la deidad de Cristo y rechaza la sangre de la redención, termina por insultar al Espíritu Santo.

Aquí llaman al Espíritu: “El Espíritu de gracia”, porque a través de El la gracia de Dios viene a nuestra alma. El que insulta al Espíritu Santo cierra el único medio por el que puede recibir la gracia del perdón y de limpieza.

No hay muchas referencias del Espíritu Santo en Hebreos. Quizá porque todo el libro se dedica a realzar la persona y obra de Cristo. Westcott lo ha resumido bien en su comentario de este libro. Dice en relación con este pasaje: “La acción del Espíritu Santo se observa en el fondo de la epístola, por medio de la perspectiva de la obra sacerdotal de Cristo”.

SANTIAGO

Sólo hay una referencia al Espíritu Santo en la Epístola de Santiago, y en un pasaje un poco oscuro. En el 4:5 leemos: “¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?”

La mayoría de las traducciones le dan el valor de una cita escritural, pero la dificultad reside en que esas palabras no se encuentran en ninguna parte del Antiguo Testamento.

El segundo problema se centra en el significado de la palabra “espíritu”. ¿Se refiere al espíritu humano o al Espíritu Santo? Moffatt lo interpreta como el espíritu humano. Pero Weymouth y Wesley consideran la referencia como al Espíritu Santo. A. T. Robertson también se inclina por esta opinión.

Algunas de estas traducciones son sugestivas. Moffatt dice: “El clama celosamente por el espíritu que pone en nosotros”. Weymouth agrega: “El Espíritu que El ha hecho que more en nosotros clama celosamente por nosotros”. Juan Wesley traduce: “El Espíritu que mora en nosotros se opone a la envidia”.

Los pensamientos expresados por Moffatt y Weymouth son hermosos. De cualquier manera que se interpreten, el significado es muy parecido. Dios nos anhela celosamente y sabemos que El lo hace a través de su Espíritu.

PRIMERA DE PEDRO

La Epístola de Santiago puede ser el libro más antiguo del Nuevo Testamento, el único escrito antes del año 50 d.C. Probablemente la Primera Epístola de Pedro fue escrita alrededor del año 65 d.C., tal como la tradición de la iglesia primitiva sitúa la muerte de Pedro y Pablo al mismo tiempo en Roma durante el reinado de Nerón.

Se menciona al Espíritu Santo tres veces en 1 Pedro. La primera referencia se encuentra en un pasaje trinitario, en el segundo versículo de la epístola: “Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo”.

La palabra “Espíritu” aquí se escribe en el genitivo subjetivo: la santificación es obra del Espíritu Santo. La santificación significa el acto o el proceso de hacer santo. La función y obra del Espíritu de Dios consiste en hacer santos a los creyentes. Todo cristiano verdade-

ro anhela ser hecho santo por la morada del Espíritu Santo. El que profesa ser seguidor de Cristo y no desea ser santo, es un extraño para la obra del Espíritu.

Las dos epístolas que llevan el nombre de Pedro, realzan la inspiración divina del Antiguo Testamento: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. A éstos se les reveló que no para sí mismos, sino para nosotros, administraban las cosas que ahora os son anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo” (1 Pedro 1:10-12).

Este pasaje arroja una luz interesante sobre la obra del Espíritu Santo tanto en la antigua como en la nueva dispensación. Los profetas del antiguo Israel escribieron cuando el Espíritu les dirigió, sin conocer siempre el significado completo de lo que escribían. Pero les fue revelado a ellos que estaban ministrando para una edad futura.

Es asombroso observar el nombre usado aquí, “el Espíritu de Cristo”. Parece referirse a la doctrina del *logos*, muy popular en la iglesia primitiva. El espíritu del Cristo preexistente inspiraba a los profetas a que predijeran sus sufrimientos y gloria. El hecho de que al Espíritu Santo se le llama tanto el Espíritu de Dios como el Espíritu de Cristo, representa por lo menos un argumento a favor de la deidad de Cristo.

Pero el mismo Espíritu Santo fue enviado del cielo para ayudar a los apóstoles en la proclamación de las buenas nuevas de Cristo. Ante tantas predicciones definidas de la vida de Cristo en el Antiguo Testamento y de su cumplimiento en el Nuevo, es difícil evadir la convicción de la inspiración divina de toda la Biblia. Si rechazamos el Antiguo Testamento, también tenemos que rechazar el Nuevo.

No sólo se necesitaba al Espíritu para revelar al hombre de antaño lo que se llevaría a cabo con la venida del Mesías, sino que también necesitamos al Espíritu para interpretar a Cristo y su muerte en el mundo de hoy.

SEGUNDA DE PEDRO

Sólo una vez se menciona al Espíritu Santo en esta epístola. Pero es uno de los pasajes más definidos que podamos encontrar acerca de la inspiración bíblica del Nuevo Testamento. Por esta razón la citamos en su totalidad.

Después de mencionar la escena de la transfiguración y la voz de Dios del cielo que testificó que Jesús era Hijo de Dios, el autor dice: “Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo”.

Aquí tenemos una proclamación fuerte y definida del origen divino del Antiguo Testamento. Nada de ello se hizo por voluntad de hombre. Fue dado a través de la instrumentalidad humana, pero en cada caso fue iniciada por el Espíritu de Dios. En el Antiguo Testamento los hombres hablaron por Dios. No solamente para Dios. Es “de Dios”. Dios es la fuente del mensaje de las Escrituras.

¿Cuál fue el método de inspiración? Aquí se nos dice que los escritores fueron “inspirados” por el Espíritu Santo. Es decir, se ejercía un movimiento especial y poderoso del Espíritu Santo sobre los autores mientras escribían. La inspiración no estaba en la punta de su lapicero, ni en los movimientos de su mano, sino en la mente de los escritores. El Espíritu de Dios penetraba en su mente y los capacitaba para registrar verdades divinas.

JUDAS

La pequeña Epístola de Judas parece haber sido escrita poco antes o después de la Segunda Epístola de Pedro, con la cual tiene mucho en común. La mayoría de los eruditos la colocarían en fecha anterior.

Se menciona al Espíritu Santo dos veces en esta breve carta de 25 versículos. En el 19 se habla de ciertos burlones que no tienen el Espíritu. Después se traza un contraste en el siguiente: “Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna”.

“Orando en el Espíritu Santo”. Ya hemos tratado sobre la ayuda del Espíritu en la oración intercesora, en Romanos 8. Pero aquí, orar en el Espíritu Santo, se refiere a un medio de edificación en la fe. En otras palabras, si queremos fortalecernos y ser cristianos bien establecidos, tenemos que aprender a orar en el Espíritu.

No existe tal cosa como crecimiento en la vida cristiana aparte de la oración. Podremos incrementar nuestra eficiencia como predicadores u obreros laicos; podremos mejorar nuestra vida exterior; podremos tomar un lugar más prominente en la iglesia —y hacer todo ello sin oración. Pero no podemos “crecer en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” a menos que oremos. Sólo viviendo más en su presencia podremos volvernos más como Cristo.

Pero no es cualquier clase de oración la que nos hace crecer, sino “orando en el Espíritu Santo”. Miles de personas hacen oraciones todos los días o repiten una oración formal el domingo; pero su vida no se asemeja más y más a la de Cristo. Para que nuestras oraciones sean efectivas, tenemos que estar “en el Espíritu” cuando oramos.

Al examinar la vida de los grandes santos y los edificadores del reino en la historia de la iglesia, nos damos cuenta de que todos ellos tenían una cosa en común: No eran grandes predicadores, ni grandes organizadores, sino poderosos en la oración.

E. M. Bounds escribe sobre este tema: “Para orar por el Espíritu Santo tenemos que tenerlo a El siempre. El no es como los maestros terrenales, que nos enseñan una lección y después se retiran. Se queda para ayudarnos a practicar la lección que ha enseñado. Nosotros oramos, no por los preceptos y lecciones que El nos haya enseñado, sino que oramos por El. El es tanto el maestro como la lección. Sólo podemos saber la lección, porque El está siempre con nosotros para inspirar, iluminar, explicar y ayudarnos a hacerlo. No oramos por la verdad que El Espíritu Santo nos revela, sino por la presencia actual del Espíritu Santo. El pone el deseo en nuestro corazón; enciende ese deseo con su propia llama... Toma nuestras oraciones y las santifica por su intercesión. El ora por nosotros, a través de nosotros y en nosotros. Nosotros oramos por El, a través de El y en El. El pone la oración en nosotros y nosotros le damos palabras y corazón*.

“Señor, enséñanos a orar —en el Espíritu Santo”.

PRIMERA DE JUAN

El primer siglo estaba por terminar. Los 12 apóstoles de Jesús ya habían fallecido, menos Juan. El discípulo amado que se recostó en el pecho de Jesús, aún vivía, para bendecir y guiar a la iglesia. Se había sido quedado para formar un enlace entre la iglesia del primer siglo y la del segundo. A través de Policarpo y su discípulo, Ireneo, se transmitió la tradición juanina al segundo siglo.

De acuerdo con el testimonio de Ireneo, Juan el apóstol permaneció en Efeso como hasta el año 100 d.C. Aquí, según cuenta Eusebio, su cuerpo encontró descanso.

Se cuenta una hermosa historia respecto a los últimos días de la vida de Juan. Se registra en los comentarios de Jerónimo sobre Gálatas, escrita en el siglo IV. Puesto que este incidente se relata a menudo, citaremos la versión original, con el beneficio de la exactitud.

“Después que el santo evangelista Juan había vivido por muchos años en Efeso, sólo podía ser llevado con dificultad de la mano de sus

**The Reality of Prayer*, 141, 142.

discípulos, y cuando ya no era capaz de pronunciar más palabras, acostumbraba decir en cada asamblea: 'Hijitos, amaos los unos a los otros'. Con el paso del tiempo los discípulos y hermanos presentes se cansaron de oír siempre lo mismo y dijeron: 'Maestro, ¿por qué siempre dices esto?' Juan dio una respuesta digna de él mismo: 'Porque este es el mandamiento del Señor, y si éste es observado, entonces esto es suficiente'".*

¡Qué contraste con el del espíritu sectario y estrecho de los ambiciosos y egoístas hijos jóvenes de Zebedeo! Ciertamente había habido un cambio en su vida. ¿Cuál era? Era la presencia del Espíritu Santo en su vida la que lo había transformado de hijo del trueno en el apóstol de amor. El amor de Dios había sido derramado ampliamente en su corazón por el Espíritu Santo el cual le había sido dado en el día de Pentecostés. Desde entonces los años le habían dado una madurez y una tranquilidad del espíritu de Juan, de modo que se convirtió en el gran exponente del amor. Cuando pensamos en Pablo, pensamos en la fe; cuando pensamos en Juan, pensamos en el amor.

No es de sorprenderse, entonces, que Juan dejara una gran herencia a la iglesia en forma escrita con su propia pluma. Junto con Pablo, es el escritor más importante del Nuevo Testamento, mientras que Lucas toma el tercer lugar con sus historias de Jesús y de la iglesia primitiva.

Tanto la Primera Epístola de Juan, como la carta a los Hebreos, tienen en realidad la naturaleza más de un folleto o tratado que de epístola. Ambos comienzan abruptamente, sin reconocimientos ni saludos. Parece que fueron escritos con la intención de que circularan en general en la iglesia primitiva. Cumplían con el propósito de tratados teológicos para su generación, ayudando a instruir y a establecer la iglesia de Cristo.

El Espíritu Santo se menciona seis veces en la Primera Epístola de Juan. Dos de estas referencias (3:24 y 4:13) son muy parecidas: "Y

*Ayer, source Book for Ancient Church.

en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado”. “En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu”.

A primera vista, parece referirse al testimonio del Espíritu, el cual notamos en los escritos de Pablo. Pero estos pasajes parecen ir más allá. Parecen hablar de una evidencia para nosotros, la cual eleva nuestra conciencia de la presencia del Espíritu en nuestro corazón. No se trata tanto de que el Espíritu nos hable asegurándonos que pertenecemos a Cristo, como en los escritos de Pablo. Aquí es más bien una demostración constante de que somos cristianos, porque el Espíritu de Dios mora en nuestro corazón. Es la mejor prueba que podríamos tener de que somos verdaderamente hijos de Dios.

Comentando acerca del segundo pasaje, Westcott dice: “En la Santa Trinidad concebimos la perfecta unión del Padre y el Hijo realizada a través del Espíritu. Así también, a través del mismo Espíritu los ‘muchos hijos’ están unidos en el Hijo con Dios”.¹

El Espíritu Santo no sólo nos une a Dios, sino que también nos da la seguridad de esa unión. ¡Cuánto tenemos que atesorar la presencia del Espíritu en nuestro corazón!

En este Evangelio, Juan demuestra efectivamente la deidad de Cristo. Las obras de Cristo son “señales” que atestiguan que El es el Hijo de Dios.

Aquí más bien se defiende la verdadera humanidad de Jesús. Evidentemente Juan estaba escribiendo contra los gnósticos dogmáticos, quienes enseñaban que Jesús sólo parecía tener cuerpo humano. Lo que parecía ser su cuerpo era un simple fantasma.

Juan declara enfáticamente la necesidad de la ortodoxia. Cualquier espíritu que enseñe lo contrario de las Escrituras no es de Dios. El Espíritu Santo que inspiró la Palabra de Dios nunca enseñará en oposición a ella. Los que rechazan al Salvador encarnado no tienen al Espíritu de Dios, sino el del anticristo. Esta es una fuerte acusación para muchos en nuestros días que se hacen pasar como maestros cristianos.

¹*The Epistles of St. John, Westcott.*

En 5:7-8 leemos: “Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan”.

Juan usa un número de términos favoritos, los cuales se dan frecuentemente en su Evangelio y en la Primera Epístola. Entre ellos los que sobresalen son: *amor, luz, vida*, una trilogía hermosa de ideas. Estas tres se le pueden asignar sólo a Dios, y en el sentido más alto, a El solamente. Dios es amor; Dios es luz; Dios es vida. Es la fuente eterna de estas cosas, y las encontramos solamente en El.

Juan usa otros tres términos que también forman una trilogía, estrechamente unidos en pensamiento. Estos son: *crear, saber, y testificar*. Creer es especialmente una idea prominente en el Evangelio, pero también sobresale en la Epístola. Saber parece tener un poco más de fuerza. Pero ambas están condicionadas al testimonio, el cual nace en nosotros.

¿Quién da el testimonio? Juan dice que es el Espíritu. Estamos convencidos de que en realidad nadie cree y conoce completamente la verdad del mensaje divino sin el testimonio del Espíritu. ¿Cómo sabemos que Jesucristo es el Hijo de Dios y que es nuestro Salvador? ¿Cómo podemos nosotros, en una época de crítica y escepticismo, creer que la Biblia es la Palabra de Dios? ¿No es verdad que en último análisis obtenemos una certeza positiva sólo como resultado de una convicción traída a nuestro corazón por el Espíritu Santo? Cuando El nos testifica definitivamente, entonces lo sabemos con certeza, y no antes.

Si se nos dificulta creer, entonces parece que el mejor procedimiento consistiría en pedir al Espíritu Santo que testifique a nuestro corazón claramente en cuanto a la verdad. Esa es su función y tal testimonio no da lugar para la duda. El Espíritu Santo es el apoyo de nuestra fe personal, tanto como el conservador de la fe de la iglesia.

En este pasaje se declara que “el Espíritu es la verdad”. Esta declaración podrá parecernos un poco extraña hasta que recordamos

que Jesús dijo: “Yo soy la verdad”. La verdad se resume en Dios, quien se manifestó a sí mismo en su Hijo y en el Espíritu Santo.

Conocer al Espíritu Santo, entonces, es conocer la verdad. No conocerlo a El significa no conocer la verdad, pues “la verdad” es más que un juego de proposiciones intelectuales. Si supiéramos lo que los filósofos y científicos de todas las edades han estado buscando en vano —el secreto del universo— tenemos que buscarlo en Dios. La personalidad de Dios es la explicación de su universo.

El atardecer... —el testimonio silencioso del Espíritu a nuestro corazón de que pertenecemos a Cristo. El compañerismo del Espíritu, que en el silencio de cada hora impulsa nuestra mente a que meditemos en el significado del universo a nuestro alrededor. La suave respiración del aire a nuestro alrededor; las delicadas notas de los pájaros, disponiéndose a esconder el pico bajo sus alas para la noche; el crepúsculo que cubre silenciosamente todos los campos; la paz del cielo que inunda nuestra alma, y nos envuelve como en una cobija. He aquí el resultado, Dios está aquí. Hemos visto su rostro. Hemos escuchado su voz. Hemos sentido su presencia. Y nuestro corazón está en paz.

Capítulo 6

UN LLAMADO CLARO

APOCALIPSIS

*“El crepúsculo y la estrella de la noche,
y un llamado claro para mí”* .—TENNYSON

“EL ESPÍRITU Y LA ESPOSA DICEN: ‘VEN’”.

Era el crepúsculo de la vida del apóstol Juan. Las sombras ya comenzaban a amenazar. Pronto el mundo estaría envuelto en una capa de oscuridad.

Pero antes de que las sombras de la noche se esparcieran, el apóstol, ya entrado en años, mira por última vez. Sobre el desvaneciente resplandor del crepúsculo aparece una estrella —una estrella nocturna de esperanza. He aquí, ésta alumbrá, se agranda. De repente se convierte en un telescopio a través del cual Juan puede mirar hacia la ciudad celestial misma. “He aquí una puerta abierta en el cielo”. Y después un llamado — “y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas” (Apocalipsis 4:1).

Era el clímax de la revelación. En Lucas tenemos al gran historiador del pasado. En Pablo tenemos el teólogo poderoso del presente. En Juan tenemos al profeta exaltado del futuro. “Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas”.

La piedra angular de la revelación fue puesta en una montaña en la cima del Sinaí. La última piedra de la revelación fue colocada en la rocosa isla de Patmos.

Las condiciones eran muy parecidas en ambos casos. Moisés y Juan, ambos estuvieron de pie, solos ante la presencia de Dios. Mientras los hijos de Israel festejaban y se gozaban abajo, Moisés pasó cuarenta días en la montaña ayunando y forjando un nuevo reino en el yunque de la comunión con Dios. Fue una ocasión significativa. El futuro de una nación, el destino del pueblo de Dios, dependía de la revelación que Moisés recibiera allí, mientras que hablaba cara a cara con Dios.

Como 1,500 años después, el último apóstol de Cristo que quedaba se puso de pie, solo, en una isla desértica del Mediterráneo. Bajo sus pies no había más que piedras. A su alrededor no había más que el mar abierto, con las olas golpeando sin cesar en la playa de su isla prisión. Sobre él, nada más que el cielo azul, que parecía a ratos burlarse de su mirada investigadora.

Las cosas no iban tan bien. La iglesia de Efeso había dejado su primer amor. El venerable patriota y principal pilar de la iglesia estaba en el exilio. Las fuerzas del enemigo trataban de aniquilar a los santos. Eran tiempos cruciales y de lucha para la iglesia que había sido fundada en el día de Pentecostés, hacía menos de setenta años.

Había pasado mucho tiempo desde que Juan y los otros apóstoles habían caminado con Jesús por el Lago de Galilea. Aquellos eran días prometedores, llenos de esperanza. Allí estaba el Líder que podía calmar la tempestad y alimentar a las multitudes con unos cuantos panes y peces. Nada era imposible para El. Ellos lo seguirían hasta el fin del mundo, confiados de una conquista segura y rápida.

Pero empezaron a aparecer nubes oscuras y amenazantes en el horizonte. Se formaban nubarrones rápidamente. Pronto la tormenta rompió sobre su Líder y fue derrotado frente a ellos. De repente, el mundo se volvió negro y vacío.

Pero a los apenados y sorprendidos discípulos en el aposento alto, se les apareció el mismo Señor resucitado. Ahuyentó sus temores y confirmó su fe. Les demostró la realidad de su resurrección. Habló con ellos de su Reino por venir.

Juan había visto llegar ese reino, para esa época en el día de Pentecostés. Había tomado parte activa en el crecimiento de la iglesia primitiva de Jerusalén. Había ido con Pedro a Samaria y confirmado el avivamiento que Felipe había comenzado allí. Había votado en favor de la decisión de los apóstoles en el Concilio de Jerusalén, y de dar libertad a los cristianos gentiles. Había visto la gran obra de Pedro y Pablo. Pero ya todos se habían ido, y él había quedado solo. De los fundadores originales de la iglesia, sólo él vivía para testificar sus vicisitudes cambiantes a través de las décadas finales del siglo I.

Era domingo, el día cristiano de adoración. Juan, sin duda, estaba melancólico. Tenía suficiente tiempo para pensar, y había mucho en qué pensar.

Pero la meditación había de ser transformada en revelación. De repente el apóstol escuchó una voz: “Una gran voz, como de trompeta”, anunciándole que algo especial estaba por llevarse a cabo. Se dio vuelta para ver al que hablaba y se encontró a sí mismo mirando hacia la cara “del Viviente”, su Señor resucitado, el Cristo del camino de Galilea.

Pero, ¿qué ocasionó la recepción de esa visión? No fue sólo el estado pensativo del apóstol. Juan mismo nos da el secreto: “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor” (Apocalipsis 1:10).

No podemos dejar de preguntarnos cuánto más veríamos como cristianos si estuviéramos con más frecuencia “en el espíritu en el día del Señor”. Dedicamos seis días de nuestra semana principalmente a los asuntos de esta vida. Pero Dios, en su sabiduría, nos ha dado un día para el descanso de nuestro cuerpo y mente, para la restauración de nuestra alma. Necesitamos relajación física y mental, especialmente con el estilo de vida complejo y estresante de nuestros días. Pero, ¿acaso nos damos cuenta completamente de la misma necesidad urgente de renovar nuestro espíritu? ¿Nos estamos doblegando espiritualmente porque dejamos de prestar atención a las leyes de la vida?

Nuestros hospitales e instituciones de salud mental están llenos de gente que sufren físicamente y de crisis nerviosas. Pero ¿no es

también cierto que nuestras iglesias sufren de un creciente problema de colapso espiritual? De hecho, los siquiátras cada vez se dan más y más cuenta de que muchos casos de enfermedad mental son causados principalmente por desajustes espirituales. Necesitamos nuestro día de reposo para el descanso de nuestra alma.

Pero no solamente para nuestro beneficio necesitamos estar en el Espíritu en el día del Señor. Sólo cuando estemos en ese estado mental podremos escuchar la voz de Dios y ver visiones de su plan y propósito. ¿Está perdiendo la iglesia mucho de la bendición de Dios porque muchos de sus miembros no están en el Espíritu en el día del Señor? Es muy factible dedicar un día para las cosas espirituales. Si no lo hacemos, menospreciamos así nuestra ciudadanía celestial. Me temo que muy a menudo nuestra conducta no corrobora profesión. Profesamos creer en el valor supremo de las cosas eternas y, sin embargo, damos prácticamente toda nuestra atención a los asuntos temporales de la vida.

Es cierto que ha habido períodos en la historia de la iglesia de rechazo a las tareas necesarias de la vida. El monasticismo es una perversión de las enseñanzas cristianas. Pero en el día de hoy no estamos en peligro por esta razón. Mientras que los monjes pasaban sus horas en oración y meditación, nosotros dedicamos sólo medios minutos para tales ejercicios.

En el llamado de Juan para visitar el cielo, el cual ya hemos notado, una palabra tiene un mensaje de advertencia y promesa. Es la pequeña palabra “tienen”. “Sube acá, y te mostraré las cosas que tienen que suceder después de estas” (4:1, *Versión Popular*).

Una considerable parte de la revelación dada a Juan consiste en una descripción vívida de los juicios terribles sobre el mundo por rechazar a Jesucristo. De hecho, el libro de Apocalipsis es un gran retrato de los juicios apocalípticos.

Pero Dios nos ha advertido cuidadosamente que estas cosas *tienen* que suceder. ¿Por qué? Porque la maldad de los hombres lo ameritará. El previo conocimiento de Dios le da a conocer el curso futu-

ro de la historia de la humanidad y lo capacita para revelarle a su apóstol que el mundo aumentaría su rebelión contra El, hasta que la era llegue al clímax del juicio.

Jesús dijo lo mismo explícitamente en su discurso del monte de los Olivos. Pablo escribió a los Tesalonicenses que esta edad no terminaría sino hasta que pasara primero una decadencia. Encontramos la misma nota de advertencia en 2 Timoteo, y en 2 de Pedro y Judas. Es difícil creer que alguien pueda ver una entrada gradual del reino de Dios, a través de una mejora persistente del mundo, ante tantas advertencias de las Escrituras que afirman lo contrario.

Pero también hay una promesa en el verbo “tienen”. No nos deja en la duda en cuanto a la conclusión final de la lucha entre las fuerzas de Dios y las del mal. En el cristianismo no tenemos a dos seres eternos en conflicto perpetuo, como en el zoroastrismo. Hay un optimismo básico en la enseñanza cristiana, que nos salva del pesimismo y del fatalismo. *Sabemos* que Cristo triunfará finalmente sobre cada adversario y que su Reino se establecerá eternamente.

Hay muchas cosas en el libro de Apocalipsis que no comprendemos completamente. No profesamos dar el significado de cada señal y símbolo en esta serie vívida de cuadros apocalípticos. Me parece que una humildad inteligente —o una inteligencia humilde, si usted prefiere— nos salvará de dogmatizar aquí, en vista del laberinto de interpretaciones conflictivas.

Pero Apocalipsis nos enseña una lección clara. En este punto no puede haber discusión. Dios y los justos, sin falla alguna, triunfarán final y completamente. Todas las fuerzas del mal, todas las huestes del Maligno, serán desterradas por siempre de la escena de acción. Habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, en donde morará la justicia y nada más. Con razón leemos tanto en el Nuevo Testamento acerca de la paciencia. Eso es lo que necesitamos, paciencia para esperar.

¿Cómo hizo Juan su visita al cielo? El usa la misma frase para describir las circunstancias bajo las que recibió su primera visión, la del Cristo glorificado. En el 4:2 dice: “Y al instante yo estaba en el

Espíritu”. El Espíritu Santo fue el medio por el cual Juan pudo mirar dentro del cielo.

¿Qué vio él allí? Es interesante observar que la figura central en la primera visión era la misma que la de la segunda. Allí estaba Cristo en medio de su iglesia. Aquí está Cristo en el trono. La primera visión se relacionaba con los días de Juan. La segunda parece referirse más específicamente al futuro.

No debemos pasar por alto que sólo a través del Espíritu Santo Juan fue capaz de ver a Jesucristo en una visión tan clara. El mismo Jesús dijo que el Espíritu Santo tomaría de lo suyo y lo revelaría a los creyentes. Para ver a Jesús más claramente, tenemos que cultivar una relación más cercana con su Espíritu.

“Donde no hay visión, el pueblo perece”, se oye decir frecuentemente. Pero veamos a la verdad deductiva: en donde no hay Espíritu, no hay visión. Nuestra primera necesidad, entonces, consiste en encontrar al Espíritu Santo y, a partir de entonces, mantener el Espíritu. Entonces, y sólo entonces, tendremos la visión que significará salvación para aquellos a quienes el Espíritu de Dios nos gué a ministrar.

La mención más frecuente del Espíritu Santo en Apocalipsis ocurre en los capítulos dos y tres. Aquí, en conexión con el mensaje a cada una de las siete iglesias, tenemos la admonición constante: “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias”.

La estrecha relación entre la voz de Cristo y la del Espíritu es muy sorprendente en Apocalipsis. Es Jesús quien habla a cada iglesia y, sin embargo, tenemos que “oír lo que el Espíritu le dice a las iglesias”. ¿Podemos decir que es Cristo quien habla, pero que su mensaje nos es impartido por el Espíritu Santo? No seamos sordos a la voz por el ruido y la actividad. Si lo escucháramos hablar a nosotros, tenemos que estar en silencio en su presencia.

“Señor, enséñanos por tu Espíritu las lecciones que desean enseñarnos a través de estos mensajes a tu iglesia”.

MENSAJES A LAS IGLESIAS

EFESO

Como se puede esperar, la iglesia de Efeso era un buen ejemplo poco común del cristianismo apostólico. Fundada y pastoreada por Pablo en su infancia por tres años; guiada y alimentada por Juan en el período de su madurez, mucho tendría que esperarse de una iglesia tan privilegiada.

Y no hemos sido decepcionados. Esa iglesia se destacaba por su actividad, su fidelidad, su ortodoxia, su fervor y su fortaleza. Era casi una iglesia modelo.

Sin embargo, había un problema, al parecer pequeño, pero era vital. El grupo había abandonado su primer amor. Era una iglesia que se había especializado en la actividad y la ortodoxia, pero que había decaído en la devoción.

Aquí precisamente yace uno de los peligros más graves de la vida de un cristiano celoso. Podemos estar tan ocupados que no nos damos tiempo para la oración y la meditación de la Palabra. Y después nos maravillamos de por qué nuestros esfuerzos parecen rendir tan pocos resultados. Somos como la novia mencionada en los poemas de Salomón, quién dice: “Me pusieron a guardar las viñas; y mi viña, que era mía, no guardé” (Cantares 1:6).

Cuando decimos que estamos muy ocupados para orar, insinuamos que estamos más ocupados que Jesús durante su ministerio público aquí en la tierra. En los tiempos en que El estaba más ocupado con las multitudes, tomaba tiempo para orar. Después de una tarde muy ocupada sanando a las multitudes que se conglomeraban a su puerta, se levantaba muy temprano en la mañana, antes del amanecer, y salía a un lugar solitario a orar. Después de enseñar y alimentar a los 5,000, pasó toda la noche en oración. Si Jesús necesitaba orar así, si sentía la necesidad de comunión con el Padre, ¿cómo podemos proceder sin ella? La verdad es que no podemos. Podremos intentarlo, pero pronto nos daremos cuenta de que no

estamos avanzando. No hay progreso sin oración.

¿Qué instrucciones le dio Jesús a esta iglesia que había abandonado su primer amor? “Arrepiéntete y haz las primeras obras”. ¿Qué significa esto? ¿No significa acaso que al perder el amor lo perdemos todo? ¿Podemos separar el amor y la vida en la experiencia cristiana? Alguien ha dicho: “Aquel que no ama, no vive”. Eso es verdad en la vida en su significado más amplio. Jesús nos invita a comenzar todo de nuevo, a recuperar primero el amor perdido.

Esta interpretación parece estar de acuerdo con la promesa hecha al vencedor: “Al que venciere le daré de comer del árbol de la vida”. Los que recuperan el amor y lo retienen, serán elegibles para la vida eterna.

ESMIRNA

La iglesia de Esmirna estaba pasando por tribulación y sufrimiento. Es la iglesia típica de la era de la persecución. Jesús se presentó a sí mismo como el que “estuvo muerto y vivió”. Les recordó que había muerto a manos de sus enemigos, pero que también se había levantado nuevamente. Para todos sus mártires fieles habría una mañana de resurrección.

Era una iglesia pobre en cuanto a posesiones de este mundo, pero la evaluación de Dios era: “Tú eres rica”. ¡Cuántas veces los juicios humanos están exactamente en oposición a la opinión divina! Pobre en cosas materiales, pero rico en los tesoros escondidos y espirituales, las cosas de la eternidad.

Recordamos a un obispo de Italia a quien unos invasores alemanes le demandaron que le dieran el oro y las joyas de la iglesia. El obispo pidió tiempo para ello. A la hora de la cita, presentó a unos obreros humildes. Cuando fue interrogado, dijo: “Estos son los verdaderos tesoros de la iglesia”. Ciertamente, ante Dios, ellos son.

¿Qué le prometió Dios a esa iglesia perseguida? ¿Inmunidad y seguridad? No, sino consuelo y un premio final: “Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida”. Al vencedor le ofreció la

seguridad de que “no sufrirá daño de la segunda muerte”. Su cuerpo puede ser destruido, pero su alma estaba segura al cuidado de Dios. Jesús no prometió seguridad física, sino que les aseguró la protección espiritual.

Quizá todo esto parezca no tener una aplicación particular para nosotros. Pero reflexionemos un momento. ¿Qué ministro protestante, o sacerdote católico de Alemania a principios del siglo hubiera previsto persecución física por su fe? Pero en un país “civilizado”, el centro principal de aprendizaje y en el lugar mismo del nacimiento de la Reforma Protestante el verdadero cristianismo estuvo bajo el fuego de la persecución. ¿Quién habría podido predecirlo? ¿Y quién es capaz de pronosticar qué va a suceder en nuestro país, sí, aun en nuestra propia vida? La historia nos ha enseñado a ser cautelosos sobre cualquier “presunción” del futuro. Oramos a Dios para que la persecución religiosa nunca más oscurezca nuestro país, pero sólo podemos orar y esperar. Eso es todo lo que podemos hacer. Nos podemos preparar para esa mala hora acumulando fuerza y resistencia en nuestra alma tan firmemente que podamos seguir de pie cuando rompa la tormenta sobre nosotros. El cristiano sabio y consciente lo hará. Muchas corrientes subterráneas fluyen hoy día en este país que le dan al observador inteligente una causa justa de preocupación. “Velemos y oremos”.

PÉRGAMO

La iglesia de Pérgamo fue reprendida por permitir falsos maestros en su comunión, a los nicolaítas y a los de Balaam. Impulsaban la inmoralidad en nombre de la religión. Ha habido exponentes del “amor libre” en la cristiandad desde entonces.

Pero evidentemente Cristo considera un pecado que la iglesia haya acogido a falsos maestros. Les advierte que se arrepientan, o los llevará pronto a juicio. Nos preguntamos cómo va a proceder hoy la iglesia con sus maestros que destrozan la fe de tantos.

TIATIRA

De alguna manera la misma condición existía en la iglesia de Tiatira. Jesús alaba a la iglesia por sus obras, amor, fe, ministerio y paciencia. Pero todo eso era dañado en gran manera por un hecho. Tenían a una Jezabel en la iglesia. De hecho, algunos viejos manuscritos griegos leen: “Tu esposa Jezabel”, lo cual hace a esta mala mujer la esposa del “ángel” o pastor de la iglesia. Ella clama ser predicadora, también, pero estaba seduciendo a los hombres de la iglesia para que pecaran. Jesús se lo reprochó al pastor. El no debió permitir que siguiera esa condición.

Todo pastor necesita darse cuenta de que la iglesia total es de mayor importancia que cualquiera de sus miembros. Es mejor sacrificar a una persona, si es necesario, que permitir que toda la iglesia se arruine. A veces es una alternativa entre dos, y el pastor debe hacer lo que sabe que debería hacerse, a pesar del costo personal.

Pero había algunos fieles en Tiatira, y a ellos se les anima a seguir firmes hasta el final. A los que permanecen fieles, se les hace la promesa de que tendrán autoridad sobre las naciones.

En muchas iglesias en las que la maldad se ha infiltrado y permanece sin castigo, hay almas de oro que deploran la condición de la iglesia. Si tal fuera el caso del lector, el Espíritu le instaría a ser fiel, aunque tenga que estar solo. Usted puede estar en la minoría opresora aquí, pero algún día, si se mantiene firme, gobernará junto con Cristo.

SARDIS

La iglesia de Sardis tenía la reputación de mantenerse viva, pero Jesús decía que estaba muerta. Sin embargo, aún tenía un remanente fiel. “Pero tiene unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas”.

Parece que ese era otro caso de minoría despreciada. Probablemente aquellos pocos piadosos eran llamados los “maniáticos religio-

sos” y “fanáticos”. Pero Jesús defendió su causa. Ellos, y sólo ellos, eran dignos de caminar con El. ¿Por qué? Porque habían mantenido sus vestiduras puras, sin manchas del mundo.

Se cuenta la historia de un grupo de visitantes que estaban por descender de una mina de carbón. Se les advirtió vestirse apropiadamente para el viaje.

Una joven soltera del grupo vestía un hermoso vestido blanco. Ella discutía con el guía: “Puedo llevar mi vestido blanco a la mina si quiero”. “Sí”, respondió el hombre calmadamente, “pero al salir ya no será blanco”.

Lo mismo se puede aplicar respecto a muchas diversiones mundanas que a menudo se consideran “inofensivas”. Siempre dejan manchas.

FILADELFIA

Las iglesias de Esmirna y Filadelfia parecían no tener reproche. En la ciudad del “amor filial” había una iglesia ocupada en los negocios del Maestro. Quizá el mensaje para ese grupo lo necesitamos más de lo que sospechamos: “Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona”.

LAODICEA

Laodicea era una ciudad con fama por sus riquezas. El espíritu de orgullo que prevalecía en la ciudad había penetrado en la iglesia. Era una iglesia engañada. Pensaba que no necesitaba nada. Jesús dijo que era una desventurada, miserable, pobre, ciega y desnuda. ¡Qué triste estar en esa condición y no saberlo! Pero, ¿no necesitamos acaso tomar en cuenta esa advertencia? ¿No estamos amenazados de orgullo espiritual y de ceguera? ¡Que Dios nos ayude a vernos a nosotros mismos como El nos ve a nosotros!

¡Qué hermoso el mensaje final para Laodicea! “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono”.

“Señor, te damos la bienvenida a nuestro corazón, nuestro hogar, nuestra iglesia. Entra y mora con nosotros. Y permítenos conquistar, para que podamos sentarnos contigo en tu trono”.



Ahora llegamos a la última referencia del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento. Se encuentra en el último capítulo del último libro (Apocalipsis 22:17). “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven”. Antes de concluir los pasajes de la inspiración divina, el Espíritu da un llamado claro: “Ven”. Es el llamado del Espíritu a la iglesia; y es el llamado mutuo del Espíritu y la iglesia para los que están en el mundo.

Antes de que el mundo pueda oír el llamado del Espíritu en alguna ocasión a través de la iglesia, la iglesia primero tiene que escuchar y atender ella misma al llamado. El avivamiento tiene que comenzar siempre primero en la iglesia, antes de que podamos buscar pecadores para la salvación.

Este principio esencial ha sido reconocido por todos los evangelistas eminentes. Esta era la verdad que Moody y Finney recalcan en sus campañas. Algunos evangelistas de hoy en día se han dado cuenta de que si la iglesia está verdaderamente avivada, los perdidos serán alcanzados. Se ha demostrado vez tras vez que el obstáculo más grande para un avivamiento es la iglesia misma. Si nosotros, como su pueblo, no queremos pagar el precio, las almas a nuestro alrededor morirán sin ser salvas. “Si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra” (2 Crónicas 7:14). Este es todavía el único camino para obtener un avivamiento.

¿Pero cuál es la razón por la que la iglesia debe orar? ¿Acaso no es nuestra necesidad más grande ser llenos del Espíritu Santo? Aquellos que han estado más conscientes de las condiciones espirituales a su alrededor siempre han hecho este llamado.

Spurgeon no era un predicador emotivo. Sin embargo, escribió: “Si no tenemos el Espíritu de Dios, sería mejor cerrar las iglesias, clavar las puertas, poner una cruz negra sobre ellas y decir: ‘¡Dios, ten misericordia de nosotros!’ Si ustedes, ministros, no tienen el Espíritu de Dios, mejor es que no prediquen, y mejor es que se queden en la casa. No creo que hable muy fuertemente cuando digo que la iglesia en la tierra sin el Espíritu de Dios es más una maldición que una bendición. Si usted no tiene el Espíritu de Dios, obrero cristiano, recuerde que se está interponiendo en el camino de alguien... Esta es una obra solemne: El Espíritu Santo o nada y peor que nada. Muerte y condenación para una iglesia que no desea el Espíritu, y lloro y gemido hasta que el Espíritu haya llegado poderosamente en medio de ella”.

¿Cómo podremos obtener el derramamiento del Espíritu, tan necesario en todas partes de la iglesia de hoy? Estas últimas palabras de Spurgeon dan la respuesta. Cuando la iglesia se dé cuenta de su necesidad suprema del Espíritu Santo, y llore por ella con más seriedad que por cualquier otra cosa, recibirá el Espíritu.

Tenemos un ejemplo asombroso de ello en el gran avivamiento que sacudió a Corea en 1907. El estudio bíblico se ha arraigado más seriamente en ese país que en cualquier otro. Era común que de 1,000 a 1,500 personas se reunieran al mismo tiempo en las clases bíblicas que se llevan a cabo durante los meses de invierno.

En el otoño de 1906, grupos de cristianos comenzaron a reunirse cada día para orar. En enero de 1907, se reunieron en Pyeng Yang para un estudio bíblico anual. De pronto, un día el Espíritu Santo descendió sobre los 700 estudiantes de corazón convicto y los guió a la confesión de pecados. ¿Cuál fue el resultado? “Los pecadores se convirtieron, los apóstatas regresaron al Señor, los cristianos obtuvieron una nueva visión de Dios, confesaron sus pecados, fallas, y defectos,

arreglaron desacuerdos, pidieron disculpas e hicieron restitución, y fueron llenos con un nuevo amor por Cristo y por las almas y nuevo poder para el servicio”.¹

Un avivamiento como este sería muy bienvenido en nuestros países. Podríamos experimentarlo si suficientes personas estuvieran dispuestas a humillarse, a orar, y a buscar el rostro de Dios con la suficiente seriedad para un derramamiento del Espíritu Santo. Pero nunca lo tendremos sino hasta que sintamos la necesidad lo suficientemente fuerte como para que estemos dispuestos a pagar el precio por ello.

Cuando la iglesia ponga atención al llamado del Espíritu y haya buscado su presencia y poder, entonces los pecadores comenzarán a escuchar su llamado. Entonces, la iglesia también podrá unirse en el llamado del Espíritu.

Ese llamado de unidad es eficaz. Cuando se predica el evangelio con el propósito definido de ganar a los inconversos para Cristo, el Espíritu Santo coopera en esa labor para dar convicción al corazón de los oyentes.

Quizá algún lector no esté morando en Cristo ni confiando en El para la salvación del pecado. A tal persona le diría: Rinda su corazón a quien lo amó lo suficiente como para morir en el Calvario en su lugar, para sufrir por sus pecados para que pueda ser libre. Muéstrole su aprecio abriendo ampliamente la puerta y permitiendo que entre en su corazón. El quiere ser su Salvador y amigo. ¿No se lo permitirá?

“Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17).

¹Glover, *The Progress of World-wide Missions*, 190.

POSTLUDIO: CONCLUSIÓN DE LA BÚSQUEDA

Aquí termina nuestra búsqueda. Hemos buscado al Espíritu Santo en las páginas del Nuevo Testamento. Hemos encontrado muchas referencias acerca de El y muchas enseñanzas concernientes a El. Hemos visto frecuentemente su nombre sagrado.

Pero ahora consideremos la pregunta: ¿Lo hemos encontrado personalmente para nosotros? Hemos aprendido mucho acerca de El; ¿hemos llegado a conocerlo —a conocerlo íntimamente como a un amigo cercano y muy amado?

Una cosa es saber acerca del Espíritu Santo, y otra completamente distinta saber que mora completa y constantemente en nuestro corazón —saber que somos “llenos con el Espíritu”. Esto puede suceder sólo como resultado de una entrega completa a El, ser llenos con su presencia y controlados por su voluntad. No se trata de que queramos poseerlo a El; más bien, es El quien nos desea poseer.

Recientemente un joven me dijo: “Quiero ser lleno del Espíritu Santo, tener esa paz profunda y constante, tener el amor de Cristo en mi corazón, pero me temo que no estoy dispuesto a pagar el precio”.

¡Ah, ese es el problema! Nos gustaría tener al Espíritu Santo completamente, con todas sus bendiciones, pero no estamos dispuestos a que El nos posea en completa consagración a su voluntad. Sólo hasta que El nos posea completamente, podremos poseerlo a El en su totalidad.

Este es el secreto de los más santos y grandes hombres de todos los tiempos. Al General Booth, del Ejército de Salvación, se le preguntó la razón de su éxito como ganador de almas y contestó: “El secreto es simplemente este: Dios ha sido dueño de todo lo que soy”.

El Dr. J. B. Chapman, famoso evangelista, dio este dato de su entrega total, que resultó en su experiencia de ser lleno con el Espíritu Santo y grandemente usado por Dios:

“Estuve luchando por cinco años. Había recibido visiones de este poder, de lo que podría ser si fuera ‘lleno con el Espíritu’, pero en todo este tiempo... sentía un gran vacío. Por fin llegó el momento en que sentí que estaba dispuesto a rendirme. Lo alcancé por el camino marcado por el Sr. Meyer, cuando dijo: ‘Si no está listo para rendir su todo a Dios, ¿está listo para decir: estoy dispuesto a que me dispongas para cualquier cosa?’ Parecía fácil, y sólo delante de Dios dije: ‘Señor, estoy dispuesto a que me dispongas’”.

¿Está usted dispuesto a que lo dispongan? Al hacer este libro a un lado, ¿podrá decir: “La búsqueda no ha sido en vano. Lo he encontrado y mé he entregado completamente a El”? Si no, ¿no quiere morir a usted mismo en una entrega total a El, para que se encuentre a usted mismo en una vida nueva y abundante?

“Y el Espíritu y la esposa dicen: ¡Ven!”